«Prosigo mi carrera para alcanzarlo»

Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación

Rímini 2014

Suplemento de la revista *Huellas - Litterae Communionis*, n. 5, mayo de 2014

«Prosigo mi carrera para alcanzarlo»

Ejercicios de la Fraternidad
de Comunión y Liberación

Rímini 2014

En portada: Eugène Burnand, *Los discípulos Pedro y Juan corren al sepulcro la mañana de la Resurrección*, 1898. Musée d'Orsay, París.

«El Papa me ha encargado que os traiga su saludo, su saludo afectuoso y su ánimo, y me ha pedido que os diga que sabe que puede contar con vosotros de verdad para esa conversión pastoral en sentido misionero a la que ha llamado a toda la Iglesia en la Evangelii Gaudium, el documento que ha sido definido como "programático" de este pontificado. Un carácter misionero que encuentra su sentido en el atractivo».

***Cardenal Pietro Parolin**, Secretario de Estado de Su Santidad.*
Del saludo antes de la bendición final, sábado 5 abril 2014

Viernes 4 abril, por la noche

A la entrada y a la salida:
Ludwig van Beethoven, Sinfonía n. 7
Herbert von Karajan – Berliner Philharmoniker
"Spirto Gentil" n. 3, Deutsche Grammophon

■ INTRODUCCIÓN
Julián Carrón

«Prosigo mi carrera para alcanzarlo»[1]. ¿A quién de nosotros no le gustaría estar aquí esta noche con el mismo rostro, completamente expectante, en tensión, lleno de deseo, de asombro, que tenían Pedro y Juan camino del sepulcro la mañana de Pascua?[2] ¿Quién de nosotros no desearía estar aquí con la misma tensión por buscar a Cristo que vemos en sus rostros? ¿Estar aquí con el corazón lleno de la espera de encontrarse de nuevo con Él, de verle de nuevo, de sentirse atraídos, fascinados como el primer día? ¿Quién no espera que pueda suceder verdaderamente algo así?

Al igual que a ellos, a nosotros también nos cuesta dar crédito al anuncio de las mujeres. Nos cuesta reconocer el hecho más impresionante de la historia, hacerle un hueco dentro de nosotros, hospedarlo en el corazón para que nos transforme. También nosotros, como ellos, sentimos la necesidad de ser aferrados de nuevo para que se despierte en nosotros la nostalgia de Cristo.

Pidámosle juntos al Espíritu Santo que despierte en cada uno de nosotros la espera de Él, el deseo de Él.

Desciende Santo Espíritu

¡Bienvenidos!

Os saludo a cada uno de los aquí presentes. Saludo también a todos los que están conectados con nosotros desde distintos países, y a todos aquellos que harán los Ejercicios en diferido en las próximas semanas.

---

1 Cf. *Flp* 3, 12.

2 Véase el cuadro de Eugène Burnand (1850-1921): *Los discípulos Pedro y Juan corren al sepulcro la mañana de Resurrección*. Óleo sobre tela, 1898, Musée d'Orsay, París.

Dos hechos han marcado nuestro camino en los últimos meses: la Jornada de apertura de curso y mi audiencia con el papa Francisco.

En la Jornada de apertura de curso planteamos dos preguntas: «¿Cómo se puede vivir? ¿Cuál es nuestra tarea en el mundo?». Al plantearnos estas preguntas, en aquel momento vimos que lo que más necesitamos es ser cada vez más una presencia original, no reactiva. Don Giussani nos recordaba: «Una presencia es original cuando brota y encuentra su consistencia en una identidad consciente y en el afecto a ella»[3].

Desde entonces han pasado muchos meses, y nos hemos visto desafiados por muchos acontecimientos. ¿Qué ha sucedido ante las provocaciones que la realidad no nos ha ahorrado? Estos días son una ocasión preciosa para ver cómo hemos verificado la propuesta que se nos hizo al comenzar el curso. El impacto de estos desafíos, ¿ha hecho emerger nuestra originalidad? ¿Hemos verificado nuestra consistencia, o bien nos hemos dejado arrastrar por la mentalidad de todos, sin conseguir ir más allá de una posición reactiva?

La audiencia con el papa Francisco, cuyo contenido retomé en la carta que dirigí a continuación a la Fraternidad, ha puesto de manifiesto desde el primer instante lo que el Santo Padre lleva en el corazón como pastor de toda la Iglesia. No me parece superfluo volver a ello al comienzo de nuestros Ejercicios.

¿Qué es lo que el Papa lleva en el corazón? Nos lo ha dicho con su estilo sintético: la nueva evangelización, la urgencia de «despertar en el corazón y en la mente de nuestros contemporáneos la vida de la fe. La fe es un don de Dios, pero es importante que nosotros, cristianos, mostremos que vivimos de modo concreto la fe, a través del amor, la concordia, la alegría, el sufrimiento, porque esto suscita interrogantes, como al inicio del camino de la Iglesia: ¿por qué viven así? ¿Qué es lo que les impulsa? […] [El] corazón de la evangelización […] es el *testimonio* de la fe y de la caridad. Lo que necesitamos, especialmente en estos tiempos, son testigos creíbles que con la vida y también con las palabras hagan visible el Evangelio, despierten la atracción por Jesucristo, por la belleza de Dios. […] Se necesitan cristianos que hagan visible a los hombres de hoy la misericordia de Dios, su ternura hacia cada criatura»[4].

Lo que le urge al Papa es, por tanto, la misión. «La nueva evangelización es un movimiento renovado hacia quien ha perdido la fe y el sentido

3 L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, Encuentro, Madrid 2013, p. 58.

4 Francisco, *Discurso a los participantes en la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización*, 14 octubre 2013, 1.

profundo de la vida. Este dinamismo forma parte de la gran misión de Cristo de traer vida al mundo, el amor del Padre a la humanidad. El Hijo de Dios "salió" de su condición divina y vino a nuestro encuentro. La Iglesia está dentro de este movimiento, cada cristiano está llamado a ir al encuentro de los demás, a dialogar con quienes no piensan como nosotros, con quienes tienen otra fe, o no tienen fe. Encontrar a todos, porque todos tenemos en común el ser creados a imagen y semejanza de Dios. Podemos ir al encuentro de todos, sin miedo y sin renunciar a nuestra pertenencia»[5].

El Papa también ha identificado el método con claridad: el reclamo a lo esencial. Llegar «hasta las periferias de la existencia», escribe, «exige el compromiso común […] que remita a lo esencial y que esté bien *centrado en lo esencial, es decir, en Jesucristo*. No es útil dispersarse en muchas cosas secundarias o superfluas, sino concentrarse en la realidad fundamental, que es el encuentro con Cristo, con su misericordia, con su amor, y en amar a los hermanos como Él nos amó»; esto «nos impulsa también a recorrer nuevas vías, con valentía, sin fosilizarnos. Podríamos preguntarnos: ¿cómo es la pastoral de nuestras diócesis y parroquias? ¿Hace visible lo esencial, es decir, a Jesucristo?»[6].

En la carta posterior a la audiencia os escribía: «Os ruego que acojáis como dirigida a nosotros – especialmente a nosotros, que hemos nacido sólo para esto, como testimonia toda la vida de don Giussani – la pregunta del papa Francisco: cada uno de nosotros, cada comunidad de nuestro movimiento, "¿hace visible lo esencial, es decir, a Jesucristo?"»[7]. Ante las circunstancias históricas a través de la cuales el Misterio nos ha desafiado a cada uno de nosotros, ¿hemos hecho visible lo esencial o nos hemos dispersado en muchas cosas secundarias y superfluas?

Con su reclamo a lo esencial, el Santo Padre nos indica dónde mira él para responder al desafío de vivir hoy la fe en nuestro mundo. Mirar a lo esencial es una indicación de método crucial.

Por ello, la cuestión fundamental es qué es para nosotros lo esencial. Lo esencial es aquello que responde a la pregunta sobre cómo se puede vivir. ¿Qué es lo esencial para cada uno de nosotros? Ninguna pregunta es tan pertinente como esta al comienzo de nuestros Ejercicios, justamente por su radicalidad. «Nadie puede servir a dos señores. Porque despreciará a uno y amará al otro; o, al contrario, se dedicará

5 *Ibídem*, 2.
6 *Ibídem*, 3.
7 J. Carrón, *Carta a la Fraternidad de Comunión y Liberación*, 16 octubre 2013.

al primero y no hará caso del segundo»[8]. Esta frase de Jesús nos dice que cada uno de nosotros puede afirmar sólo una cosa como la más decisiva, así de ineludible es la unidad del "yo" humano. Por eso, ante las provocaciones de la vida, cada uno está obligado a decidir qué es lo que realmente le importa en última instancia. El impacto de las circunstancias no nos deja otra salida. Nos obliga a sacar a la luz qué es lo más querido para nosotros.

¿Cómo podemos sorprender sin engaños qué es para nosotros lo esencial? El método para descubrir esto nos lo ha enseñado siempre don Giussani: sorprendernos en acción, en acción en la experiencia. Porque «los factores constitutivos del hombre se perciben [y nosotros llegamos a ser conscientes de ellos] cuando están comprometidos en la acción; de otro modo no se notan. […] Cuanto más se compromete uno con la vida, más capta en su experiencia individual los factores característicos de la vida. La vida es una trama de acontecimientos y de encuentros que provocan a la conciencia produciendo en ella problemas de distinto tipo. El problema no es otra cosa que la expresión dinámica de la reacción frente a esos encuentros. La vida, por tanto, es una trama de problemas, un tejido de reacciones debidas a tales provocadores encuentros, lo sean mucho o poco. El significado de la vida – o de las cosas más pertinentes e importantes de ella – es una meta sólo posible para quien se toma en serio la vida y, por tanto, sus acontecimientos y encuentros, para quien está comprometido con la problemática de la vida. Estar comprometidos con la vida no significa tener un compromiso exacerbado con uno u otro de sus aspectos: el compromiso con la vida nunca es parcial. El compromiso con uno u otro aspecto de la vida, si no se vive como algo que deriva del compromiso global con la vida misma, corre el riesgo de convertirse en una parcialidad desequilibrante, en una fijación o una histeria. Recuerdo la frase de Chesterton: "El error es una verdad que se ha vuelto loca"». Por ello, «la condición para poder sorprender en nosotros todos los factores de la vida, para que emerja ante nuestra conciencia lo que somos, es el compromiso con la vida entera, donde debe incluirse todo: amor, [trabajo,] estudio, política, dinero, hasta el alimento y el reposo; sin olvidar nada, ni la amistad, ni la esperanza, ni el perdón, ni la rabia, ni la paciencia. En efecto, en cada gesto hay un paso hacia el propio destino»[9].

Entonces, ¿qué sucede cuando uno se compromete con todos los factores de la vida, con la vida entera? Que cuanto más vivimos, más

8 *Mt* 6, 24.

9 L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, pp. 60-61.

evidente se nos presenta cuál es la naturaleza de nuestra necesidad. Y cuanto más descubrimos nuestras exigencias, más nos damos cuenta de que no las podemos resolver nosotros ni los demás, que son hombres como nosotros, unos pobrecillos como nosotros. «El sentido de impotencia acompaña a toda experiencia seria de humanidad. Es este sentido de impotencia el que engendra la *soledad*. La verdadera soledad no proviene tanto del hecho de estar solos físicamente cuanto del descubrimiento de que un problema nuestro fundamental no puede encontrar respuesta en nosotros ni en los demás. Se puede perfectamente decir que el sentido de la soledad nace en el corazón mismo de todo compromiso serio con la propia humanidad»[10].

Ese sentido de impotencia en que consiste, en última instancia, la soledad que cada uno de nosotros experimenta en su vida, es lo que debe encontrar respuesta, pues sin esto, todo lo demás es distracción.

Estamos solos con nuestra necesidad, y esto se ha puesto de manifiesto en muchas de las preguntas que han surgido estos meses. Ahora bien, si esta es nuestra situación, ¿qué permite que nos mantengamos en pie? En otras palabras: ¿qué es eso esencial que necesitamos para vivir como hombres, según toda la profundidad de nuestra exigencia? ¿Qué es *para nosotros* lo esencial? No existe otro modo de darse cuenta de qué es lo esencial que no sea sorprender en la experiencia de dónde esperamos que venga la respuesta a la necesidad de la vida.

Puede resultar fácil, incluso obvio, por la educación que hemos recibido, responder que para nosotros lo esencial es Cristo, la presencia de Cristo. Pero no podemos arreglárnoslas tan fácilmente. No es suficiente una respuesta mecánica, pues son muchas las ocasiones en las que, al observarnos en acción, debemos rendirnos ante la evidencia de que para nosotros lo esencial se encuentra en otro sitio.

El criterio para descubrirlo nos lo ofrece el Santo Evangelio: «Donde está tu tesoro, allí está tu corazón»[11]. Aquí se abre la distancia entre la intención de que Cristo sea lo esencial de la vida y la sorpresa de que muchas veces no sea así en la experiencia. Entonces se percibe la diferencia entre la intención y la experiencia. Podemos descubrir que, a pesar de nuestra buena intención, lo esencial es otra cosa distinta de Cristo; nos hemos inclinado por otra cosa, tal vez en nombre de eso esencial que seguimos citando en cualquier caso en nuestros discursos.

Es decisivo caer en la cuenta de esto para no reducir todo rápidamente

10 L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 2007, p. 61.
11 *Mt* 6, 21.

al problema de nuestros errores o de nuestras fragilidades cotidianas, de nuestras incoherencias morales. Cuando se subraya la distancia entre intención y experiencia, la cuestión no es en primer lugar la coherencia, no es cuántas veces nos equivocamos, sino qué es lo que nos define incluso cuando nos equivocamos. Es decir, la cuestión es el contenido de la autoconciencia, cuál es el punto real de consistencia, qué es lo que de verdad perseguimos y amamos en la acción, qué es para nosotros lo esencial. De hecho, podemos ser incoherentes y estar a la vez muy centrados en lo esencial, como el niño – del que tantas veces nos hablaba don Giussani – que hace todo tipo de trastadas, que saca a su madre de quicio mil veces al día, pero que tiene a su madre en el centro de su mirada. «¡Ay si le apartaran de ella, gritaría, se desesperaría!».

La diferencia entre intención y experiencia no tiene nada que ver con la distancia entre teoría y aplicación, sino que indica que el contenido de la conciencia y del afecto es, de hecho, otro, más allá de la coherencia-incoherencia ética. Es como decir que, sin darnos cuenta, nos hemos desplazado, hemos orientado la mirada hacia otra parte, nos hemos centrado en otra cosa (no hemos negado lo esencial, pero se ha convertido en un a priori, en un postulado que llevamos a la espalda y que no define quiénes somos, nuestra identidad personal y nuestro rostro en el mundo hoy).

Nuestra historia nos lo ha mostrado de forma particularmente evidente en algunos momentos, como veremos mañana. Por ahora es suficiente con recordar lo que nos decía don Giussani, tal como lo retomamos en la Jornada de apertura de curso: «El proyecto había sustituido a la presencia»[12], sin que nos diéramos cuenta siquiera.

¿Qué es lo que nos permite mirarlo todo sin miedo, incluso los errores, incluso la falta de autoconciencia? ¿Qué es lo que nos permite ser libres de la tentación de justificarlos (como los publicanos, que iban a Jesús porque sólo con él podían ser ellos mismos sin tener que negar nada de lo que eran. Y por eso le buscaban, por eso necesitaban estar con él, para poder ser por fin ellos mismos)? La certeza de Su alianza, la certeza de que Él aprovechará incluso nuestras equivocaciones para hacernos descubrir Su diferencia, para hacernos descubrir quién es Él. «Así dice el Señor: "En tiempo de gracia te he respondido, en día propicio te he auxiliado; te he defendido y constituido alianza del pueblo, para restaurar el país, para repartir heredades desoladas, para decir a los cautivos: 'Salid', a los que están en tinieblas: 'Venid

12 L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, op. cit., p. 67.

a la luz'. Aun por los caminos pastarán, tendrán praderas en todas las dunas; no pasarán hambre ni sed, no les hará daño el bochorno ni el sol; porque los conduce el compasivo y los guía a manantiales de agua. Convertiré mis montes en caminos, y mis senderos se nivelarán. Miradlos venir de lejos; miradlos, del Norte y del Poniente, y los otros de la tierra de Sinim". Exulta, cielo; alégrate, tierra; romped a cantar, montañas, porque el Señor consuela a su pueblo y se compadece de los desamparados»[13].

A pesar de esta preferencia, desafiamos al Señor con nuestros comentarios: «Sión decía: "Me ha abandonado el Señor, el Señor me ha olvidado"»[14]. ¡Cuántas veces lo pensamos! Ante esta provocación podría reaccionar como nosotros, con la acostumbrada reactividad, enfadándose. Pero Él nos sorprende siempre con una presencia completamente original, irreductible. En lugar de dejarse determinar por nuestros comentarios, por lo que decimos o pensamos de Él, aprovecha la ocasión para mostrar una vez más Su diferencia, desafiando nuestra razón de forma impresionante: «¿Puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré»[15].

¿Qué sería de nuestra vida si no pudiésemos escuchar una vez más estas palabras? Así es Su fidelidad, nos permite mirarlo todo, permite que Su presencia entre en nuestra vida, la única presencia que puede reducir cada vez más la distancia entre intención y experiencia, porque hace posible una experiencia de unidad de vida como la que experimentaban los publicanos cuando se encontraban con Jesús. Por eso volvían a Él, como volvemos nosotros, esperando escuchar «esa palabra que […] me liberó», «por la esperanza que él […] había suscitado en mí»[16].

Esta es la unidad de vida que todos deseamos: «El adulto es aquel que ha alcanzado una unidad de vida, una conciencia de su destino, de su significado, una energía para adherirse»[17]. Es lo que todos deseamos: esta unidad de la vida. Sólo de este modo podremos ser verdaderamente nosotros mismos y ser una presencia útil para nosotros y para los demás. Como nos recordaba don Giussani en un momento determinado

13 *Is* 49, 8-13.

14 *Is* 49, 14.

15 *Is* 49, 15.

16 Cf. C. Chieffo, «Ballata dell'uomo vecchio» y «Monologo di Giuda», en *Cancionero*, Comunión y Liberación, 2007, pp. 321 y 345.

17 FRATERNIDAD DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN (FCL), *Archivo histórico del Movimiento de Comunión y Liberación* (AMCL), fasc. CL/81, «Consejo 18/19 junio 1977».

de nuestra historia – en 1977 –, «en estos años pasados, ciertamente hemos sido víctimas de la presunción de considerar el movimiento como la panacea de la Iglesia y de Italia. Pero […] si el movimiento no es la experiencia de la fe como el factor que conduce a la solución, que ilumina mis problemas, ni siquiera podremos proponerla a los demás»[18]. Por eso deseaba que la fe se convirtiese en experiencia, y nos enseñó que el camino para alcanzarla no es otro que la personalización de la fe. «"Ha llegado el momento de la personalización […] del acontecimiento nuevo que ha nacido en el mundo, del factor de protagonismo nuevo en la historia que es Cristo, en comunión con aquellos que el Padre le ha dado". Giussani subraya que se trata de un problema de experiencia. "Lo primero en lo que tenemos que ayudarnos es en confirmar que el principio de todo es la experiencia. […] El concepto de experiencia consiste en probar juzgando"»[19].

Por eso, si la fe no se convierte en experiencia personal no existe la misión, y terminamos convirtiéndonos en jueces presuntuosos de todo. Porque la propuesta pasa a través de mi humanidad cambiada, y «el impulso misionero nace del agradecimiento, pues en caso contrario es presunción»[20]. Esto es lo que nos permite comprender que hoy la única posición adecuada es el testimonio, como nos reclama el Papa. La razón nos la recuerda de nuevo don Giussani: «En una sociedad como esta no se puede crear algo nuevo si no es con la vida: no hay estructura ni organización o iniciativa que se sostengan. Solamente una vida nueva y diferente puede revolucionar estructuras, iniciativas, relaciones, todo. Y la vida es mía, irreductiblemente mía»[21]. ¡Es una frase preciosa!

Por eso se necesita la vida, no basta con la dialéctica. Hay quien piensa que el testimonio es una elección intimista, de personas que se retiran, una justificación para la falta de compromiso. Nada más equivocado. El testimonio es en realidad la elección más exigente, porque requiere un compromiso más totalizante que cualquier otra opción. Lo exige todo de nosotros, no sólo algún retal de tiempo que decidimos dedicar a algún proyecto. El testimonio es para gente que quiere vivir a la altura de su propia humanidad. Requiere estar presentes con toda nuestra persona, saliendo al encuentro del otro y llevándole una novedad vivida de modo tan radical que pueda despertar su humanidad. De hombre a

18 FCL, AMCL, fasc. CL/85, «Centro 17.11.77. Síntesis».

19 A. Savorana, *Vita di don Giussani*, Rizzoli, Milano 2013, p. 762.

20 FCL, AMCL, fasc. CL/85, «Centro 17.11.77. Síntesis».

21 «Movimento, "regola" di libertà», a cargo de O. Grassi, *Litterae communionis CL*, noviembre 1978, p. 44.

hombre. «Dios salva al hombre mediante el hombre»[22], hemos leído en el capítulo noveno de la Escuela de comunidad. Se necesita toda mi humanidad. Se necesita todo el dolor de nuestra amiga Natascia frente a su hijo para que nazca una nueva unidad de patología neonatal, no basta con una conferencia pro-vida. El testimonio no es echarse a un lado o retirarse de la batalla, sino que exige el compromiso de toda mi humanidad; energía, afecto, inteligencia, tiempo, unidad de vida… ¡Nada más lejos del espiritualismo! ¡Nada parecido a delegar en algún experto que nos solucione la vida!

Por tanto, insistir en la personalización de la fe es como insistir en el punto del que puede brotar esa diferencia que nos hace ser una presencia, que nos hace capaces de un testimonio original en la sociedad. ¿Quién no percibe la necesidad de que se dé algo así? Sólo podremos vivir la responsabilidad a la que nos ha llamado el Papa si no damos por descontado al sujeto (es decir, que ya somos testigos por el mero hecho de decirlo), si aceptamos el camino que hará de nosotros testigos según el designio de Dios. El movimiento nos ayuda a esto – dice Giussani –, es decir, a ser nosotros mismos.

«El camino a la verdad es una experiencia». Siempre ha sido así. Escribe Ratzinger sobre Newman: «En el concepto de desarrollo está en juego la misma vida personal de Newman. Creo que esto resulta evidente en su conocida afirmación, contenida en el famoso ensayo *El desarrollo de la doctrina cristiana*: "Aquí en la tierra vivir es cambiar, y la perfección es el resultado de muchas transformaciones". A lo largo de toda su vida, Newman fue una persona que se convirtió, alguien que se transformó, y de este modo siguió siendo siempre él mismo, llegó a ser cada vez más él mismo. Me viene a la mente la figura de san Agustín, tan afín a la persona de Newman. Cuando se convirtió en el jardín junto a Cassiciaco, Agustín había comprendido la conversión todavía según el esquema del venerado maestro Plotino y de los filósofos neoplatónicos. Pensaba que la pasada vida de pecado estaba ahora definitivamente superada; el converso sería de ahora en adelante una persona completamente nueva y distinta, y su camino sucesivo consistiría en una continua subida hacia las alturas cada vez más puras de la cercanía de Dios, algo como lo que describía Gregorio de Nisa en *De vita Moysis*: "Igual que los cuerpos, que en cuanto han recibido el primer impulso hacia lo bajo, incluso sin empujes ulteriores, se hunden por sí mismos…, de igual modo, pero en sentido contrario, el

22 L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2001, p. 128.

alma que se ha librado de las pasiones terrenas, se eleva constantemente por encima de sí misma con un veloz movimiento ascensional… en un vuelo que apunta siempre hacia lo alto". Pero la experiencia real de Agustín era otra: tuvo que aprender que ser cristiano significa ante todo recorrer un camino cada vez más fatigoso con todos sus altibajos. La imagen de la ascensión fue sustituida por la del *iter*, un camino, de cuyas fatigosas asperezas nos consuelan y sostienen los momentos de luz, que de tanto en tanto podemos recibir. La conversión es un camino que dura toda la vida. Por eso la fe es siempre *desarrollo*, y por ello maduración del alma hacia la Verdad, que "es más íntima a nosotros que nosotros mismos"»[23].

Esta maduración se produce a través de todas las circunstancias de la vida: «El mundo, con todos sus terremotos, es para todos instrumento de reclamo de Dios a la autenticidad y a la verdad de la vida, pero lo es en particular para el cristiano, que es como el centinela en el campo del mundo». A veces estos terremotos nos desconciertan. Es normal, como nos recuerda don Giussani: «En el fondo, como ley, no podemos evitar esta confusión. "El mundo reirá, y vosotros lloraréis"»[24].

Todo lo que hemos dicho nos hace más conscientes de nuestra necesidad. Esta conciencia es decisiva para vivir un gesto como el que acabamos de comenzar. Porque los Ejercicios de la Fraternidad son precisamente un gesto. Por ello, además de las lecciones y de la asamblea, son también silencio, canto, oración, sobre todo petición. Participando en un gesto como este, podemos reducirlo: ¡cada uno elige, según su propio criterio, en qué participar o qué cosas seguir de todo el pack! Como si fuésemos al médico y luego decidiésemos qué medicinas tomar de las que nos ha mandado. Por eso, cuanto más conscientes seamos de nuestra necesidad, tanto más todo lo que vivamos estos días, todo el sacrificio que hagamos se convertirá en grito, un grito para que el Señor tenga piedad de nosotros. ¡Pidámoslo!

23 J. Ratzinger, *Discurso con ocasión del centenario de la muerte del cardenal John Henry Newman*, Roma, 28 abril 1990.

24 L. Giussani, «La larga marcha de la madurez», *Huellas-Litterae communionis*, marzo 2008, p. 45.

SANTA MISA

Liturgia de la Santa Misa: Sb 2,1.12-22; Sal 33 (34); Jn 7,1-2.10.25-30

HOMILÍA DE DON STEFANO ALBERTO

En este segundo capítulo del *Libro de la sabiduría* se describe con una precisión extrema la dinámica que hace que todo se concentre en una hostilidad hacia Cristo: él, que «presume de tener por padre a Dios. Veamos si es verdad lo que dice». No podremos entrar en la verdad profunda de nuestra vida si no llegamos a reconocer lo que la Escuela de comunidad llama «la resistencia instintiva» ante Cristo, verdadero Dios, verdadero hombre. Esta resistencia nuestra no se manifiesta en rebelión abierta. Asume sobre todo la forma de aquellos que decían delante de Jesús: «Pero este sabemos de dónde viene». La resistencia ante la que debemos estar vigilantes, ante la que debemos mendigar y aprender, es la que nos lleva a pensar que ya lo sabemos, la que nos hace no sentir la necesidad de dejarnos aferrar. Ante esta forma de resistencia, que es la más insidiosa de todas, porque ahoga la sed de felicidad y la conciencia de ser dependientes del Padre en todo, Cristo responde con el vínculo que constituye Su relación con el Padre, y que es el fundamento de Su irreductibilidad: «Yo no vengo por mi cuenta, sino que el Verdadero es el que me envía. Yo lo conozco, porque procedo de él». Nosotros, que ya nos hemos encontrado con Él, esperamos conocerle no por lo que ya sabemos, sino por lo que ahora, en estos días, recibimos de Él. Nosotros, que así como somos deseamos correr para alcanzarlo, si somos leales, si somos humanos con nosotros mismos, sabemos perfectamente que necesitamos ser aferrados por Él. Y este ser aferrados tiene una forma humana: es un lugar, una historia, una presencia humana que tiene un rostro y una voz.

Sábado 5 abril, por la mañana

A la entrada y a la salida:
Wolfgang Amadeus Mozart, Concierto para piano y orquesta en re menor n. 20, K 466
Clara Haskil, piano
Igor Markevitch – Orchestre des Concerts Lamoureux
"Spirto Gentil" n. 32, Philips

Don Pino. «Prosigo mi carrera para alcanzarlo, como yo he sido alcanzado por Cristo»[25].

Ángelus

Laudes

■ **PRIMERA MEDITACIÓN**
Julián Carrón

Lo esencial para vivir

1. Lo esencial: ese primer vuelco del corazón

«Si yo miro el fondo de tus ojos tiernos, se me borra el mundo con todo su infierno»[26]. ¿Es posible que mirar el fondo de unos ojos pueda borrar el infierno? Para poder comprender esta frase hace falta haber visto vibrar en los ojos de una persona el Ser que le da la vida en este instante: para que el infierno no se borre sólo sentimentalmente es necesario que los ojos vibren de tal modo que no me dejen permanecer en la apariencia de la vibración, sino que me empujen a ver en esa vibración de los ojos el Ser que los hace, que los hace vibrar así. Pero muchas veces nos quedamos en la apariencia. Bastaría con pensar qué nos ha sucedido mientras cantábamos. ¿Se ha

25 *Fil* 3, 12.

26 V. Heredia, «Ojos de cielo», en *Cancionero*, op. cit., p. 282. «Si yo miro el fondo de tus ojos tiernos se me borra el mundo con todo su infierno. Se me borra el mundo y descubro el cielo cuando me zambullo en tus ojos tiernos. *Ojos de cielo, ojos de cielo, no me abandones en pleno vuelo. Ojos de cielo, ojos de cielo, toda mi vida por este sueño. Ojos de cielo*… Si yo me olvidara de lo verdadero, si yo me alejara de lo más sincero. Tus ojos de cielo me lo recordaran si yo me olvidara de lo verdadero. *Ojos de cielo, ojos de cielo*… Si el sol que me alumbra se apagara un día y una noche oscura ganara mi vida, tus ojos de cielo me iluminarían, tus ojos sinceros, mi camino y guía. *Ojos de cielo, ojos de cielo*…

borrado el infierno de nuestros ojos? ¿Se han borrado nuestros miedos, nuestra incapacidad, nuestra impotencia, ese miedo ante la nada que se asoma una y otra vez a nuestra vida? Si no ha sucedido nada de esto, si se ha quedado en un impacto sentimental, no durará mucho, porque no habremos captado la razón profunda de lo que hemos cantado. No habremos participado en la experiencia de la que ha nacido el canto. En cambio, quien haya participado en ella habrá tenido la experiencia de descubrir «el cielo cuando me zambullo en tus ojos tiernos». Sólo de este zambullirse puede surgir la petición: «Ojos de cielo, ojos de cielo, no me abandones en pleno vuelo».

«Si yo me olvidara de lo verdadero», esto es, si no fuese capaz de ver la verdad de las cosas, «si yo me alejara de lo más sincero…», ¿qué es lo que necesitaría? Que «tus ojos me lo recordaran». Más aún: «Si el sol que me alumbra se apagara un día y una noche oscura ganara mi vida», si me encontrase en la oscuridad más absoluta, ¿qué es lo que necesitaría? Que tus ojos de cielo me iluminen, porque «tus ojos sinceros» son «mi camino y guía». ¿Cuándo ha sido la última vez en vuestra vida que, al mirar a los ojos a las personas más queridas, habéis vivido esto, ha sucedido esto? ¡Y no como ficción! ¡No como puro sentimentalismo! Como un hecho, como experiencia vivida, porque aquí se encierra todo el método.

Cuando daba clase en bachillerato solía poner este ejemplo: si un niño fuese al parque de atracciones con sus padres, estaría completamente fascinado por las atracciones que tiene ante sí, todo sería fantástico. No dejaría de decir: «¡Mira, papá! ¡Mira esto!». Cada atracción produciría un sobresalto, cada cosa que ve le entusiasmaría. Pero si en un momento de distracción se separase de sus padres y se encontrase solo en medio de un barullo de gente, de una masa de gente, ¿qué pasaría? Que todo lo que tiene delante, con toda su belleza, se transformaría en una amenaza, y empezaría a llorar. Todo es igual que antes, las atracciones son las mismas de antes, pero el niño llora, ya no le interesa nada de lo que ve. Todo se vuelve un infierno. ¿Qué es lo que le haría olvidar de golpe el infierno? Sería suficiente con volver a encontrar a sus padres, y todo se reconstruiría. Porque en la relación con sus padres volvería a ver la realidad tal como es.

La letra de la canción, por tanto, no es algo sentimental, sino que describe una experiencia real: si cada uno de nosotros no pudiera encontrar una mirada, tener una determinada relación, no sería capaz de mirar la realidad de forma correcta. Si, por un momento, me separase de ti, compañero de camino, ya no vería la realidad, la noche se volvería oscura, como para ese niño. Pero si «una noche oscura ganara mi vida», ¿qué es lo que necesitaría? Necesitaría unos «ojos de cielo» que la iluminaran, necesitaría una mirada, una relación.

«Para aligerar este duro peso de nuestros días, esta soledad que llevamos todos, islas perdidas, para descartar esta sensación de perderlo todo»[27], ¿qué es lo que necesito? «Sólo me hace falta que estés aquí con tus ojos claros». Pero, ¿cuáles son estos ojos claros? ¿Qué ojos claros hace falta encontrar para que uno no tenga la sensación de perderlo todo? ¿Qué ojos claros necesito para vencer la soledad que todos vivimos? ¿Qué ojos claros necesito para «estar contigo sin perder el ángel de la nostalgia»? Es verdaderamente impresionante, porque la mayoría de las veces estar con el otro equivale a perder la nostalgia. Hace falta entonces que suceda una presencia que no sólo no extinga la nostalgia, sino que la encienda, que reavive el deseo de estar con ella. ¿Es posible esto? ¿Qué mirada tenemos que encontrar «para descubrir la vida»? «Para considerar que todo es hermoso y no cuesta nada», que todo se nos da, ¿qué mirada tenemos que encontrar? «Para descubrir y considerar [darse cuenta de las cosas]»[28], ¿basta con cualquier mirada? No, no basta la del marido o la mujer, ni siquiera la de los amigos. Hace falta la mirada de una presencia capaz de mantenerse en pie ante todos los desafíos y de vivir la experiencia de que nada de lo hermoso que sucede en la vida se pierde. Se necesita una relación que no extinga el fuego de la nostalgia, sino que lo encienda. Pero, ¿existen estos ojos? ¿Existe esta mirada en la realidad?

«Aconteceu»[29]. Sucedió cuando la gente menos se lo esperaba. Sucedió un hecho en la historia que introdujo esta mirada para siempre.

¿Cómo podemos saberlo?

---

27 V. Heredia, «Razón de vivir», en el CD *De amor y de sangre.* «Para decidir si sigo poniendo esta sangre en tierra, este corazón que va de su parte, sol y tinieblas. Para continuar caminando al sol por estos desiertos, para recalcar que estoy vivo en medio de tantos muertos. Para decidir, para continuar, para recalcar y considerar sólo me hace falta que estés aquí con tus ojos claros. *Ay, fogata de amor y guía, razón de vivir mi vida*. Para aligerar este duro peso de nuestros días, esta soledad que llevamos todos, islas perdidas. Para descartar esta sensación de perderlo todo, para analizar por dónde seguir y elegir el modo. Para aligerar, para descartar, para analizar y considerar sólo me hace falta que estés aquí con tus ojos claros. *Ay, fogata de amor y guía, razón de vivir mi vida*. Para combinar lo bello y la luz sin perder distancia, para estar con vos sin perder el ángel de la nostalgia. Para descubrir que la vida va sin pedirnos nada, y considerar que todo es hermoso y no cuesta nada. Para combinar, para estar con vos, para descubrir y considerar sólo me hace falta que estés aquí con tus ojos claros. *Ay, fogata de amor y guía, razón de vivir mi vida*».

28 *Ibídem.*

29 A. Calcanhotto – P. Cavalcanti, «Aconteceu», del CD *A Fábrica do poema*, 1994. «Sucedió cuando nadie lo esperaba, sucedió sin repicar de campanas, sucedió de forma distinta a las historias que cuentan normalmente las novelas. Sucedió sin que hubiera estrellas en el cielo, sucedió sin un rayo de luna. Nuestro amor llegó dulcemente, se expandió muy lentamente, tardó pero finalmente se quedó. Sucedió sin que el mundo lo agradeciese, sin que las rosas floreciesen, sin un canto de alabanza, sucedió sin drama alguno. El tiempo sólo ha hecho su lecho, como en todo gran amor».

Escribía hace años don Giussani: «El más bello pensamiento al que me abandono desde hace unos meses a esta parte es la imaginación del primer vuelco del corazón que experimentó la Magdalena. Y ese vuelco de su corazón no fue: "Dejo a todos mis amantes", sino el enamoramiento de Cristo. Y el primer vuelco del corazón de Zaqueo no fue: "Reparto todo mi dinero", sino la sorpresa enamorada de aquel hombre. [Entonces,] Que Dios se haya hecho uno de nosotros, un compañero, supone la gratuidad más absoluta; hasta tal punto que se llama gracia». La gratuidad más asombrosa es que Dios se haya convertido en compañero mío de camino, cosa de la que se dio cuenta Zaqueo y se dio cuenta María Magdalena. Por ello, «su presencia se refleja [en mí,] en nosotros como gratitud llena de asombro»[30]. ¡Qué gratitud tener un compañero que aligera el peso de mis días, de mi soledad, que me libra de la sensación de perderlo todo! Este es el motivo de que María Magdalena y Zaqueo se vieran aferrados, quedaran prendidos, se sintieran atraídos, apegados enseguida a Él. Eran unos pobrecillos como nosotros, pecadores, heridos por la vida, pero nada les impidió quedar prendidos, aferrados. Nada impidió en ellos ese vuelco del corazón que les llenó de una gratitud ilimitada. Para experimentar ese vuelco del corazón no se necesitaba nada, ninguna condición previa. ¡Sólo que sucediera! Basta con que suceda para verse tocados y aferrados. Porque es lo que desea cada uno de nosotros, lo que esperamos en cada instante. Ese «corazón que arde» mientras Alguien nos habla «por el camino»[31].

¿Qué le sucedería a esa mujer, María Magdalena, que no pudo sustraerse al deseo de buscarlo, cada día, cada noche? «En mi lecho, por la noche, buscaba el amor de mi alma»[32], al amado de mi corazón.

Así es como el Misterio quema todas las etapas, todas las distancias, las distracciones, todos los errores. Nada de esto le puede impedir al Misterio dirigirse a ellos y enamorarlos. No es sentimentalismo. El vínculo que Cristo establece con ellos no es un sentimentalismo. El sentimentalismo no sería capaz de aferrarles de ese modo. Es una relación que les hace ser ellos mismos, cosa que tiene ciertamente un impacto sentimental, como cualquier cosa que entra en nuestro horizonte[33], pero que tiene un alcance que va más allá del sentimiento, y que nos introduce en una experiencia de nosotros mismos que ningún sentimentalismo puede soñar con alcanzar.

---

30 Retiro de los *Memores Domini* del 24-26 mayo 1985, *pro manuscripto*, p. 15.

31 Cf. *Lc* 24, 32.

32 *Ct* 3, 1.

33 Cf. L. Giussani, «Tercera premisa», en *El sentido religioso*, op. cit., pp. 43-55.

Si no es sentimentalismo, lo que hace Jesús tampoco es un reproche, una condena, un mantenerse alejado de ellos, a distancia, sino que es un abrazo, una ternura, una pasión por su vida a través de la cual les hacer llegar a ser, por fin, ellos mismos; ellos, que no sabían en qué consistía ser verdaderamente ellos mismos, que no sabían qué quería decir ser hombres y mujeres. De este modo, entra en el mundo una forma nueva de ser hombres, de vivir la vida, de estar presentes en la realidad, una forma que todos – consciente o inconscientemente – desean, anhelan, pero que no son capaces de alcanzar con sus propias fuerzas, con su propia imaginación, con su propia energía.

«Es el descubrimiento de la persona lo que entra en el mundo con Jesús»[34]. Esta frase de la Escuela de comunidad adquiere para nosotros, en estos tiempos, todo su alcance histórico. El cristianismo es este acontecimiento, un hecho presente, tan presente que se puede tocar con la mano, como hemos visto al leer el capítulo octavo de *Los orígenes de la pretensión cristiana.* Este capítulo es la documentación en el presente de la existencia de esos ojos que necesitamos encontrar para vivir, es el testimonio de don Giussani, dos mil años después, de que estos ojos existen todavía, presentes en la realidad, porque en caso contrario no habría podido escribir lo que escribió. Ojos que no podemos reducir a nosotros, a nuestros sentimientos, a nuestras reacciones. Que no pueden ser manipulados por nadie, porque introducen la mirada de una Presencia totalmente distinta de nosotros. Sólo quien los ha visto, quien se ha topado con ellos, puede responder a la pregunta decisiva: ¿quién es Jesús?

Sólo si dejamos entrar esta mirada podremos comprender existencialmente quién es Jesús. Al hacer experiencia – llenos de asombro – de un plus de humanidad, empezamos a comprender quién es realmente Jesús. Sólo esto explica por qué María Magdalena y Zaqueo experimentaron ese vuelco del corazón por el que se sorprendieron pegados a Jesús desde el primer día, al igual que Juan y Andrés. «Pero ese impacto excepcional, ese asombro inicial, ¿en qué consistía, psicológicamente hablando? El asombro inicial fue un *juicio* que se convirtió inmediatamente en *adhesión*». Era un enamoramiento sin igual. «Se trató de un juicio que era como el pegamento: *un juicio que les pegaba a Él*. ¡Todos los días les daban varias manos de cola y ya no podían separarse! […] Nace en ti una estima maravillosa que te pega a esa persona»[35]. Es un juicio, no un sentimiento. Por eso se comprende

34 L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 107.

35 L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, p. 11.

que desde entonces toda su vida trascurriera en la carrera por alcanzarlo, cojeando, equivocándose mil veces, pero sin alejarse nunca. Es la misma ternura única que, a través de don Giussani, nos ha despertado a nosotros. Lo hemos tocado a través de su testimonio.

De esto depende quiénes somos y cuál es nuestra incidencia histórica. Imaginemos a aquellos pescadores de Galilea, que llegaban pertrechados únicamente con sus ojos nuevos a la Roma de entonces, cuyo tenor de vida todos conocemos. ¿Qué es lo que prevalecería en sus corazones? ¿Qué es lo que más les importaría cuando llegaron a Roma? Si Juan y Andrés llegaran a nuestro mundo ahora, ¿qué es lo que dominaría en ellos? ¿Qué sería para ellos lo esencial? ¿Qué sería lo más importante, lo que querrían comunicar a todos, en este momento, ante los desafíos que se plantean hoy? ¿No tendrían como única preocupación la misma que habían visto en Jesús? ¿No testimoniarían esa mirada que les había aferrado? ¿No dejarían acaso entrar esa mirada en cada circunstancia y en cada relación?

En los tiempos de Jesús, al igual que ahora, el verdadero desafío es que surja la persona. Y esto explica la pasión que Cristo tiene por el hombre. Porque tanto los tiempos de entonces como los de ahora, son tiempos de "miseria evangélica". Hoy también, al igual que entonces, lo único necesario es lo esencial: que suceda de nuevo, aquí y ahora, Su presencia, que genera ese vuelco del corazón.

Don Giussani no hizo otra cosa que testimoniar esto. Al final de su vida resumía con estas palabras cuál había sido su intención, qué había querido hacer a lo largo de toda su existencia: «No sólo no pretendí nunca "fundar" nada, sino que creo que el genio del movimiento que he visto nacer consiste en haber sentido la urgencia de proclamar la necesidad de volver a los aspectos elementales del cristianismo, es decir, la pasión por el hecho cristiano como tal, en sus elementos originales y nada más»[36]. Esto era para él lo esencial. El cristianismo es este acontecimiento. Su signo es precisamente el acontecimiento del "yo", que se hace posible por la experiencia de Cristo presente en una humanidad distinta.

«Te escribo después del impacto que ha provocado en mí participar en el Equipe del CLU de hoy. Lo primero que quiero resaltar es que yo iba con una intervención preparada que deseaba leer, pero por un problema de tiempo no ha sido posible, cosa que les ha pasado a muchos. Sin embargo, trabajar contigo, ver lo que estaba sucediendo ante mis ojos

36 L. Giussani, «Carta a Juan Pablo II en el 50 aniversario del nacimiento de CL», *Huellas-Litterae communionis*, abril 2004, p. 2.

a través de otros testimonios y de tu mirada paternal sobre cada uno de nosotros ha profundizado de tal manera el juicio que había empezado a dar ante lo que me ha sucedido que no he podido dejar de exclamar para mí, mientras estaba allí sentado: "¡Esto es Cristo que está sucediendo!". Porque ahí estaba sucediendo lo que don Giussani llama en la Escuela de comunidad "una mirada reveladora de lo humano", o mejor aún, una mirada que toma en consideración todos los factores, que "salva" todos los factores de la experiencia humana: el signo más grande, como nos decías hoy, de la presencia de Cristo». Para poder acogerlo basta con ser como niños: «En verdad os digo que quien no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él»[37].

¿En qué se ve que Cristo ha sucedido y que yo lo he acogido? En que Sus ojos se vuelven míos, hasta el punto de poder mirar los ojos de cualquier otro hasta su fuente, hasta ver vibrar en ellos el Ser que los hace.

Es Otro quien vive en mí. «Viviendo en la carne, participo de un Acontecimiento que me vuelve capaz de tener una comprensión nueva, más profunda y verdadera, de mis circunstancias. ¿Qué quiere decir – escribía don Giussani – mirar el rostro de una chica según la carne? Significa que todo se reduce a un "me gusta, no me gusta", "es simpática, no es simpática", "me cuesta, no me cuesta". "Aun viviendo en la carne, vivo en la fe" quiere decir, en cambio, que afronto la relación con ella dentro de la fe en el Hijo de Dios, dentro de la adhesión a Cristo»[38]. Cristo como hecho presente dilata mi mirada: no Cristo dicho de forma nominalista, como un mero nombre, sino como un hecho presente, del mismo modo que la presencia de los padres constituye la mirada del niño, fundamenta su modo de mirar la realidad. No son suficientes los eslóganes o las estrategias. Hace falta que la presencia de Cristo sea tan real, me determine tanto, hasta tal punto determine el fondo de mis ojos, que yo pueda mirar de forma verdadera al otro. «Y entonces esa chica es, en la medida de su atractivo – don Giussani no deja nada fuera –, el signo por medio del cual estoy invitado a adherirme con la carne al ser de las cosas, a descender a la realidad de las cosas, hasta donde las cosas mismas se hacen»[39]. ¡Cuánto nos perdemos cuando falta Él! Si los miro con la apertura que me da Cristo presente, los ojos de cualquiera pueden borrar el infierno. Pero es necesario verificar esto en la realidad.

---

37 *Mc* 10, 15.

38 L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 76.

39 *Ibidem.*

2. El desafío de las circunstancias y el camino a recorrer

¿Quién es Jesús? ¿Qué es para nosotros lo esencial?

Después de una experiencia como la que acabamos de describir, también nosotros responderíamos como Pedro a la pregunta sobre lo esencial.

«Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo?»[40]. Pedro, ha explicado el papa Francisco, «fue ciertamente el más valiente ese día, cuando Jesús preguntó a los discípulos: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?". Pedro respondió con firmeza: "Tú eres el Mesías". […] Seguramente nosotros daremos la misma respuesta de Pedro, la que hemos aprendido en el catecismo: ¡Tú eres el Hijo de Dios vivo, Tú eres el Redentor, Tú eres el Señor!». Pero, continúa el Papa, «cuando Jesús comenzó a explicar lo que tenía que suceder: el Hijo del hombre tenía que padecer mucho», Pedro se quedó desconcertado. «"A Pedro ciertamente no le gustaba este discurso". Él razonaba así: "¡Tú eres el Cristo! ¡Tú vences y vamos adelante!". Por esta razón "no comprendía este camino" de sufrimiento indicado por Jesús. Así que, como relata el Evangelio, "se lo llevó aparte" y "se puso a increparlo". Estaba "tan contento de haber dado aquella respuesta —'Tú eres el Mesías'— que se sintió [incluso] con la fuerza para reprender a Jesús"»[41].

Tampoco a nosotros, como a Pedro, se nos ahorran los desafíos después del primer vuelco del corazón. Lo vemos allí donde está presente el movimiento. Nada más empezar la asamblea con los universitarios de EEUU, uno de ellos me preguntó: «¿Cómo es posible no perder todo lo bonito que sucede en la vida?». Es la misma pregunta del canto: ¿cómo «descartar esta sensación de perderlo todo»[42]? En Brasil, una joven que trabaja en un hospital, en contacto con el sufrimiento, y que es animada a distraerse y a no dar demasiada importancia al dolor porque antes o después uno se acostumbra, preguntaba: «Pero, ¿cómo se puede vivir ante este dolor tan tremendo?». Los amigos de Venezuela se ven desafiados por una situación social y política cada vez más dramática; los de Argentina tienen que vérselas con los dramas históricos de su pasado reciente; los de México conviven con una violencia que provoca en un año más muertos que una guerra; los de Uruguay tienen que afrontar la legalización de la marihuana como respuesta al drama de la vida; los de EEUU son puestos a prueba por la dureza de la situación económica; los amigos de Rusia y Ucrania se ven desafiados por la crisis que se ha creado con la ocupación de Crimea; los españoles se encuentran

40 *Mt* 16, 15.

41 Francisco, *Meditación matutina: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»*, Santa Marta, 20 febrero 2014.

42 V. Heredia, «Razón de vivir», en el CD *De amor y de sangre.*

ante una nueva propuesta de ley sobre el aborto. Y así muchos otros que se encuentran viviendo en contextos totalmente extraños al cristianismo. A los desafíos que representan la crisis económica, la emergencia educativa, la falta de trabajo, la progresiva descomposición de la sociedad (como se pone de manifiesto en las dificultades de los casados para vivir su relación, en la confusión de muchas personas frente a la educación de sus hijos o ante el sufrimiento de la vida), se ha añadido uno nuevo que a muchos les resulta apremiante: el de los "nuevos derechos", síntoma de un profundo malestar cultural y social, de un modo de concebir al hombre que se impone hoy y se difunde cada vez más. En resumen, no nos faltan los desafíos.

Todos ellos constituyen una provocación para cada uno de nosotros y para cada comunidad en cualquier rincón del mundo. Lo bonito de estos desafíos es que son comunes, que ninguno de nosotros puede evitar. Y cada uno, de hecho, está ya respondiendo a estas cuestiones candentes en las conversaciones con los compañeros de trabajo, con los amigos, en casa. Y tienen para nosotros el valor de hacernos salir de la madriguera empujándonos a descubrir qué es para nosotros lo esencial. Porque lo esencial, como decíamos ayer, sale a la luz al sorprendernos en acción. Y todos podemos preguntarnos, ante los desafíos que debemos afrontar: en mi respuesta, en mi esfuerzo por responder, ¿qué se ha puesto de manifiesto, qué he dicho sobre mí, qué he descubierto en mí como esencial? ¿Qué tenía especial interés en decir? ¿Qué respuesta tenía a todas estas circunstancias? Es urgente aclarar cuál es la modalidad adecuada de situarnos ante ellas. Lo primero que hay que hacer es comprender la naturaleza de esta provocación.

Estos desafíos constituyen un reclamo para nosotros, como ha sucedido siempre. «En la historia de la Iglesia», dice Giussani, «siempre ha sido así: el compromiso mundano – que aunque de forma facciosa y parcial, subraya una urgencia o un aspecto de la vida – incita a una nueva toma de conciencia, provoca una crisis y una nueva toma de conciencia dentro del pueblo cristiano auténtico. Dios se sirve de todo lo que sucede. Recordad la premisa: todo lo que sucede lo permite Dios para la maduración de aquellos a los que ha elegido»[43]. En medio de la complejidad de la situación, algunos se sienten perdidos, confundidos, no pocos están espantados. Y cuanto más sentimos la gravedad de los desafíos, tanto más vemos crecer en nosotros la urgencia de hacer algo, de ofrecer nuestra contribución, tanto más urgente se vuelve la pregunta sobre lo que hay que hacer, sobre qué iniciativas llevar a cabo.

Sea cual sea la modalidad con que cada uno ha reaccionado a dichas provocaciones, habrá podido verificar lo que decía el papa Francisco con

43 L. Giussani, «La larga marcha de la madurez», op. cit., p. 34.

respecto a Pedro: «Para responder a esa pregunta que todos nosotros percibimos en el corazón – ¿quién es Jesús para nosotros? – no es suficiente lo que hemos aprendido estudiando el catecismo». Ciertamente «es importante estudiarlo y conocerlo, pero no es suficiente», ha insistido el Santo Padre. Porque para conocerlo verdaderamente «es necesario hacer el camino que hizo Pedro»[44].

Esto significa que para los primeros, igual que para nosotros, la cosa no termina con el vuelco del corazón. La vida continúa con todas sus provocaciones. Nosotros podemos responder como Pedro a la pregunta sobre Cristo, identificando en Él lo esencial para vivir. Pero muchas veces, también nosotros nos sentimos desplazados con respecto a lo esencial, a pesar de haberlo reconocido. Por ello, si no hacemos un camino, nos perdemos, como Pedro. «La fe es, además, un conocimiento vinculado al transcurrir del tiempo, necesario para que la palabra se pronuncie: es un conocimiento que se aprende sólo en un camino de seguimiento»[45].

La pregunta acerca de lo esencial no es en absoluto retórica, no es una distracción para esta mañana. Es crucial para responder a las cuestiones planteadas: ¿cómo se puede vivir? ¿Cuál es nuestra tarea en el mundo? Los desafíos se clavan en nuestra carne y no es posible mirarlos desde la barrera.

«El otro día», me contaba un amigo español, «íbamos juntos a una de las manifestaciones para defender la iniciativa del gobierno del Partido Popular en España de hacer una ley menos favorable al aborto. Nos dirigíamos a la manifestación y yo hablaba con un amigo que tiene tres hijos y se acababa de enterar de que estaba esperando el cuarto. Las condiciones son perfectas: él quiere a su mujer, están felizmente casados, no tienen especiales problemas económicos, son de los nuestros, son católicos, todo está en su sitio. Y me dice: "Sabes, lo primero que pensé cuando mi mujer vino a decirme que estaba embarazada fue: '¡No es verdad, no puede ser verdad!', porque ahora me cuesta, no tengo ganas, cambia un poco mis planes…". Y me dice: "Precisamente ahora estamos participando en una manifestación contra el aborto, pero yo también participo de la cultura del rechazo, yo que estoy acompañado, que soy educado y sostenido por una compañía desde hace veinte años… ¿Qué no será para una chica sola que no está casada, que no tiene dinero? ¿Qué pensará una mujer sola, o acompañada, o una chica de 18 años ante el test de embarazo, si no es: 'Como no sé gestionar esto, lo destruyo, lo elimino, porque así parece más fácil'"? Fue bonito porque estuvimos hablando

44 Francisco, *Meditación matutina: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»*, Santa Marta, 20 febrero 2014.

45 Francisco, Carta encíclica *Lumen fidei*, 29.

mucho y le dije: "Mira, sin esta conciencia sería injusto estar aquí en esta manifestación, porque nos limitaríamos a defender unos valores católicos, pero nunca entenderíamos qué quieren decir para la vida…"».

Las provocaciones no disminuyen ni siquiera cuando nos hacemos una idea reducida de la necesidad del otro. Es más, la rebelión que experimenta cuando intentamos reducir su deseo hace todavía más urgente la pregunta: ¿cuál es nuestra tarea en el mundo? «Un grupo de amigos y yo ayudamos a las personas a buscar trabajo de un modo muy sencillo: ¡les acompañamos! Los que son más capaces, después de un par de encuentros, una vez que ha despertado su persona, encuentran trabajo por ellos mismos, pero los más débiles, los que ya no son capaces de moverse solos, a esos les acompañamos uno a uno, estamos juntos todo el tiempo necesario hasta que encuentran un trabajo». Pero no siempre lo encuentran. «Entre las personas que hemos conocido se encuentra una persona minusválida de 50 años que va en silla de ruedas, a la que conocimos en un bar junto con su madre. Durante la entrevista, entre otras cosas, me dijo que sabía usar el ordenador. Yo le respondí que le podía buscar un trabajo para hacer desde casa. Pero él, sacando a la luz toda su persona, me dijo que quería salir de casa. En ese momento le abracé, porque me di cuenta de que tenía un corazón infinito como el mío, y yo ya le había reducido a su silla de ruedas». A través de un aspecto particular, sale a la luz toda la naturaleza de la necesidad. Ese hombre no se conforma con menos.

O bien la historia de una joven que escribe a sus amigos contándoles que, ante su prima, que espera un niño y que se está haciendo todo tipo de pruebas para verificar si está sano, le pregunta: «En el fondo, ¿para qué te sirve saber antes si el niño está sano?». Su respuesta la dejó helada: «Si tiene cualquier tipo de problema, lo deshecho». ¡Lo deshecho! «Creo que fueron los minutos más largos de mi vida. No conseguía pensar en nada, estaba inmóvil, petrificada, no era capaz de hablar. Terminé la conversación como pude y me despedí. Sentí una tristeza inconsolable. Luego pensé en el *Página Uno* de la revista *Huellas* […]: "¿Es posible vivir las circunstancias con toda la medida humana del drama de la vida a la luz de la Escuela de comunidad?" [Ese vuelco del corazón, ¿es suficiente, se mantiene ante cualquier desafío?]. "Aquí cada uno tiene que verificar, independientemente de la opinión que pueda tener, si la respuesta que da a la provocación de la realidad constituye de verdad una respuesta, si responde al problema que le provoca y desafía"». Concluía la joven: «¡Esta es la cuestión! ¡Este es el camino! En el dolor, en todas las preguntas que están contenidas en lo que os he escrito, en el deseo de poder estar todavía más cerca de mi prima de un modo más humano, total, verdadero, humilde y discreto, deseo verificar

de nuevo si es verdad, como de hecho lo es, que Cristo es Roca, única – ¡única! – Piedra Angular, si es verdad, como de hecho lo es, la respuesta a la pregunta: "*¿Quid animo satis*?": "*Est Vir qui adest*"».

Estos testimonios nos hacen ser conscientes del camino que debemos recorrer. Porque si no comprendemos el alcance de las provocaciones, si no nos damos cuenta de todos los factores que están en juego, cometeremos los mismos errores del pasado.

3. Una luz que procede de nuestra historia

Para afrontar los desafíos actuales – culturales, sociales, políticos, jurídicos – no partimos de cero. Tenemos la riqueza de una historia, de un camino que hemos hecho en compañía de don Giussani. Por ello, para iluminar los desafíos actuales me ha resultado muy útil volver a algunos momentos de nuestra historia – el 68 y los años posteriores –, en los que la provocación y la presión de las circunstancias fue tan fuerte que hizo que muchos abandonaran. En esos momentos la presencia de don Giussani se reveló de nuevo como crucial. Al vernos en acción, él nos ayudó a darnos cuenta de lo que era de verdad esencial a pesar de nuestras intenciones, justamente porque al tomar conciencia de todos los factores, no reducía – como solemos hacer nosotros – las dimensiones del problema. Sus juicios constituyen gestos de caridad hacia nosotros, al mismo tiempo que hacen emerger ante nosotros toda su autoridad, que impidió que acabáramos perdiéndonos.

Decía don Giussani: «Para mí la historia lo es todo. He aprendido de la historia»[46], es decir, de la experiencia. Leyendo el libro de Savorana estamos verificando cuán verdad es esto. A él tampoco se le ahorraban las circunstancias.

En el año 1993, un universitario le contó que algunos intelectuales de entonces se lamentaban diciendo que «CL era mucho mejor antes […] del 76, cuando se lanzaba a la arena política, cuando discutía ideológicamente, cuando llevaba adelante su proyecto, cuando proponía su proyecto en la sociedad», y que, en cambio, «ahora se ha reducido a una forma de piedad»[47]. Lo podréis leer en el próximo libro de los Equipe que será publicado en otoño. Para responder a esta provocación, Giussani les hace leer un pasaje de *Uomini senza patria*, de 1982, en donde dice:

46 A. Savorana, *Vita di don Giussani*, op. cit., p. VIII.

47 Hace referencia a un Equipe contenido en el volumen de L. Giussani, *In cammino (1993-1998)*, que próximamente saldrá publicado en la Biblioteca Universale Rizzoli.

«Toda nuestra actividad, desde que nació Comunión y Liberación, desde el 70, […] todo lo que hacemos [lo que hemos hecho] es para tener una patria, es para tener una patria en este mundo». Algunos recordaréis el pasaje: «No digo que no sea justo. Digo que lo hacemos para tener una patria, y que esa patria no la tendremos»[48].

¿Cómo sucedió todo esto? Para afrontar esta cuestión, Giussani vuelve de nuevo a la historia de aquellos años: «En los años 68-69 nos encontramos como fuera de casa»[49], desplazados por la ideología marxista y por su deseo de liberación. De forma análoga, hoy podemos vernos desplazados ante la agitación y las nuevas ansias de liberación, que se expresan por ejemplo en las reivindicaciones de nuevos derechos, todos hijos del 68. Cada uno de ellos representa una modalidad parcial, y con frecuencia contradictoria, a través de la cual se busca la satisfacción de unas exigencias que no nos cuesta reconocer como profundamente humanas: la necesidad afectiva, el deseo de maternidad y de paternidad, el miedo ante el dolor y la muerte, la búsqueda de la propia identidad… Cada uno de estos nuevos derechos hunde sus raíces en el tejido que constituye toda existencia humana. De aquí procede su atractivo. La multiplicación de derechos individuales expresa la expectativa de que el orden jurídico pueda resolver los dramas humanos y asegurar satisfacción a las necesidades infinitas que habitan el corazón humano.

«¿Cómo acusó el movimiento el golpe [de este deseo de liberación del 68]? Se produjo un desconcierto, […] la inseguridad característica de quien, viviendo una experiencia y recorriendo un camino propio, se ve sorprendido por los acontecimientos históricos que requieren una interpretación y una decisión que la propia experiencia no ha alcanzado todavía»[50].

Ante esta situación, nos preguntábamos: «"¿Qué debemos hacer?" […]. Un grupo de tres o cuatro universitarios apareció un día […] con un panfleto, el primer panfleto contrarrevolucionario que salió, y quizá porque eran cuatro nos les pegaron una paliza aquella vez. El panfleto se titulaba "Comunión y Liberación" […]. ¿Qué significaba ese título?»[51].

1) En primer lugar, significaba que la liberación también era una exigencia de nuestro corazón. También nosotros teníamos un deseo de liberación: «Había un hilo que nos ligaba al corazón de todos, porque al

48 L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, BUR, Milano 2008, p. 88.

49 Hace referencia a un Equipe contenido en el volumen de L. Giussani, *In cammino (1993-1998)*, que próximamente saldrá publicado en la Biblioteca Universale Rizzoli.

50 L. Giussani, «La larga marcha de la madurez», op. cit., p. 36.

51 Hace referencia a un Equipe contenido en el volumen de L. Giussani, *In cammino (1993-1998)*, que próximamente saldrá publicado en la Biblioteca Universale Rizzoli.

gritar "liberación, liberación", el marxista expresaba también una exigencia de su corazón, tal vez confusa, oscurecida, dilapidada por un discurso ideológico, pero era un deseo del corazón»[52].

2) En segundo lugar, significaba que la liberación pertenecía al anuncio cristiano: Cristo es el libertador. De hecho, «Cristo se nos ha dado a conocer como el libertador del hombre, es el concepto de Redentor: Cristo redentor quiere decir Cristo libertador». La liberación no puede venir «del esfuerzo humano; […] no podéis cambiar con vuestras fuerzas. La liberación del mundo sólo puede venir de algo que ya es libre. ¿Qué hay en este mundo que ya sea libre? Algo que no es de este mundo, que está en este mundo, pero que no es de este mundo, que viene de fuera, de más allá: Cristo es el libertador. Pero Cristo, ¿dónde está ahora? […] Cristo se hace presente a través de la compañía de aquellos que Le reconocen»[53].

Pero vivir la novedad que ha traído Cristo en la pertenencia a la Iglesia, en el movimiento como signo del cambio, no parecía suficiente. Construir la comunidad cristiana parecía insuficiente para la magnitud del desafío, era necesario «hacer algo». Pero la imagen de este «hacer» estaba dictada por el planteamiento de los demás: se trataba de un movimiento igual y contrario al de los demás – contrario en cuanto que inspirado en los principios cristianos –.

¿Cuál fue la modalidad de respuesta al desconcierto? «El desconcierto se superó de golpe por una voluntad de intervenir»[54]. «Hicimos», dice don Giussani, «una infinidad de iniciativas», la mayor de todas fue la asamblea en el Palalido, «llevados por el impulso de hacer, de conseguir ofrecer respuestas y llevar a cabo acciones en las que pudiésemos demostrar a los demás que actuando según los principios cristianos lo hacíamos mejor que ellos. Sólo así conseguiríamos también nosotros tener una patria»[55].

Se trató de superar el desconcierto con una voluntad de intervenir, de actuar, de obrar, «lanzándonos de cabeza detrás del mundo»[56], con el esfuerzo y con la pretensión de cambiar las cosas con las propias fuerzas, exactamente como los demás.

¿Qué es lo que sucedió? Se produjo un desplazamiento de consecuencias imprevisibles. De hecho, sin darnos cuenta, dice Giussani, se produjo «el paso de una matriz a otra, […] haciendo lo más abstracto posible el discurso y minimizando la experiencia en la que se participaba antes». De este

52 *Ibidem.*

53 *Ibidem.*

54 L. Giussani, «La larga marcha de la madurez», op. cit., p. 36.

55 Hace referencia a un Equipe contenido en el volumen de L. Giussani, *In cammino (1993-1998)*, que próximamente saldrá publicado en la Biblioteca Universale Rizzoli.

56 L. Giussani, «La larga marcha de la madurez», op. cit., p. 38.

modo, «se obró una reducción o una banalización del espesor histórico del hecho cristiano, […] minimizando su alcance histórico, "disolviéndolo", restándole toda su incidencia histórica»[57]. Son palabras suyas. En resumen, todo lo que se estaba viviendo entonces en la pertenencia al movimiento (la educación recibida, la caritativa, la presencia cotidiana en las escuelas y en la universidad, la respuesta a distintas necesidades, etc.) era vaciado de su incidencia histórica, era considerado insuficiente: había que hacer otras cosas para mostrar que también nosotros estábamos interesados en la suerte del mundo, que sabíamos ofrecer, en nuestra condición de cristianos, una contribución más resolutiva, que teníamos un proyecto y una praxis mejores. Esta posición definía a la mayoría de los que permanecieron, no sólo a los que decidieron marcharse.

Esta reducción del espesor histórico del hecho cristiano trajo consigo una serie de consecuencias. Veamos cómo las indica don Giussani.

«Primero: "Una concepción eficientista del compromiso cristiano, con tintes de moralismo". Algo más que tintes: ¡una completa reducción a moralismo! ¿Por qué había que seguir siendo cristianos? Porque el cristianismo te empuja a la acción, te empuja al compromiso, ¡y nada más! […] El cristiano tiene todavía derecho a permanecer en el mundo sólo en la medida en que se suma a la acción mundana: es el cristianismo "ético". […] Ante la necesidad del mundo, se produce el análisis de dicha necesidad y se elabora una teoría para responder a ella. Todo se juega en el ámbito de una medida humana. Cristo no tiene nada que ver con la historia; tiene que ver tan sólo con el más allá del tiempo y del espacio; es una mera inspiración moral, situada más allá del tiempo y del espacio, "trascendente"»[58].

«Segunda consecuencia – esto es lo más grave –: la incapacidad para dotar al discurso de dignidad cultural, para madurar la propia experiencia cristiana hasta que se convierta en un juicio crítico y sistemático, y por tanto, en sugerencia de modalidad de acción. La capacidad propia de la experiencia cristiana de incidir sobre el mundo permanecía bloqueada, porque una experiencia incide en el mundo sólo en la medida en que alcanza una expresión cultural»[59].

«Tercera consecuencia: la infravaloración teórica y práctica de la experiencia de la autoridad. […] El Hecho cristiano tiene en la autoridad establecida por Cristo el punto exacto donde seguir al Misterio»[60].

57 *Ibídem*, p. 36.
58 *Ibídem*, p. 37, 39.
59 *Ibídem*, p. 37.
60 *Ibídem*, p. 38.

«Entonces», resume don Giussani, «lo que dominó en el desconcierto general fue un lanzarse de cabeza detrás del mundo. Nuestra historia, sus contenidos y sus valores, fueron minimizados, interpretados lo más posible de manera abstracta, como excluidos de la vida concreta, vaciados de su capacidad de incidir sobre la contingencia histórica y, por tanto, ajenos a una verdadera encarnación». Poco antes de hacer esta observación, refiriéndose a la actitud global de los que participaron en el movimiento de contestación del 68, don Giussani había dicho: «Es la ingenuidad del que se considera "medida de todas las cosas", es la simpleza del hombre que piensa: "Ahora voy yo a poner las cosas en su sitio". Es el infantilismo del hombre como medida de todas las cosas, es la necedad del amor propio». Y exclamaba: «¡Qué melancolía! ¡Qué tristeza experimentamos enseguida y cómo se agravó con el paso de los años!»[61].

Al lanzarnos de cabeza a hacer cosas en nuestra condición de cristianos, para demostrar que, siendo cristianos, teníamos mejores respuestas que los demás a los problemas, podía parecer que Cristo era lo esencial. Pero el juicio de Giussani nos descoloca, como es habitual: «Nuestro ideal no es de hecho […] el que se imagina la prensa, nuestro ideal no es de hecho el de tener derecho a estar presentes en la tierra y en la sociedad porque sepamos responder a las pretensiones, a las exigencias o a las necesidades que tienen los demás, que tienen los hombres. Es bueno responder a las necesidades de la gente, pero no… nosotros no estamos aquí para esto. En el año 76, ante dos mil responsables universitarios reunidos en Riccione, me puse en pie y no sabía qué decir, pero sentía un gran malestar dentro de mí, […] y dije: "No estamos aquí para esto, nuestra tarea de cristianos no es esta, podemos entrar perfectamente en todas las cooperativas del mundo, podemos entrar en todas las asociaciones del mundo y ofrecer nuestra contribución al bien común a través de ellas, pero el cristianismo no es una asociación como estas, el cristianismo no es una organización para resolver las necesidades de los hombres". […] Esta es la ilusión que ha tentado al hombre en todas las épocas, y en la que el hombre ha caído siempre. Es una ilusión, se llama utopía. […] [¿Por qué?] Porque el hombre no es capaz de identificar, asimilar, juntar y realizar la totalidad de los factores que están en juego, al hombre siempre se le escapa algo»[62].

Sin darnos cuenta, nos habíamos desplazado de Cristo a la utopía. También para nosotros la utopía se había convertido en lo esencial.

61 *Ibídem*, pp. 38, 35.

62 Hace referencia a un Equipe contenido en el volumen de L. Giussani, *In cammino (1993-1998)*, que próximamente saldrá publicado en la Biblioteca Universale Rizzoli.

Podíamos seguir diciendo que Cristo era lo esencial, pero al sorprendernos en acción teníamos que admitir que ya nos habíamos separado de Él (se veía en que ya no éramos capaces de «identificar y realizar la totalidad de los factores»). De hecho, «es como si el movimiento de Comunión y Liberación, desde los años 70 en adelante, hubiese trabajado, construido y luchado sobre los valores que Cristo ha traído, mientras que el hecho de Cristo para nosotros, para nuestras personas y para todos los que han hecho CL con nosotros, "hubiese caminado por una vía paralela"»[63].

¿Qué nos ha llevado hasta aquí? La falta de conciencia del problema. En esto consiste nuestro ser "modernos", hijos de la mentalidad que nos rodea: se trata de un problema de concepción, de conocimiento de sí, de autoconciencia, no de coherencia ética. Nuestro ser "modernos" (en el fondo, la "modernidad" es una tentación del alma de todo hombre de cualquier época) se manifiesta en este desplazamiento del baricentro a nuestros actos religiosos, culturales, a nuestra obras: la Presencia, el Hecho de Cristo, se convierte en un a priori teórico; un a priori que no determina quiénes somos, cómo miramos, el sentido de nuestro estar en el mundo»[64].

La dificultad para erradicar de nosotros esta mentalidad se pone de manifiesto en la historia del movimiento a partir de ahí, resumida sintéticamente en el *Página Uno*[65]. «El primer paso consciente fue el Manifiesto de Pascua […]. El paso que el Manifiesto [*Cristo, compañía de Dios al hombre*, 1982] invitó a todos a dar, y que muchos consiguieron dar, […] reveló que el problema no es todo lo que hacemos, no es nuestro quehacer, no es nuestro análisis de las cosas, nuestro punto de vista sobre las cosas inspirado en los valores cristianos. Hemos seguido adelante durante diez años trabajando sobre los valores cristianos y olvidándonos de Cristo, sin conocer a Cristo»[66].

Giussani denuncia el desplazamiento del baricentro, la sustitución de lo esencial por las cosas que hacemos – como todos los modernos –, sin darnos cuenta de su absoluta inadecuación a los factores del problema: «Si estamos tan vergonzosamente divididos, tan fragmentados, que es

63 L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, op. cit., p. 56.

64 «La época moderna, más aún, la época contemporánea es la documentación trágica de aquello a lo que llega el hombre en su pretensión de autonomía: la pretensión de hacerse él mismo, de realizarse él mismo, de crearse él mismo, de decidir por sí mismo, de considerarse como centro. Esta pretensión lleva a la disolución, a la pérdida de la libertad como originalidad de juicio sobre la vida: uno termina alienado en la opinión común, en la cultura, en las opiniones inducidas por la cultura dominante» (L. Giussani, *Uomini senza patria. 1982-1983*, op. cit., p. 265).

65 J. Carrón, «Testimonio y narración», *Huellas-Litterae communionis*, marzo 2014, pp. II-IV.

66 L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, op. cit., pp. 88-89.

imposible la unidad incluso entre hombre y mujer, y no nos podemos fiar de nadie; si somos tan cínicos con todo y todos, y estamos tan faltos de amor a nosotros mismos, ¿cómo podremos sacar algo de este fango para reconstruir nuestros muros abatidos?, ¿de dónde podremos sacar el cemento para construir nuevos muros? […] Debido a nuestra condición de heridos, no podemos decir: "¡Pongámonos a reconstruir nosotros lo humano!". Si estamos vencidos, ¿cómo podremos vencer? […] Es necesario que venga alguien de fuera – *debe venir desde fuera* – a reconstruir los muros de nuestra casa destruida. […] Esta es la dificultad mayor que se tiene ante el catolicismo, ante el cristianismo auténtico: su afirmación de que el hombre sólo llega a ser él mismo mediante *algo diferente* – que viene de fuera –. […]. [Pero este paso] "no gusta", porque introduce, abre las puertas a algo que no corresponde a nuestra imaginación ni a nuestra idea de la experiencia, algo cuya pretensión nos parece abstracta»[67].

Este «algo diferente», Cristo, nos parece abstracto. Y como nos parece abstracto, para responder a la urgencia de cambiar, de construir, «nos quedamos en una aspiración que es impotente para remediar las cosas o en *una pretensión fraudulenta*, falaz, es decir: *identificamos el remedio con nuestra propia idea y voluntad de remediar*». ¡Terrible! «Así es como nace», continúa don Giussani, «el "discurso" sobre los valores morales, porque el discurso acerca de los valores morales implica la idea subyacente de que el remedio contra la disolución viene de la fuerza de la imaginación y de la voluntad del hombre: "¡Juntos pondremos remedio!"»[68]. ¡Modernos hasta la médula! Nos lo decía a nosotros, no a los demás.

Pero, ¿por qué nos desplazamos de Cristo a este activismo, al "quehacer"? Aquí el juicio de don Giussani resulta todavía más sorprendente: nos desplazamos porque nuestro quehacer nos parece menos abstracto que Cristo como punto de apoyo para responder a nuestros miedos. De hecho, «es una inseguridad existencial, es un miedo de fondo, lo que nos hace concebir como punto de apoyo, como razón de […] [nuestra] consistencia, las cosas que hacemos en el ámbito cultural y organizativo»[69].

Lo más asombroso es la consecuencia que Giussani extrae de esto. Entre nosotros, estas "actividades" – a través de las cuales buscamos vencer nuestra inseguridad – serían identificadas automáticamente como "presencia". Pero nada más lejos de la realidad. Escuchad lo que dice: «De este modo, las actividades culturales y organizativas no llegan a ser expresión de una

67 L. Giussani, «Es siempre una gracia», en *Está, porque actúa*, Encuentro, Madrid 1994, pp. 59-61.

68 *Ibidem*, p. 61.

69 L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, op. cit., p. 97.

fisonomía nueva, de un hombre nuevo» – son expresión de nuestro miedo, de nuestra inseguridad –. «Si fuesen la expresión de un hombre nuevo, podrían incluso no existir, si las circunstancias no lo permitieran, pero ese hombre se mantendría en pie. Mientras que, en cambio, mucha gente nuestra aquí presente», decía, «si no existiesen estas cosas, no se mantendría en pie, no sabría para qué está aquí, no sabría a qué adherirse: no se mantiene, no tiene consistencia, porque la consistencia de mi persona es la presencia de Otro»[70]. Aquí aparece con claridad la relación entre lo que nos permite estar en pie, «lo esencial», y cuál es nuestra tarea en el mundo.

Si no reconocemos y hacemos experiencia de lo que responde a nuestra inseguridad existencial, a nuestro miedo de fondo, nuestra presencia no es sino el signo del intento moderno de encontrar la consistencia en lo que hacemos. Por eso, mucha gente «no sabría para qué está aquí»[71] – observa don Giussani – si no existiesen ciertas actividades.

¿Cuál es el «porqué» último de este desplazamiento, sobre el que volveré por la tarde? «El "porqué", en definitiva, es la dificultad que el discurso cristiano y la experiencia cristiana tienen para madurar […]. La impaciencia no es la última trampa sino la primera. La experiencia cristiana – fijaos – cambiará el mundo; sin embargo, para cambiar el mundo hace falta toda la trayectoria de la historia. Es una analogía impresionante: la experiencia cristiana cambiará mi vida, pero hace falta la trayectoria de la existencia [de la historia; en cambio, nosotros buscamos siempre un atajo para llegar antes, creyendo que somos más inteligentes]. La experiencia cristiana no satisface el gusto eficientista del hombre, el ansia febril de tener, de tener enseguida, porque esta es la tentación de los fariseos – continúa –, que dijeron a Cristo: "Haz el milagro como te decimos nosotros, mándanos una señal del cielo. Manda un rayo del cielo y entonces creeremos en ti". Ellos establecían cómo debía ser el milagro»[72], cómo tenía que cambiar la realidad para seguirle («No fue por los treinta denarios […]. Pero su reino no llegaba»[73]). «Este es realmente el *pathos* que subyace al drama de entonces y a la incertidumbre, la melancolía, el cansancio y las perplejidades de ahora. Llegados aquí uno se da cuenta, comprende qué quiere decir la fe – creer, creer en Él –, dar crédito al Hecho cristiano. Porque en ciertos momentos supone como morir a uno mismo, es verdaderamente un morir a sí mismo». Por ello, «la gente que se salvó, se salvó por un sentimiento

70 *Ibídem.*

71 *Ibídem.*

72 L. Giussani, *La larga marcha de la madurez*, op. cit., p. 40.

73 C. Chieffo, «Monologo di Giuda», en *Cancionero*, op. cit., p. 345.

de fidelidad a la propia historia, en cuanto tenía claro – se puede decir, exclusivamente en esa medida – que la dimensión religiosa tiene una incidencia imponente sobre la contingencia concreta, en cuanto tenía claro que el Misterio actúa como factor incidente sobre la contingencia humana. Y en segundo lugar, la gente se salvó por el redescubrimiento claro y leal del crédito a la autoridad, de la función histórica de la autoridad»[74].

Tal vez ahora se comprende mejor lo que don Giussani se preguntaba en 1993: «Entonces, ¿para qué estamos aquí?». Si nuestro objetivo como cristianos no es llevar a cabo iniciativas y construir obras para responder a las necesidades, para resolver los problemas de los hombres, ¿cuál es, entonces? Él nos descoloca de nuevo reclamándonos a lo esencial, reafirmando la centralidad de dar crédito al hecho cristiano. Esta es su respuesta a la provocación: si no volvemos al origen no hay nada que hacer.

4) Vuelta al origen: «El movimiento camina exclusivamente en virtud del afecto a Cristo»

«Entonces, ¿para qué estamos aquí». Giussani respondía así en 1993: «El motivo es doble, y el segundo motivo es consecuencia del primero; podría decirse que es consecuencia indirecta del primero, consecuencia contingente del primero»[75]. Es impresionante porque para explicarlo dice, sin mediaciones: «Íbamos andando por un camino y escuchamos a alguien que hablaba, era un ideólogo el que hablaba, era más que un ideólogo, porque era un tipo serio, se llamaba Juan el Bautista. Fuimos allí a escucharle. En un momento dado, uno que estaba allí con nosotros hizo ademán de marcharse, y vimos que Juan el Bautista se detenía y miraba a aquel que se marchaba. Entonces empezó a gritar: "He ahí el Cordero de Dios". Es normal, un profeta habla raro de por sí. Pero dos de nosotros que estábamos allí por primera vez, veníamos del campo, de lejos, nos separamos del grupo, fuimos en pos de él, así, por una curiosidad que no era curiosidad, sino un interés extraño, quién sabe quién nos lo habría metido dentro. Entonces Él se giró y nos dijo: "¿Qué queréis?", y nosotros dijimos: "¿Dónde vives?". Él nos respondió: "Venid y veréis". Y nosotros fuimos, y estuvimos allí todo el día, mirándole hablar, porque no se entendían las palabas que decía, pero hablaba de tal forma, decía aquellas palabras de tal modo, tenía un rostro tal, que nos quedamos

74 L. Giussani, *La larga marcha de la madurez*, op. cit., p. 40, 42.

75 Hace referencia a un Equipe contenido en el volumen de L. Giussani, *In cammino (1993-1998)*, que próximamente saldrá publicado en la Biblioteca Universale Rizzoli.

allí mirándole hablar. Y cuando nos marchamos a casa porque era de noche, nosotros, con un rostro distinto, miramos a nuestra mujer y a nuestros hijos de forma distinta, había como un velo entre nosotros y ellos, el velo de aquel rostro, y nos envolvía el cerebro. Aquella noche ninguno de los dos durmió tranquilamente, y al día siguiente fuimos de nuevo a buscarle. Había dicho una frase que nosotros repetimos a nuestros amigos: "Venid a ver a uno que es el Mesías que tenía que venir, es el Mesías, lo ha dicho Él, lo ha dicho Él: 'Yo soy el Mesías'". Y nuestros amigos vinieron también, y también ellos se vieron atraídos por aquel hombre. Era como si dijéramos, por la noche, cuando nos reuníamos en torno al fuego, con los cuatro peces que habíamos pescado la noche anterior: "Si uno no cree a un hombre así, si yo no creo a un hombre así, no puedo creer ni siquiera lo que ven mis ojos"»[76].

Continúa don Giussani: «Estamos en el mundo para gritar a todos los hombres: "Mirad que entre nosotros hay una presencia extraña; entre nosotros, aquí y ahora, hay una presencia extraña. El Misterio que hace las estrellas, que hace el mar, que hace todas las cosas […] se ha hecho hombre, ha nacido del vientre de una mujer […]". Estamos en el mundo porque a nosotros, y no a otros, se nos ha dado a conocer que Dios se ha hecho hombre. Entre nosotros hay un hombre, que vino hace dos mil años y que permanece con nosotros ("Estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo"). Es Él quien lleva a su fin la felicidad de la humanidad, la alegría de la humanidad, el cumplimiento de todos los deseos de la humanidad; es Él quien los lleva a cumplimiento para aquellos que Le siguen»[77]. Nosotros podríamos añadir hoy: incluso el ansia de liberación, que se expresa de forma confusa y contradictoria en la reivindicación de los nuevos derechos, sólo encuentra cumplimiento en Cristo.

Y expresa así también el segundo motivo: «La consecuencia contingente de mirarle a Él, de mirarle hablar, de escucharle, de ir tras Él, de decir a todos: "Está aquí, está aquí entre nosotros el Dios hecho hombre […]", la consecuencia contingente para quien dice esto es que vive mejor – mejor –; no resuelve los problemas de su humanidad, pero los vive mejor: quiere más a su mujer, sabe cómo querer a sus hijos, se quiere más a sí mismo, ama a sus amigos más que los demás, mira a los extraños con gratuidad, con ternura de corazón, como si fueran amigos, socorre la necesidad de los demás como puede, como si fuese su propia necesidad, mira el tiempo con esperanza y por tanto camina con energía; usa todo para poder caminar y hace caminar también a los demás, conforta en el dolor, es cauto en la

76 *Ibídem.*
77 *Ibídem.*

alegría, intensamente cauto, es intenso en la alegría, pero con la conciencia de que todo tiene un límite, un límite que es provisional. De límite a límite el hombre camina junto a otros hacia su destino, hacia ese día en que Él aparecerá de nuevo no como se presentó ante Juan y Andrés, los dos que le siguieron, sino como se presentó en un cierto momento de su vida sobre el monte Tabor, como se apareció resucitado de entre los muertos»[78].

Nosotros, por tanto, estamos aquí por esta presencia. Pero estas cosas, ¿quién las comprende? Se preguntaba don Giussani: «Los padres, los curas, las asociaciones católicas, ¿quién entiende bien la peculiaridad de esta tarea, quién percibe bien esta presencia? ¿Quién no trata de ser digno de encontrar un espacio para sí mismo en este mundo, el derecho a vivir en este mundo, sólo porque responde a las necesidades de otros, quién?»[79].

Es el testimonio que nos ofrece cada día el papa Francisco: ¿quién comprende estas cosas?

«Es una gran purificación, una gran iluminación lo que debe albergar y dominar nuestro ánimo, es una gran Gracia lo que debe sucedernos… ¿Qué es lo que debe sucedernos? ¡Qué nos ha sucedido! Porque lo que nos hemos dicho en el movimiento desde el primer día ha sido esto, aunque con otras palabras; lo que hemos escuchado, y que nos ha hecho decir: "Me gustaría unirme a vosotros", lo que todos hemos presentido es esto (debemos admitir que lo trastoca todo); el centro de la vida no es tener éxito, sino reconoce a Alguien. No "tener éxito", sino "reconocer a Alguien"»[80]. Se ha producido este vuelco del corazón. Y enseguida plantea don Giussani esta alternativa: «El valor de una persona, ¿consiste en ser reconocida – por su capacidad, su habilidad, su perspicacia –, o en ser amada? Es tan verdad que la única dignidad de la persona radica en que es amada, que la consistencia y la naturaleza de un "yo", de tu "yo", es la de haber sido elegido por el Misterio: […] ser amado es la consistencia, la naturaleza de tu "yo"»[81].

Cuando falta esto, todos nos sentimos confundidos. El centro de la vida no es «el éxito, sino el reconocimiento de una presencia» (y tal vez porque no se han sentido amados, porque no se sienten amados, algunos de nosotros, como muchos de nuestros contemporáneos, buscan el cumplimiento en otro sitio). «Este es el problema cristiano», continuaba**,** «comparado con el problema de cualquier filosofía […]: nuestra salvación no es la utopía, […] sino reconocer una Presencia; no es un "quehacer",

78 *Ibídem*.
79 *Ibídem*.
80 *Ibídem*.
81 *Ibídem*.

sino un amor»[82]. Bastaría con ser conscientes de lo que somos para darnos cuenta de si somos o no capaces de resolver nuestro drama humano con nuestro "quehacer". La vida es este amor, es el reconocimiento de que somos amados. («Nos ha amado con un amor eterno, y ha tenido piedad de nuestra nada»[83]). Y añadía don Giussani: «Cuando pronuncio esta palabra [amor], cuando digo esto que he dicho ahora – que el problema de la existencia no es un quehacer sino un amor –, en el noventa y nueve por ciento de las caras leo una confusa extrañeza»[84].

¿En qué consiste esta extrañeza? Es el signo de que no comprendemos, de que ya nos hemos desplazado. Esta extrañeza expresa mejor que nada qué es lo que esperamos y de dónde esperamos que venga la respuesta. Justamente por esta extrañeza nos desplazarnos con respecto a lo esencial, para buscar nuestra consistencia en lo que hacemos. Esta extrañeza es el juicio más potente que damos sobre Cristo y sobre nosotros. Al no comprender cuál es nuestro problema, no nos damos cuenta de verdad de quién es Cristo. En el fondo, lo importante, lo esencial, está en otro sitio. Es la confusa extrañeza que sentimos ante el designio misterioso de Dios, la misma extrañeza que experimentaba Pedro ante el designio del Padre, al que Jesús obedece, y que Pedro, por el contrario, no entiende. Es esta extrañeza lo que nos mueve a desplazarnos con respecto a lo esencial, a buscar nuestra consistencia en algo que, "en los pensamientos secretos de nuestros corazones", consideramos que es menos "inconsistente" que Cristo.

No podremos ofrecer una contribución original a la vida del mundo si no encontramos nuestra consistencia en este amor que nos permite ser distintos en el panorama social y cultural. Don Giussani nunca ha dejado de indicarnos dónde puede cada uno de nosotros encontrar su verdadera consistencia: «La consistencia de mi persona es la presencia de Otro»[85].

Por el contrario, nos recordaba que buscamos la consistencia «en lo que hacemos o en lo que tenemos, que es lo mismo. De este modo, nuestra vida nunca tiene ese sentimiento, esa experiencia de la certeza plena que indica la palabra "paz", […] esa certeza plena, esa certeza y esa plenitud sin la cual no existe paz, porque la certeza sólo puede venir de lo que nos ha sucedido, y por tanto no existe alegría y no existe gozo. Como mucho, llegamos a la complacencia en lo que hacemos o a la complacencia en nosotros mismos. Y estos fragmentos de complacencia

82 *Ibidem*.

83 Cf. *Jr* 31, 3.

84 Hace referencia a un Equipe contenido en el volumen de L. Giussani, *In cammino (1993-1998)*, que próximamente saldrá publicado en la Biblioteca Universale Rizzoli.

85 L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, op. cit., p. 97.

en lo que hacemos o en lo que somos no traen ni alegría ni gozo, no traen ningún sentido de plenitud seguro, no traen certeza ni plenitud alguna […] La certeza es algo que nos ha acontecido, que nos ha sucedido, que ha entrado en nosotros […] Alguien nos ha sucedido, Una persona se nos ha entregado hasta el punto de asumir nuestra carne y entrar en nuestra alma: "Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí"»[86].

«Ha llegado un momento», decía don Giussani en 1991, «en que el afecto entre nosotros cobra un peso específico, en primera instancia, mayor que la lucidez dogmática, que la intensidad de un pensamiento o que la energía de una guía. El afecto que en este momento es necesario que nos tengamos unos a otros sólo se puede comparar con una cosa [tiene una única urgencia]: con la necesidad de la oración y del afecto a Cristo. De hecho, ha llegado el momento en que el movimiento camina exclusivamente en virtud del afecto que cada uno de nosotros tiene a Cristo, que cada uno de nosotros invoca al Espíritu que le conceda»[87].

Sólo un hombre cierto será capaz de responder a los desafíos presentes, como entrar en la habitación de un enfermo terminal, tener un hijo con malformaciones, traer hijos al mundo o afrontar la falta de trabajo sin sucumbir.

¿Por qué vuelve siempre don Giussani a Juan y Andrés, es decir, al primer anuncio cristiano, al primer encuentro? ¿Acaso está fuera del mundo? ¿Es un iluso? No, lo hace porque está convencido de que «la solución a los problemas que la vida plantea cada día "no llega afrontando directamente los problemas, sino profundizando en la naturaleza del sujeto que los afronta". En otros términos, "lo particular se resuelve profundizando en lo esencial"»[88]. Para afrontar un problema, por tanto, se necesita algo que haga emerger y cumpla la naturaleza de nuestro "yo", ese «misterio eterno de la existencia»[89] del que habla Leopardi. La verdadera cuestión es, por tanto, preguntarse quién puede despertar al "yo" de sus reducciones, liberándolo de la dictadura de sus pequeños deseos, para abrirle al gran deseo del cumplimiento de la vida. «Sólo lo divino salva todos los factores de lo humano»[90]. Este es el núcleo de la pretensión cristiana. La tarea de Cristo

86 L. Giussani, «Navidad: el misterio de la ternura de Dios», en *Huellas-Litterae communionis*, diciembre 2005, pp. 1-2.

87 *Corresponsabilità*. Apuntes de la conversación con Luigi Giussani en el Consejo internacional de CL, *Litterae communionis-CL*, noviembre 1991, p. 32.

88 A. Savorana, *Vita di don Giussani*, op. cit., p. 489.

89 G. Leopardi, «Sobre el retrato de una bella mujer…», vv. 22-23, en *Poesía y prosa*. Madrid, Alfaguara 1990, p. 226.

90 L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 103.

no es otra que despertar a la persona, haciendo emerger todo el alcance de su deseo, hasta el punto de liberarla de la esclavitud de sus pequeños deseos.

Por eso Jesús aprovecha cualquier ocasión para ir a lo esencial, incluso un hecho cotidiano, sencillo – el Evangelio está lleno de ellos –, como sentarse junto a un pozo para descansar, tener sed, pedirle a una mujer que le dé de beber. Esta mujer, como es samaritana, está apegada a la idea que tiene de las cosas, y no sale de ahí: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?». Está bloqueada en los esquemas habituales, porque los judíos no tienen relación con los samaritanos. Jesús habría podido quedarse ahí, poniéndose de una parte o de la otra. En cambio, supera los encasillamientos poniendo ante ella una posición no reactiva sino original. Él sabe perfectamente que tras las apariencias, tras ese formalismo de los esquemas está el corazón sediento de una mujer, y lanza su provocación justamente al nivel de su corazón: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: "dame de beber", le pedirías tú, y él te daría agua viva». Jesús aprovecha la ocasión para decir quién es Él, cuál es la pretensión que tiene. ¡Qué mirada se necesita para no quedarse siempre en la apariencia ante las provocaciones de la realidad y ante los esquemas que se contraponen! Porque ahora nos encontramos en las mismas circunstancias, encerrados entre contraposiciones ideológicas, y podemos aceptar permanecer enredados en las ideologías de unos o de otros. La mujer samaritana finge no comprender: «Señor, si no tienes cubo y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?, ¿eres tú más que nuestro padre Jacob?». Y Él no retrocede; por el contrario, echa más leña al fuego: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: […] se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna». ¿Quién es ese que tiene la pretensión de responder a la sed del deseo del hombre y de considerarse como el agua que puede satisfacer plenamente la sed? ¿Quién puede tener semejante pretensión? Sólo Él, el Señor. Entonces, ante esta provocación, surge la humanidad de esa mujer, porque el ser humano sale a la luz cuando se encuentra ante algo tan único, ante un desafío tan real, que corresponde por fin a su espera. La samaritana se rinde: «Señor, dame de esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla»[91].

Así es la presencia de Jesús, una presencia que aprovecha cualquier cosa para que salga a la luz Su diferencia. Nosotros somos elegidos, somos invitados a ser amigos de Jesús para que en cada situación, ante cada provocación de la realidad podamos testimoniar una mirada distinta, más humana, más capaz de percibir todos los factores de nuestra experiencia

91 *Jn* 4, 9-15.

humana y de la de los demás. Sólo el amor a Jesús, fruto de una larga convivencia con Él, puede hacer emerger en nosotros, ante cualquier desafío, esa diferencia que pone de manifiesto Su presencia en acción.

Si nosotros no comprendemos esto, nuestras acciones o reacciones asumirán de forma acrítica, como en el pasado – hemos visto cómo lo describía don Giussani –, la posición de los demás. Y nos haremos ilusiones, ingenuamente, pensando que podremos responder con la ética a los desafíos culturales y sociales, en los que está en juego la concepción del hombre. ¿Es suficiente un llamamiento ético para llevar a término el embarazo de un hijo que vivirá sólo unas pocas horas? ¿Es suficiente animar a la gente a tener hijos para que decida tenerlos? Cada uno puede verificarlo en su experiencia. Quisiéramos responder al desafío antropológico con la ética: en cambio, la única respuesta es el encuentro (un encuentro capaz de despertar al "yo"), del que nace también la ética. La única respuesta es «el espesor histórico del hecho cristiano»[92], una presencia distinta en el mundo, el testimonio de «algo que ya es libre»[93], que se expresa de forma original, que no deja que la dialéctica mundana de las posiciones le imponga las reglas del juego. Por ello, si deseamos que cambie verdaderamente algo, para nosotros y a nuestro alrededor, es necesario «hacer el cristianismo»[94], es decir, «*ser presencia*, […] una humanidad nueva allí donde estemos»[95].

El amigo que cité antes, que se había visto provocado por el minusválido que buscaba trabajo, termina así su relato: «Al encontrarme con él tres años después, le pregunté qué tal le había ido con los dos amigos que le habían acompañado en estos años. Él me respondió: "Me han dado una salida para el futuro". Y yo: "Pero, ¿te han ayudado a encontrar un trabajo?". Y él, de forma seca: "No". Y yo: "Pero entonces, ¿qué salida te han ofrecido?". Y él dice: "Un punto de partida, es decir, un camino, en el sentido de que me han dado un objetivo". Me pregunté para mis adentros: "Pero, ¿quién eres Tú que permites que suceda esto? ¿Que, a pesar del fracaso aparente despiertas así a una persona, hasta el punto de hacerle tomar conciencia de quién es?". De las muchísimas personas a las que hemos ayudado a encontrar trabajo, nadie me había dicho nunca algo así».

Si no somos generados continuamente por la mirada de Cristo en el presente, no conseguiremos percibir que el punto crítico de la cultura contemporánea – del que muchas veces participamos, como nos demuestra

92 L. Giussani, «La larga marcha de la madurez», op. cit., p. 36.

93 Hace referencia a un Equipe contenido en el volumen de L. Giussani, *In cammino (1993-1998)*, que próximamente saldrá publicado en la Biblioteca Universale Rizzoli.

94 L. Giussani, *Un evento reale nella vita dell'uomo (1991-1992)*, BUR, Milano 2013, p. 326.

95 L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, op. cit., p. 66.

la extrañeza de la que hablaba Giussani – consiste en la miopía con la que mira las necesidades profundas del hombre. Al no captar el alcance infinito de esas exigencias constitutivas del corazón de todo hombre, nuestra cultura termina proponiendo – tanto en el plano material como en el afectivo y existencial – una multiplicación hasta el infinito de respuestas parciales. Pero, como nos recuerda Pavese, «lo que un hombre busca en los placeres es un infinito, y nadie renunciaría nunca a la esperanza de conseguir esta infinitud»[96]. Por ello, una multiplicación, aunque sea a la enésima potencia, de "falsos infinitos" (como decía Benedicto XVI)[97], nunca podrá satisfacer una necesidad de naturaleza infinita. No es la acumulación cuantitativa de bienes y experiencias, o la posibilidad ilimitada de transformar los deseos subjetivos en derechos, lo que puede satisfacer el "corazón inquieto" del hombre. Ni, por otra parte, puede un llamamiento ético rescatar al hombre de sus reducciones, restituirle una conciencia adecuada de sí mismo. La única respuesta, como nos ha mostrado Giussani, es un acontecimiento capaz de despertar al "yo", de regenerarlo. Aquí adquiere todo su alcance la Escuela de comunidad. «Debido a esto Jesús demuestra en su existencia una pasión por el individuo, un impulso hacia la felicidad de cada uno, que nos lleva a considerar el valor de la persona como algo inconmensurable, irreductible. El problema de la existencia del mundo es la felicidad del hombre concreto. "¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? O, ¿qué puede dar el hombre a cambio de su alma?". Ninguna energía ni ninguna ternura de amor paterno o materno han llenado el corazón del hombre más que estas palabras de Cristo, apasionado por la vida del hombre. Por lo demás, la escucha de esas preguntas últimas planteadas por Jesús representa la primera obediencia a nuestra naturaleza. Si nos hacemos sordos a ellas, se nos cierran las experiencias humanas más significativas. No nos podremos amar de verdad a nosotros mismos y seremos incapaces de amar a cualquier otro, pues el motivo último que nos lleva a querernos a nosotros y a querer a los demás es el misterio del "yo"; cualquier otra razón remite a entrar en esta»[98].

Nosotros no somos distintos de los demás. Si nuestra persona no es despertada, terminaremos sucumbiendo a la mentalidad de todos. Siendo unos pobrecillos como ellos, también nosotros buscamos el cumplimiento de nuestra vida en la carrera, en el éxito… Signo evidente de la reducción de nuestro deseo. ¿Qué es lo que nos hace distintos?

96 C. Pavese, *El oficio de vivir*, Seix Barral, Barcelona 1992, p. 212.

97 Cf. Benedicto XVI, *Mensaje al XXXIII Meeting por la Amistad entre los Pueblos*, 10 agosto 2012.

98 L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 104.

Me escribe un amigo: «Querido Julián, desde que escuché tu lección del sábado por la tarde en la Asamblea de responsables de América Latina no dejo de conmoverme. En un primer momento, cuando empezaste a hablar, quería levantarme e irme, y me pregunté: pero, ¿dónde he acabado? ¿Qué quiere decir recuperar el origen después de siglos de historia de la Iglesia? ¡Es necesario luchar por los valores cristianos! Sin embargo, después de este primer impacto, sobre todo después de la cita de don Gius: "Hemos caminado durante diez años trabajando sobre los valores cristianos […], sin conocer a Cristo", bajé un poco la guardia, lo que me permitió revivir y comprender mejor un episodio que me sucedió un poco antes de casarme, y que quisiera contarte. Habíamos decidido que mi futura mujer, después de la boda, se licenciaría para trasladarse al extranjero conmigo, y por eso nos asustaba mucho la idea de un embarazo inicial ya que, sólo con mi sueldo, no seríamos capaces de mantenernos. Algunas semanas antes del matrimonio, mi mujer, vista la situación, me preguntó si era lo mejor fiarnos sólo de los métodos naturales. Sin pensar en las consecuencias de lo que estaba a punto de decir, le dije que el verdadero problema era que, si no estábamos dispuestos a aceptar hijos, en el fondo, no estábamos preparados para el matrimonio… Me acuerdo que entonces sólo pensé en la pregunta que hace el sacerdote durante la ceremonia: "¿Estáis dispuestos a recibir con amor los hijos que Dios quiera daros?". Escucharte me ha hecho revivir ese momento con una pregunta: en aquella situación, ¿qué es lo que me hizo tan libre, hasta el punto de poner en "riesgo" lo que más deseaba en el mundo? Me di cuenta enseguida de que el mero respeto por un "valor cristiano" no era suficiente para poner en riesgo mi inminente matrimonio, tan largamente deseado. Lo que en aquella circunstancia me hizo libre no fue respetar un valor cristiano, sino el deseo de no separarme de Cristo, el deseo de permitir a Cristo entrar en lo íntimo de nuestro matrimonio, la intuición de que sin Él no valía la pena casarse. Pensando de nuevo en tu lección, sigo preguntándome: ¿quién me ha hablado alguna vez así, con tanta verdad? ¿Quién me hace vibrar así? ¿Quién me ayuda a percibir verdaderamente la correspondencia entre Cristo y mi vida? ¡Cuánta ternura hacia mi persona! Gracias».

Por eso, como hace hoy el papa Francisco, don Giussani no hizo otra cosa que anunciarnos y testimoniarnos la belleza de la fe, para mostrarnos su razonabilidad y los frutos que produce en la vida. Por ello, el Papa insiste en que debemos comunicar al mundo lo que es esencial para nosotros. ¿Tenéis algo más inteligente que proponer, más adecuado a la situación real del hombre? Escuchad lo que ha dicho el Papa que espera

de los obispos: «Hombres custodios de la doctrina no para medir cuán distante vive el mundo de la verdad que la misma contiene, sino para fascinar al mundo, para cautivarlo con la belleza del amor, para seducirlo con el ofrecimiento de la libertad que da el Evangelio. La Iglesia no necesita apologetas de las propias causas, ni cruzados de las propias batallas, sino sembradores humildes y confiados de la verdad, que saben que esa verdad siempre se les entrega de nuevo y se fían de su poder»[99]. Unicamente el testimonio y la narración de lo que vivimos – nos ha dicho el cardenal Scola[100] – pueden hacer fascinante el cristianismo, hoy al igual que ayer, pueden hacer renacer la persona y liberar al hombre.

Me escribe una amiga: «Durante una discusión sobre la ley de la eutanasia en Bélgica, un compañero de trabajo al que yo conocía sólo de vista intervino diciendo que en el fondo, en su opinión, era justa la eutanasia en recién nacidos con graves malformaciones, en los casos en los que es evidente desde el nacimiento que no tendrán ninguna posibilidad de caminar, tal vez ni siquiera de hablar y no podrán realizar ninguna actividad de forma autónoma. Él decía que una vida así no es vida, porque ¡nunca podrán ser felices! [Lo que está en juego es una pregunta sobre el sentido de la vida]. Entonces yo, que hasta aquel momento sólo había dicho cosas banales, sin implicarme en un juicio verdadero, intervine en la discusión contando que tenía una hija minusválida que se encontraba en las condiciones descritas por él, pero que, a pesar de esto, podía decir que ella era feliz, y que esto demuestra que la felicidad no es proporcional a lo capaz que fuera de realizar autónomamente ciertos gestos, porque la felicidad no nos la damos nosotros. Dije también que, a pesar de todas las dificultades, ella ha sido y es para mí un gran don, porque su evidente dependencia en todo y para todo es un reclamo continuo al hecho de que estamos en manos de Otro. Después conté algunos hechos sucedidos en estos años en los que se ponía de manifiesto que su presencia había sido una riqueza para los que la conocían. Después de hablar sobre mí, nadie tuvo nada que decir y terminó la discusión. Después de una semana este compañero vino a verme, diciendo que quería hablar conmigo, y me invitó a un café […]. Me dijo: "No consigo quitarme de encima la pregunta de cómo es posible que me hablaras de tu hija de aquel modo y, sobre todo, de cómo es posible que después de un suceso así hayas tenido el valor de tener otros hijos, porque para mí esto es inconcebible. […] Esta idea me viene una y otra vez a la cabeza y no me deja tranquilo".

99 Francisco, *Discurso a la Congregación para los Obispos*, 27 febrero 2014.

100 Cf. A. Scola, *Palabras pronunciadas después de la homilía con ocasión del IX aniversario de la muerte de don Giussani y XXXII del reconocimiento pontificio de la Fraternidad de Comunión y Liberación,* Milán, 11 febrero 2014.

Al escuchar esto me conmoví y me pregunté: "¿Qué es lo que ha visto este compañero a través de mí que no le deja tranquilo?". Seguramente no un bonito discurso, sino una Presencia excepcional que le ha fascinado. ¡Para mí también ha sido la ocasión de ver suceder de nuevo Su Presencia! […] Para mí no era obvio estar ante la realidad de este modo. Las otras veces que había participado en conversaciones similares me había marchado siempre enfadada, sin haber tenido el valor de decir nada, y pensando sólo con rabia en cómo era posible que cierta gente pensase de aquel modo. Esta vez ha sido posible para mí estar ante la circunstancia con toda la verdad de mi persona, por el camino que estoy haciendo siguiéndote a través del trabajo de la Escuela de comunidad, porque empiezo a estar ante la realidad sin censurar nada, segura de que lo que me sucede es ante todo un bien para mí, y de que el otro es la ocasión que Jesús me da para que pueda profundizar en mi relación con Él. ¡El resultado es que estoy más contenta!»[101].

He aquí qué es lo esencial y cuál es su incidencia histórica: «En una sociedad como esta no se puede crear algo nuevo si no es con la vida: no hay estructura ni organización o iniciativa que se sostengan. Solamente una vida nueva y diferente puede revolucionar estructuras, iniciativas, relaciones, todo. Y la vida es mía, irreductiblemente mía»[102]. Por tanto, sólo quien acepta hacer este camino, como Pedro, podrá ofrecer una contribución real y culturalmente original ante los desafíos actuales. La liberación sólo puede venir de algo que ya sea libre, es decir, de una comunidad cristiana que no esté vaciada de su espesor histórico (cultura, caridad y misión), de su capacidad de generar y educar un "yo" despierto. Desde el primer vuelco del corazón hasta hoy. Aquí radica el alcance cultural de esos ojos, de esa mirada que ha entrado en la historia y que nos testimonia la Escuela de comunidad: «Jesucristo vino para llevar al hombre a la *religiosidad* verdadera, sin la cual es mentira cualquier pretensión de solución», porque «la religiosidad cristiana se plantea como condición única de lo humano»[103].

Ahora podemos comprender el alcance que tiene un gesto sencillo y cotidiano como es recitar el *Ángelus*: dejar entrar lo esencial en nuestros ojos, en nuestro corazón, en nuestro pensamiento.

Ángelus

101 Cf. Carta de Anna, en *Tracce-Litterae communionis*, abril 2014, p. 6.
102 «Movimento, "regola" di libertà», a cargo de O. Grassi, op. cit., p. 44.
103 L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., pp. 121, 107.

Sábado 5 abril, por la tarde

A la entrada y a la salida:
Wolfgang Amadeus Mozart, Sinfonía n. 38, "Prager"
Karl Böhm – Wiener Philharmoniker
Deutsche Grammophon

■ **SEGUNDA MEDITACIÓN**
Julián Carrón

El camino de la madurez

¿Por qué ha sucedido todo lo que hemos dicho esta mañana?

«El "porqué", en definitiva [decíamos], es la dificultad que […] la experiencia cristiana tiene para madurar. […] Durante largo tiempo esta posición estuvo arrinconada de distinta manera por la inmadurez, a falta de esa evolución madura de nuestra experiencia». Por eso decía don Giussani: «Nuestro verdadero problema es salir de la inmadurez»[104].

¿Qué entiende Giussani por inmadurez? Inmadurez significa debilidad de autoconciencia, es decir, la autoconciencia no crece, no se incrementa. Pero, ¿cuál es el contenido de esta autoconciencia que no crece? Es la conciencia de lo que nos ha sucedido con Cristo. «Fue precisamente la ausencia de esta autoconciencia, de la conciencia de lo que me ha sucedido con Cristo – que, aunque todo el mundo […] le abandonara, yo seguiría, porque Cristo es un hecho que define mi carne, mis huesos, mi espíritu, toda mi ontología […] –, fue la falta de esta conciencia […] lo que se incrustó en la carne incluso de los que permanecieron fieles a nuestra historia, haciendo rígido nuestro modo de movernos, esquemática la forma de hablar, mecánico el modo de proponer: llevábamos a cabo multitud de iniciativas que no generaban nada»[105].

Por ello, si lo que vivimos no incrementa nuestra autoconciencia, es decir, no nos hace crecer, nos volvemos rígidos y esquemáticos. La debilidad de conciencia se traduce – dice don Giussani refiriéndose a las fases aludidas – en «fidelidad mecánica en las formas. Por eso, durante mucho tiempo, especialmente a nivel educativo, se extendió un conformismo, un esquematismo y una cierta aridez»[106]. Este formalismo (pensemos, por

104 L. Giussani, «La larga marcha de la madurez», op. cit., pp. 40, 42, 44.
105 *Ibídem*, p. 43.
106 *Ibídem*, p. 42.

ejemplo, en cómo hacemos la Escuela de comunidad, en cómo participamos en ciertos gestos) indica que lo que vivimos no se convierte en experiencia. Pero que la fe se convirtiese en experiencia fue justamente la razón por la que don Giussani empezó el movimiento. Por tanto, el riesgo de perder el carisma por el camino no está en absoluto superado.

1. ¿Cómo salir de la inmadurez?

¿Cómo podemos salir de esta inmadurez? Para salir de la inmadurez es necesario que todo lo que vivimos haga crecer nuestra persona, nuestra conciencia. En caso contrario, afrontaremos los nuevos desafíos que la realidad no nos ahorra como si nada nos hubiera sucedido, es decir, como todos.

Para comprender lo que quiero decir, podemos mirar juntos la experiencia de los apóstoles, que tenían la misma dificultad que nosotros.

«A los discípulos se les olvidó tomar pan y no tenían más que un pan en la barca. Y él les ordenaba diciendo: "Estad atentos, evitad la levadura de los fariseos y de Herodes". Y discutían entre ellos sobre el hecho de que no tenían panes. Dándose cuenta, les dijo Jesús: "¿Por qué andáis discutiendo que no tenéis pan? ¿Aún no entendéis ni comprendéis? ¿Tenéis el corazón embotado? ¿*Tenéis ojos y no veis, tenéis oídos y no oís*?». ¿Qué es lo que han visto que no recuerdan, que no ha dejado huella en ellos, que no ha permanecido en sus ojos y en su corazón? «"¿No recordáis cuántos cestos de sobras recogisteis cuando repartí cinco panes entre cinco mil?". […] "Doce". "¿Y cuántas canastas de sobras recogisteis cuando repartí siete entre cuatro mil?". […] "Siete". Él les dijo: "¿Y no acabáis de comprender?"»[107].

Los discípulos habían visto dos hechos clamorosos, espectaculares, dos multiplicaciones de los panes como no habían visto en toda su vida, pero como no se habían dado cuenta del alcance de lo que les había sucedido, no crecieron en la relación con Él, y se situaban ante el nuevo desafío – una cosa banal: habían olvidado el pan – sin tener en los ojos lo que les había sucedido. Estaban con Él, Le habían visto multiplicar los panes, pero como no había crecido su conciencia de quién era Jesús, aunque tenían delante la "panadería", estaban preocupados por no tener pan. Este es también nuestro problema. Lo que domina en ellos es la preocupación por no tener pan. La presencia de Jesús, que estaba ahí, presente físicamente – no estaba en otro lugar, no se había "disuelto" en el espiritualismo –, era igual

107 *Mc* 8, 14-21.

a cero ante el nuevo desafío. Por eso quejarnos porque él no está presente ahora como lo estaba entonces no encuentra ninguna justificación. ¡Estaba presente! Pero no fue suficiente que estuviera presente físicamente. Si no crecemos en la conciencia de quién es Aquel que está presente, el hecho de que esté físicamente no es suficiente para determinar un modo nuevo, distinto, de afrontar el desafío. Si no crecemos en la conciencia de quién es Jesús, aunque esté presente físicamente, Jesús no cuenta nada y nos movemos como antes de conocerle.

«Jesús se retiró con sus discípulos hacia el mar, y le siguió una gran muchedumbre de Galilea. Al enterarse de las cosas que hacía, acudía mucha gente de Judea, Jerusalén, Idumea, Transjordania y cercanías de Tiro y Sidón. Encargó a sus discípulos que le tuviesen preparada una barca, no lo fuera a estrujar el gentío. Como había curado a muchos, todos los que sufrían de algo se le echaban encima para tocarlo. Los espíritus inmundos, cuando lo veían, se postraban ante él y gritaban: "Tú eres el Hijo de Dios". Pero él les prohibía severamente que lo diesen a conocer»[108].

«Aquel día, al atardecer» – dice en otro pasaje –, después de haber curado a muchos, les dijo Jesús: «"Vamos a la otra orilla". Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, tal como estaba; otras barcas lo acompañaban. Se levantó una fuerte tempestad y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua. Él estaba en popa, dormido sobre un cabezal. Lo despertaron, diciéndole: "Maestro, ¿no te importa que perezcamos?". Se puso en pie, increpó al viento y dijo al mar: "¡Silencio, enmudece!". El viento cesó y vino una gran calma. Él les dijo: "¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?". Se llenaron de miedo y se decían unos a otros: "¿Pero quién es este? ¡Hasta el viento y el mar lo obedecen!"»[109]. Como no habían entendido quién era Jesús, vence en ellos el miedo. Le habían visto realizar gestos espectaculares, pero no había cambiado nada, todo lo que le habían visto hacer no había dejado huella en ellos. La inseguridad, por tanto, les produce inquietud. Su reacción nace del miedo: «"Maestro, ¿no te importa que perezcamos?"».

Si no crece la conciencia de quién es Jesús, todos nuestros esfuerzos no conseguirán quitarnos el miedo. No es un "quehacer" lo que puede responder a nuestros miedos, sino crecer en la conciencia de quién es Él: es un problema de fe. Y la fe, amigos, es lo que está en juego aquí. Pero la fe no como una afirmación formal de la que todos somos capaces. No es esto lo que marca la diferencia. Lo que marca la diferencia no es la afirmación formal del dogma, sino la experiencia de lo que decimos. Y

108 *Mc* 3, 7-12.
109 *Mc* 4, 35-41.

esto se ve por la forma en que estamos en la realidad, porque la realidad, el impacto con la realidad, nos permite comprobar la experiencia que hemos hecho; no la teología que hemos aprendido o a cuántas Escuelas de comunidad hemos asistido. La experiencia sale a la luz ante los desafíos, porque nosotros, como los apóstoles, podemos ver hechos excepcionales (¡cuántos nos contamos cada vez que nos vemos!) que, sin embargo, no hacen crecer la conciencia de Él, la relación con Él; no crece nuestra autoconciencia, la conciencia de lo que nos ha sucedido con Cristo.

Escribe una persona: «En el trabajo, me doy cuenta de que mi forma de mirar la realidad es distinta de la forma de mirarla que tiene mi jefe. Pero muchas veces no llego a reconocer que es Él quien permite esto, y a darle las gracias por ello. Por eso, ni siquiera la experiencia que hago hace más sólida la relación con Él. Y me doy cuenta de ello porque al día siguiente basta con que una persona no te reconozca o no te trate bien para que te desinfles». Entonces, uno se pregunta: si esto pasa después de ver suceder tantos hechos, ¿para qué sirve la fe? ¿Para qué sirve ser cristiano? Si vivimos la fe como un formalismo, sin hacer una experiencia real, no tenemos una razón para permanecer.

Podemos percibir aquí cuál es nuestro verdadero problema, en qué consiste esa inmadurez de la que habla Giussani: hemos tenido un encuentro, lo hemos seguido – como demuestra el hecho de que estamos aquí –, hemos visto hechos excepcionales, pero todo esto no contribuye a hacer más sólida la relación con Cristo. ¿Cuál es la verificación de que no hace crecer la relación con Cristo? Que nuestra persona no crece. ¿En qué se percibe esto? En que estamos ante la realidad como si no hubiésemos visto nada, como los discípulos. Es un ejemplo del modo formal y mecánico con el que vivimos incluso los hechos excepcionales.

Lo mismo puede suceder con las actividades que realizamos, que no generan una personalidad, que no hacen madurar nuestra autoconciencia. ¿Por qué? «La actividad queda desvinculada de su origen. […] El gran número e incluso el éxito de muchas iniciativas de la comunidad», dice don Giussani, «habían producido un cierto sentido de suficiencia». Pero como la actividad está desvinculada de su origen, «cuanto más dentro estáis de la actividad, tanto más ella atenúa la provocación de la que, en cambio, debería ser instrumento. Ya no os provoca. Cuanto más activos sois, tanto menos os provoca esa actividad. Más aún, cuanto más activos sois, tanto más "se elimina el impacto", el desafío que lleva en sí el hecho cristiano»[110].

110 L. Giussani, *Ciò che abbiamo di più caro (1988-1989)*, BUR, Milano 2011, pp. 142-143.

La confirmación de esto, continúa don Giussani, la vemos en que «las actividades no generan una personalidad, y eso hace que no madure nuestra mentalidad, y por ello todo es formal o verbal en la relación con los demás, ya no es la propuesta de uno mismo, de una persona nueva, de un "yo" nuevo» que, «cuando […] se produce, hace decir a los demás: "¡Tú eres distinto de los demás! ¿Por qué?". "¿Por qué esa persona es así?"»[111]. Cuando no existe un "yo" nuevo, el anuncio se queda en algo meramente verbal, en un discurso. ¿Y entonces qué nos queda? «En mis manos no ha quedado más que tierra quemada […], queda sólo el pesar por un día desperdiciado…»[112].

Hemos visto muchas veces hechos excepcionales, participamos en muchos gestos preciosos que no podemos dejar de reconocer como algo bonito, hacemos muchas actividades, pero no generan una personalidad. Y entonces nuestras acciones son expresión del miedo, de la inseguridad existencial, y no de un "yo" nuevo. ¿Por qué? Porque no hacemos experiencia: en la medida en que está desvinculado de su origen (en que no reconocemos su origen), lo que vemos y hacemos no se convierte en experiencia y por ello no hace crecer nuestra persona, no cambia nuestra mentalidad, no genera una personalidad, no favorece la personalización de la fe. No es suficiente hacer, como no es suficiente ver: es necesario que todo esto se convierta en «experiencia».

La vida humana es en verdad más compleja que los esquematismos habituales. Por eso nos decía don Giussani: «Esperaos un camino, no un milagro que eluda vuestras responsabilidades, que anule vuestro esfuerzo, que haga mecánica vuestra libertad. […] Esto supone una diferencia con respecto a lo que habéis vivido hasta ahora, al camino que habéis recorrido: la diferencia profunda es que no podrás seguirnos si no tienes una tensión por comprender. Ahora tendrás que empezar a amar realmente la vida y su destino»[113]. De no ser así, incluso la pertenencia a la cosa más bonita que nos haya sucedido en la vida acabará desilusionándonos. Lo mismo decía el papa Francisco de san Pedro.

¿Cómo es posible que los hechos no hagan crecer la certeza del "yo"? ¿Cómo es posible que lo que vivimos, que las iniciativas que hacemos no vuelvan más sólida nuestra relación con Él y, por tanto, no ayuden a responder a la pregunta sobre cómo se puede vivir? La "falta" de experiencia pone de manifiesto un problema de método.

Cuando algo de lo que vivimos no llega a ser experiencia, dejamos de crecer, reducimos la experiencia a un hecho mecánico, pues no implica

111 *Ibídem*, pp. 143-144.
112 C. Chieffo, «La guerra», en *Cancionero*, op. cit., p. 338.
113 A. Savorana, *Vita di don Giussani*, op. cit., p. 636.

un juicio sobre lo que hemos probado o vivido. ¿Cómo puedo saber si verdaderamente estoy haciendo experiencia? Dice don Giussani: «*Concretamente, la experiencia es vivir lo que me hace crecer*. La experiencia produce, por consiguiente, el crecimiento de la persona por medio del valor que se da a una relación objetiva. […] La "experiencia" conlleva, por tanto, el hecho de *darnos cuenta de que crecemos*»[114]. Si los discípulos no se dan cuenta de quién se ha desvelado ante sus ojos en la multiplicación de los panes, no perciben lo que esto implica – no es que no lo hayan visto –, y ante el nuevo desafío se encuentran como al principio. ¿Por qué es crucial caer en la cuenta de este dato característico de la experiencia, que es darnos cuenta de que crecemos? Porque «la persona es, ante todo, conocimiento y conciencia de sí. Por eso, lo que caracteriza la experiencia no es tanto el hacer», dice Giussani, «el establecer relaciones con la realidad como un hecho mecánico: este es el error implícito en esa frase tan usada de "tener experiencias", en donde "experiencia" se convierte en sinónimo de "probar". Lo que caracteriza a la experiencia es *entender* una cosa, descubrir su *sentido*. La experiencia implica, por tanto, la inteligencia del sentido de las cosas. Y el sentido de una cosa se descubre en su conexión con el resto; por eso, la experiencia significa descubrir para qué sirve una determinada cosa con relación al mundo»[115].

Por eso a don Giussani siempre le preocupó la cuestión del método. Desde el comienzo de su compromiso educativo dijo: «Nosotros queremos – y este es nuestro objetivo – liberar a los jóvenes: liberarles de la esclavitud mental, de la homologación que les vuelve mentalmente esclavos de los demás». Para ayudarles, entró en la escuela diciendo esto a sus alumnos: «No estoy aquí para que vosotros consideréis como vuestras las ideas que yo os doy [que es lo que pensamos ahora: "Lo importante es que nuestros chavales 'consideren' como suyas nuestras ideas"; esto nos deja tranquilos, pero si hacemos esto, ¡al final no queda nada!], sino para enseñaros un método verdadero para juzgar las cosas que os voy a decir», es decir, para juzgar todas las cosas que os suceden en la vida. «El respeto de este método ha caracterizado desde que empecé mi compromiso educativo, indicando con claridad su objetivo»[116]. La finalidad de todo el compromiso educativo de don Giussani, por el que deja el «Paraíso de la teología» por el «Purgatorio del trabajo en esta vida»[117], es «mostrar la

114 L. Giussani, *Educar es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 117.
115 *Ibídem*, pp. 117-118.
116 *Ibídem*, p. 19.
117 A. Savorana, *Vita di don Giussani*, op. cit., p. 146.

pertinencia de la fe a las exigencias de la vida»[118]. Si no percibimos esta pertinencia, nuestra fe tendrá fecha de caducidad.

Su objetivo era mostrar la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida, es decir, que los jóvenes a los que se dirigía pudieran ver y palpar que lo que les proponía respondía a las urgencias de la vida, a la pregunta de cómo se puede vivir». Don Giussani nos explica cómo había llegado a esta convicción: «Primero por mi formación en la familia y en el seminario, y después por propia meditación, me había persuadido profundamente de que una fe que no pudiera percibirse y encontrarse en la experiencia presente, que no pudiera verse confirmada por ella, que no pudiera ser útil para responder a sus exigencias, no podía ser una fe en condiciones de resistir en un mundo donde todo, *todo*, decía y dice lo opuesto a ella»[119]. Era necesario mostrar esta «pertinencia» e indicar un método para descubrirla (es decir, para juzgar). Por eso hemos propuesto de nuevo esta frase en nuestro Cartel de Pascua de este año, porque está todavía por aprender como experiencia vivida.

Cuando alguno empieza a darse cuenta de la importancia del método, empieza a estar agradecido por tener delante un camino que recorrer, por el hecho de que exista un camino. No es que desaparezcan los errores, pero más decisivo aún que los errores es tener delante un camino que recorrer. Quien quiere puede recorrerlo, no necesita nada más que el deseo de recorrerlo, que el amor suficiente a sí mismo como para desear recorrerlo, porque se nos da todo lo que necesitamos para recorrerlo. Como escribe uno de vosotros: «Es distinto avanzar con la conciencia de que existe el camino, porque si no es así, uno se paraliza ante cada situación difícil y se auto convence de que la vida engaña, y ya está». Pero a veces, ni siquiera cuando nos damos cuenta podemos evitar lo que caracteriza al hombre de hoy: ¡la duda!

Ahora bien, ¿cómo podemos alcanzar esta certeza? ¡Para alcanzar esa certeza se necesita un camino humano!

2. Los factores de un camino humano

Después de haber identificado con claridad el problema, veamos cuáles son los factores de este camino humano. Con frecuencia cometemos una equivocación: conocemos estos factores, pero pensamos que son "sólo" los factores del inicio. Sabemos que se necesita el corazón, que

118 L. Giussani, *Educar es un riesgo*, op. cit., p. 19.
119 *Ibídem.*

es necesario el encuentro con un hecho excepcional, que hace falta hacer experiencia de la correspondencia, pero pensamos que esto vale sólo para el inicio: el corazón sirve para reconocer a Cristo, pero una vez que Le hemos reconocido, se ha terminado la partida. Pensamos que los factores del camino no son los mismos. Por eso muchas veces no hacemos este trabajo, este camino. Y la prueba de ello es que no crece la experiencia, no se incrementa la autoconciencia.

Don Giussani considera que estos no son sólo los factores del inicio, sino los factores del camino, porque marcan también cada uno de los pasos. Lo hemos visto en el capítulo octavo de la Escuela de comunidad: en él don Giussani no habla de lo que se necesita antes de encontrar el movimiento, de algo que vale antes del encuentro; está hablando desde dentro del recorrido que ha llevado a los discípulos a reconocer a Jesús, está hablando de qué es lo que puede facilitarnos este recorrido. El trabajo de la Escuela de comunidad sobre el capítulo octavo de *Los orígenes de la pretensión cristiana* nos ha mostrado que no se trata de algo obvio. Hemos visto la dificultad que ha supuesto responder a la pregunta: "¿Quién es Jesús?", la dificultad para captar la riqueza existencial y cultural del capítulo, para responder a los desafíos del presente. Como consecuencia, lo reducimos fácilmente a espiritualismo. Cuando estuve en Brasil, le pregunté a un joven que me hablaba de la situación de Venezuela: «¿Qué tiene que ver lo que dices con el capítulo octavo de *Los orígenes de la pretensión cristiana*?». Él me miró atónito, como si no tuviese nada que ver. Si reducimos la Escuela de comunidad a espiritualismo, si la vaciamos de su espesor histórico, de su alcance cultural, ¿qué queda? Un texto sobre el que hacer nuestros comentarios. Luego vamos a buscar en otro sitio los instrumentos culturales para afrontar los desafíos. Entonces es mejor cerrar enseguida el libro e irnos a otra parte. Si reducimos el capítulo de forma espiritualista es porque no hemos comprendido el alcance que tiene, la novedad que encierra, y de este modo nos convertimos en parte del problema. Nuestra persona no está suficientemente despierta para comprender su novedad.

Entonces, enumeremos de nuevo, de forma sintética, los factores de un camino humano.

a) El corazón

El primer factor es el corazón, es decir, la conciencia de nosotros mismos, de nuestro deseo de significado, es caer en la cuenta de que tenemos – mejor aún: de que "somos" – esta pregunta: «¿Cómo se puede vivir?». El primer instrumento de un camino humano es tomar conciencia de nosotros mismos, de nuestro deseo, de la necesidad de significado, de la necesidad de

un objetivo adecuado y de un camino para alcanzarlo, de una certeza para afrontar las circunstancias, los problemas, las contradicciones. Porque el piloto automático no funciona en la vida, y sin un significado todo se echa a perder, no nos sirve nada de lo que sucede. Podemos ver hechos preciosos, pero no nos sirven para afrontar la vida. Don Giussani identificaba siempre el corazón como nuestra verdadera arma, pero sólo si este corazón no está reducido a sentimiento. Este es el motivo por el que don Giussani insiste siempre en el corazón, en nuestras exigencias, en nuestras preguntas humanas, como lo testimonian muchos episodios de su vida que podéis leer en la biografía escrita por Savorana. «Cuando asistí a la primera reunión de curas», recuerda, «el primero que intervino me preguntó: "¿Qué nos recomendarías a nosotros, curas jóvenes?". "¡Que seáis hombres!" […] "¿Cómo que seamos hombres?". "¡Que seáis hombres! […] Si sois hombres, sentís lo que es propio del hombre, las exigencias y los problemas típicos de cualquier hombre, vivís la relación con todo lo que se hace presente y se irradia desde el presente hasta vosotros". Y lo mismo le decía a una chica del Grupo Adulto: "Análogamente te respondo: sé humana, vive la verdad de tu propia humanidad. Tu humanidad no es lo que haces ahora, sino cómo te ha hecho Dios al hacerte nacer en el seno de tu madre, cuando eras pequeña. […] Sé humana, [que quiere decir] vive tu humanidad como aspiración, como sensibilidad ante los problemas, como riesgos que correr, como fidelidad que mantener ante lo que te urge en el ánimo, que Dios hace urgir en tu ánimo desde el origen. Y así [mirad qué observación hace: si tienes esta actitud, si tienes esta urgencia] la realidad se presentará ante tus ojos de modo verdadero. Para que Dios me pueda responder, corresponder, satisfacer, es necesario que yo sea tal y como me ha creado"»[120].

Entonces – contrariamente a lo que pensamos – mi humanidad, tu humanidad no es un obstáculo, no es un inconveniente, sino la condición para comprender. Para poder decir esto, ¿dónde mira Giussani? ¿A qué obedece? Obedece a su naturaleza, a cómo le ha hecho Dios, a cómo le ha creado a él y a cada uno de nosotros. Y, ¿cómo nos ha hecho? Dios nos ha hecho con un «conjunto de exigencias y de evidencias con las que el hombre se ve proyectado a confrontar todo lo que existe. La naturaleza lanza al hombre a una comparación universal consigo mismo, con los otros, con las cosas, dotándole – como instrumento para esta confrontación universal – de un conjunto de evidencias y exigencias originales; y hasta tal punto originales que todo lo que el hombre dice

120 L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, BUR, Milano 1996, pp. 61-62.

o hace depende de estas»[121]. Es asombroso que Dios nos haya lanzado a la arena con un instrumento así, porque si comparamos todo con este instrumento, con el corazón, podremos no equivocarnos. Nos lanza a la arena, a la comparación con todo, con este instrumento: el corazón.

Podemos comprender entonces el valor crucial de la premisa del capítulo octavo de *Los orígenes de la pretensión cristiana* que hemos trabajado en la Escuela de comunidad. Merece la pena releerla. Para captar y juzgar el valor de una persona a través de sus gestos se necesita una «genialidad humana». Pero esta genialidad humana no es un don particular, es nuestra misma humanidad, es el sentimiento propio de la criatura. ¿Cuál es el problema? Que muchas veces reducimos nuestra naturaleza a los estados de ánimo, y esta genialidad a una espontaneidad. «Eso que hemos llamado genialidad religiosa, esa franca apertura última del espíritu, aunque sea a partir de dotes naturales distintas en cada uno de nosotros, es algo en lo que tiene que comprometerse continuamente la persona. La responsabilidad de la educación es grande, pues esa capacidad de comprender […] no es algo espontáneo. Más aún, si se la trata como una pura espontaneidad [como hace habitualmente la mentalidad común], la base de la sensibilidad de que se dispone originalmente quedará sofocada; reducir la religiosidad a la pura espontaneidad es el modo más definitivo y sutil de reprimirla, de exaltar sus aspectos fluctuantes y provisionales ligados a un sentimentalismo contingente. [Y entonces nada encuentra correspondencia. Por eso, si no nos comprometemos], si no se estimula y ordena constantemente la sensibilidad hacia nuestra propia humanidad, ningún hecho, ni siquiera el más resonante, encontrará correspondencia [ningún hecho nos hablará; entonces pueden suceder hechos extraordinarios, pero no nos sirven para aprender, para hacer crecer nuestra relación con nada, todo es inútil]. Antes o después todos hemos experimentado ese sentido de obtusa extrañeza ante la realidad que se experimenta en un día en el que nos hemos dejado llevar por las circunstancias y en el que no nos hemos comprometido en ningún esfuerzo: de improviso cosas, palabras y hechos que antes eran para nosotros razones evidentes, ese día dejan de ser tales y ya no se entienden»[122]. Y uno tiene la impresión de empezar siempre desde el principio, como si todo lo que sucede no sirviese para nada.

Por tanto, el primer paso, el primer factor de un camino humano es tomarme en serio mi humanidad, comprometerme constantemente con ella, aceptar participar de un lugar en el que se me educa. Al invitarnos a

121 L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 22.

122 L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 102.

esta comparación constante, lo único que hace don Giussani es seguir a Jesús, que a su vez secunda lo que Dios ha hecho al darnos ese conjunto de evidencias y de exigencias originales.

Si no nos comprometemos con nuestra humanidad, si no escuchamos esas preguntas últimas planteadas por Jesús («¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? O, ¿qué puede dar el hombre a cambio de su alma?»[123]), se nos cierran las experiencias humanas más significativas, como hemos recordado esta mañana. Nuestra humanidad queda reducida a los aspectos más cambiantes, a los sentimientos, a los estados de ánimo. Por desgracia, muchas veces reducimos nuestro "yo" a una maraña de sentimientos, de cambios de humor. En esta situación, uno puede llegar a decir: «No soy capaz de percibir mi humanidad como recurso para mi camino, el corazón no es un criterio infalible para juzgar». Esto significa que se ha producido un grave debilitamiento de la conciencia, de la percepción de nuestro deseo y de nuestra capacidad crítica: el ejercicio del juicio, de hecho, se ha vuelto más frágil e incierto por la reducción del deseo, que es el criterio de juicio.

Me ha venido a la mente la precisión con la que don Giussani describía la diferencia entre los chicos que conoció en los años 50 y la generación de jóvenes de treinta años después, en los años 80 (imaginad todo lo que ha llovido desde entonces, lo que ha empeorado la situación, también con respecto a la situación en la que yo me encontraba cuando conocí el movimiento hace treinta años): «La diferencia está en que ahora es más débil la conciencia que se tiene»[124], y esto se percibe en los jóvenes de hoy.

¿En qué consiste esta debilidad de la conciencia? Falta la conciencia de que yo tengo un criterio de juicio, es decir, no existe la conciencia de que puedo juzgarlo todo y de que este criterio es infalible; como consecuencia, necesito una confirmación externa para estar seguro de lo que vivo. Se trata, dice don Giussani, de una «debilidad que no es ética [no es que ahora seamos más incoherentes que antes, esto no sería nada], sino de la energía de la conciencia»[125]; es una debilidad relativa al propio dinamismo de la conciencia. El "yo" está tan reducido que nos contentamos con cualquier intento de respuesta. El fruto de esta reducción del "yo" es el desconcierto.

¿Por qué nos ha sucedido esto a nosotros también? Por «el influjo nefasto y decisivo del poder, de la mentalidad común»[126]. El poder no

123 *Mt* 16, 26.
124 L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, BUR, Milano 2010, p. 181.
125 *Ibídem.*
126 *Ibídem*, pp. 181, 253-254.

puede eliminar lo que poseemos estructuralmente, como naturaleza, es decir, nuestra espera original y nuestra desproporción estructural con respecto a ella, pero puede reducirla, despojarla de su sencillez. Y muchas veces lo hace con nuestra connivencia. Don Giussani lo describía con esta imagen: «Es como si hoy todos los jóvenes sufrieran el impacto […] de las radiaciones de Chernóbil: el organismo, estructuralmente, sigue siendo el de antes [no se ve ningún cambio aparente], pero dinámicamente no es el mismo», como si el organismo ya no tuviera energía por efecto de las radiaciones. Y luego dice esta frase, que deberíamos recordar siempre: «Es como si [decidme si no es verdad] ya no hubiese ninguna evidencia real más que la moda, porque la moda es [un instrumento] un proyecto del poder»[127]. Si prevalece tantas veces en nosotros la duda, la sospecha, es porque ya no hay una evidencia real.

¡Imaginad qué quiere decir vivir sin una sola evidencia real a la que pegarnos! Es la propagación de la confusión. Y no es porque no seamos lo suficientemente capaces. Atención, aquí nos acecha la tentación de reducir la observación de Giussani al hecho de no ser lo suficientemente capaces, coherentes, de no estar a la altura. No. La debilidad de la que habla Giussani no tiene nada que ver con la coherencia ética, tiene que ver con la conciencia, es decir, con la capacidad de darse cuenta de las cosas: se trata de la evidencia. Él dice, de hecho, que es como si hoy ya no hubiese ninguna evidencia real. Si nos miramos en acción, encontraremos muchos ejemplos de esto.

Podemos comprender ahora por qué al anuncio cristiano «le cuesta tanto llegar a ser una vida convencida, llegar a ser vida y convicción»[128]. Por ello, amigos, o nos armamos de paciencia, tenemos la tranquilidad y la paciencia para recorrer el camino – porque es como si partiéramos con este defecto de fábrica, hemos nacido en esta situación –, y nos damos todo el tiempo necesario para que lo que se nos ha anunciado llegue a ser convicción, o quedaremos enseguida desilusionados. Nosotros, los típicos impacientes, deseamos que suceda todo enseguida, queremos ver inmediatamente los resultados de nuestro compromiso. Y como las cosas no suceden con la rapidez que desearíamos, nos sentimos defraudados por el método de Dios y buscamos algún atajo que nos lleve más rápidamente a alcanzar el objetivo. Así es como aparece la utopía. Nuestra ingenuidad nos hace soñar siempre otros caminos que, en nuestra opinión, son más eficaces.

Pero se necesita tiempo, y nosotros somos la generación del «aquí y ahora» – estamos acostumbrados a meter la moneda en la máquina y que salga la

127 *Ibídem*, pp. 181-182.
128 *Ibídem*, p. 181.

Coca-Cola –. Esto hace que nos resulte todavía más complicado aceptar el tiempo del camino. Las generaciones precedentes estaban acostumbradas a que la vida fuese más lenta, hasta las comunicaciones eran más lentas. Hoy en día, si la conexión a internet tarda dos minutos más, si no nos conectamos inmediatamente, ¡nos enfadamos! Pero no debemos asustarnos por esto.

La consecuencia de la debilidad apenas descrita es que, dice don Giussani, «no se asimila verdaderamente lo que se escucha o se ve. Lo que nos rodea, la mentalidad dominante […], el poder, nos lleva a una extrañeza con respecto a nosotros mismos». Es como si nos arrancaran nuestro ser. «Permanecemos, por un lado, abstractos en la relación con nosotros mismos [no sólo con los demás, sino con nosotros mismos; pensad únicamente cuánto tiempo somos capaces de pasar solos con nosotros mismos, de hacer un momento de silencio; debemos huir enseguida, debemos distraernos rápidamente, hay una especie de incapacidad para sentirnos como en nuestra casa con nosotros mismos], como si se hubiese descargado la energía de nuestro afecto, […] por otro lado, por contraste [¡atención!], nos refugiamos en la compañía en busca de protección»[129]. Nos refugiamos ahí, en torno al hogar, "al estilo de Pascoli", para evitar el frío[130].

Aquí se pone de manifiesto nuevamente la potencia y la grandeza de la gracia que es don Giussani para nosotros. El primer factor de un camino humano, que él nos indica – contando cuál ha sido su historia, la experiencia de su humanidad –, tiene que ver con la posibilidad de captar la respuesta a la pregunta sobre cómo se puede vivir. La emergencia educativa más grande tiene que ver con esta falta de evidencia real de la que hemos hablado antes. Como vemos con los jóvenes, como veis con los hijos, es inútil cargarles con ciertos contenidos si antes no contribuimos a que emerja en su conciencia esta evidencia real: ¡la más leve brisa barrerá todo lo que hemos plantado!

¿Cómo se puede salir de esta situación? ¡Hay pocas propuestas sobre la mesa! En el mejor de los casos, algunos son capaces de hacer el análisis de algunos síntomas de la situación, pero cuando se trata de ofrecer una posibilidad de recuperación, entonces se pone de manifiesto una debilidad increíble en la propuesta. El único recurso disponible para alguien que no quiera rendirse todavía es el moralismo. ¡Establezcamos unas reglas! Pero, ¿es suficiente? Cada uno puede mirarlo en su vida. Preguntémonos entonces: ¿existe alguna esperanza para nosotros, tal como somos, con las debilidades que tenemos, en el punto en que nos encontramos, no al comienzo, no antes

129 *Ibídem*, pp. 181-182.

130 Cf. G. Pascoli, «Il focolare», en *Poesie*, Garzanti, Milano 1994.

de encontrarnos con Cristo, no antes de encontrar el movimiento, sino ahora, en medio de esta situación? ¿Hay esperanza para nosotros?

b) Un hecho

Sí, hay esperanza. Lo testimonian antes nuestros ojos las mujeres con las que se relaciona Rose en Uganda, porque ciertos hechos son más elocuentes que todas nuestras objeciones, las pulverizan: pueden tener sida, pueden haber perdido incluso las ganas de vivir, puede haberse oscurecido incluso la conciencia del valor de su vida, pero en el encuentro con Rose les sucede algo que les permite recuperarse y retomar el camino, la vida reemprende su marcha. Tienen ganas de nuevo de tomar sus medicinas, porque la vida adquiere otra vez un sentido, quieren vivirla. Lo mismo le ha sucedido al condenado a cadena perpetua: aunque le quedan todavía muchos años de cárcel, su vida ha vuelto a empezar porque alguien le ha mirado de forma distinta. «Nunca me había sentido mirado así». O el minusválido que no encontraba trabajo, como contábamos esta mañana, que emprende de nuevo el camino porque los amigos que ha conocido le han permitido descubrir un punto de partida, una finalidad, un sentido.

Entonces, estos hechos que escuchamos contar, ¿qué ponen de manifiesto? «Lo que voy a decir no responde a una situación circunstancial», dice Giussani. «Lo que estoy diciendo es una norma, una ley universal desde que el hombre existe: la persona vuelve a hallarse a sí misma en un encuentro vivo, ante una presencia con la que se topa y que ejerce un atractivo», es decir, una presencia que lleva consigo esta afirmación: «Existe aquello de lo que está hecho tu corazón»[131]. Es justamente lo que percibieron desde el principio la Magdalena y Zaqueo, lo que les hizo pegarse enseguida: «Existe aquello de lo que está hecho tu corazón». ¿Por qué sé que existe? Porque, de no ser así, no me habría pegado. Son muchas las cosas que suceden, pero pocas las que nos aferran, muy pocas.

Este es el signo de que el acontecimiento cristiano sucede: que resucita y potencia lo que se había oscurecido, el núcleo de las evidencias originales del "yo". El signo más potente de la presencia de Cristo es esta capacidad de hacer resurgir las evidencias originales que constituyen nuestro corazón. Este corazón, que está adormecido muchas veces, sepultado bajo montañas de escombros, bajo mil distracciones, es despertado e invitado a reconocer que existe: el corazón existe, tu corazón existe. Tienes un amigo, encuentras un amigo verdadero cuando te sucede esto con él, cuando te encuentras ante alguien que te despierta a ti mismo. Esto es un amigo, lo demás no deja huella alguna.

131 L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit. , p. 182.

Pero esta es también la ley del redescubrimiento de las evidencias, de las dimensiones verdaderas de lo humano, de los "valores". Es el camino de una conciencia de la propia experiencia elemental. También para nosotros ha tenido – y tiene – que suceder este «encuentro vivo», esta provocación; lo que es necesario para nosotros es necesario para cualquiera. El "yo" se halla de nuevo a sí mismo en el encuentro con una presencia que lleva en sí misma esta afirmación: «Existe aquello de lo que tu corazón está hecho; por ejemplo, existe en mí»[132]. Y esta es la prueba fiable de que tu corazón existe: de no ser así, el amigo no podría despertarlo. Para que el "yo" se encuentre a sí mismo no se necesita ninguna estrategia, sino toparse sencillamente con una presencia que tenga las características mencionadas.

Por eso Giussani, ante la pregunta: «Su propuesta pedagógica parte del sentido religioso del hombre, ¿es así?», responde: «El corazón de nuestra propuesta es más bien el anuncio de un acontecimiento que sorprende a los hombres del mismo modo en que, hace dos mil años, el anuncio de los ángeles en Belén sorprendió a los pobres pastores. Un acontecimiento que acaece, antes de toda otra consideración, y que afecta tanto al hombre religioso como al no religioso. La percepción de este acontecimiento resucita o potencia el sentido elemental de dependencia y el núcleo de evidencias originarias a las que damos el nombre de "sentido religioso"»[133].

Qué ceguera la nuestra cuando no vemos que toparse con una presencia es un regalo, aunque yo esté todavía dormido, aunque no haya sucedido todavía en mí lo que veo en esa persona, aunque no sea mío todavía lo que ella vive. El hecho de que un corazón despierto vibre en otra persona, que yo lo vea en esa persona, es una gracia y una posibilidad para mí: ¡significa que es posible! Si les ha sucedido a las mujeres de Rose, es posible para ti. Si le ha sucedido al preso, es posible para ti. Si le ha sucedido al amigo, al último en llegar, es posible para ti. ¡Es posible para ti, es posible! Y ninguna afirmación, ningún razonamiento, ninguna interpretación, ninguna estrategia del poder puede evitar que uno esté ahí, delante de ti, vivo y presente, con un corazón despierto. Nadie lo puede eliminar; y es como la luz, como la pequeña llama de un mechero: toda la oscuridad que hay alrededor no es capaz de apagar la luz del mechero, y por eso el poder se enfada, porque ningún poder, ninguna oscuridad puede eliminar esa luz. Así es la gracia de don Giussani para nosotros. Él ha sido esta luz para nosotros. Hemos comprendido que tenemos un corazón porque hemos visto a alguien que lo tenía, porque hemos visto que en él existía.

---

132 *Ibídem*.

133 L. Giussani, «El 'poder' del laico, es decir, del cristiano», en *30Días*, n. 3, 1987, pp. 50-63.

Continúa don Giussani: «Paradójicamente, esta originalidad de tu vida la encuentras cuando te das cuenta de que tienes dentro de ti [¡atención!] algo que está también en todos los hombres [lo más desconcertante es que lo que es más personal es algo que comparto con cada hombre], que te permite verdaderamente hablar con cualquiera, que te hace no ser ajeno a ningún hombre»[134]. El hombre vuelve a descubrir su identidad original cuando se topa con una presencia que suscita un atractivo, porque produce «una correspondencia con nuestra vida en todas sus dimensiones. En resumen, la persona vuelve a encontrarse a sí misma cuando se abre paso en ella una presencia […] que corresponde a la naturaleza de la vida, y así el hombre ya no está solo. […] Normalmente, en cambio, dentro de la realidad común, el "yo", como hombre, vive en la soledad, y por ello trata de huir con la imaginación [y con los discursos]. Esta presencia [que corresponde a la vida] es lo contrario de la imaginación, exactamente lo contrario».

El encuentro que le permite al "yo" redescubrirse a sí mismo no es «un encuentro "cultural", sino viviente; es decir, no [es] un discurso hecho, sino algo vivo, que se puede descubrir incluso escuchando a uno que habla, entendámonos: al hablar te pone en relación con algo vivo […]. Insisto, no [es] un encuentro cultural, sino existencial».

Tal encuentro tiene dos características que permiten reconocerlo, verificarlo de forma inconfundible (Giussani nos proporciona todos los signos para que podamos juzgar por nosotros mismos, no quiere tomarnos el pelo): el encuentro introduce en la vida «una dramaticidad, que implica […] la urgencia de que algo cambie en tu vida; y, al mismo tiempo, [introduce] […] al menos una gota de alegría: ¡una alegría incluso en la condición más amarga, o en la constatación de tu mezquindad! En definitiva [por usar otra expresión, lo que debe suceder para que el "yo" se redescubra a sí mismo es] […] "un encuentro evangélico", un encuentro que reconstituya la vitalidad de lo humano, como el encuentro de Zaqueo con Cristo»[135].

Decía una amiga poco después de conocernos: «No me puedo imaginar qué habría sido mi vida sin este verdadero giro, si algo, o mejor, alguien, no hubiera hecho salir de mí mi verdadero "yo". Y sin embargo ha sucedido». ¿Qué es lo que le ha sucedido? Se ha topado con una persona «que tenía sobre mí una mirada y una atención que nunca antes había recibido».

¿Qué le ha sucedido a nuestra amiga? Ahora lo podemos describir con precisión: «El *encuentro* con un hecho objetivo, originalmente independiente de la persona que tiene la experiencia; un hecho cuya realidad existencial

134 L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., p. 183.
135 *Ibídem*, pp. 183-184.

consiste en una comunidad que se expresa sensiblemente, tal como ocurre con cualquier realidad íntegramente humana; comunidad en la cual la voz humana de la autoridad, manifestada en sus juicios y directrices, constituye el criterio y la forma. No existe ninguna versión de la experiencia cristiana, por muy interior que sea, que no implique, al menos en última instancia, este encuentro con la comunidad y esta referencia a la autoridad»[136].

¿Qué es lo que le ha impresionado a nuestra amiga? Una mirada como nunca antes había visto. Es lo mismo que impresionaba a los contemporáneos de Jesús. Nos resultan familiares las historias de Zaqueo, de la Magdalena, de Mateo. Todos son llamados por su nombre. Pero esto es lo que aparece en cada página del evangelio.

Aquí se demuestra quién es Él, porque «sólo lo divino puede "salvar" al hombre», es decir, puede mirarlo sin reducirlo, puede salvar las dimensiones verdaderas y esenciales del hombre. Sólo lo divino consigue hacer que seamos nosotros mismos. Sólo lo divino «hace salir de mí mi verdadero "yo"». De este modo, Cristo se manifiesta por lo que es. Y esto es lo que han reconocido las mujeres de Rose, el preso o el minusválido, porque «un factor fundamental de la mirada de Jesucristo es la existencia en el hombre de una realidad superior a cualquier realidad sometida al tiempo y al espacio; la persona humana más pequeña vale más que el mundo entero; no tiene nada que se le pueda comparar en el universo desde el primer instante de su concepción hasta el último paso de su vejez decrépita»[137].

Por eso, «lo que suscita la personalidad, la conciencia de la propia persona (mi verdadero "yo") es un encuentro. El encuentro no "genera" a la persona (la persona es generada por Dios cuando nos da la vida a través de nuestro padre y nuestra madre); pero en un encuentro yo caigo en la cuenta de mí mismo, en un encuentro se despierta la palabra "yo" o la palabra "persona". […] El "yo" se despierta de la prisión de su envoltorio original, se despierta de su tumba, de su sepulcro, de su situación de origen cerrada y – cómo decirlo – "resurge", toma conciencia de sí mismo, precisamente en un encuentro. El resultado de un encuentro es que se suscita el sentido de la persona. Es como si naciese la persona: no nace ahí, pero en el encuentro toma conciencia de sí misma, y por tanto nace como personalidad»[138].

Pero, ¿cómo puedo decir que es verdadero ese hecho, ese encuentro? ¿Cómo puedo decir que es la respuesta a la pregunta sobre cómo se puede

136 L. Giussani, *Educar es un riesgo*, op. cit., p. 120.

137 L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., pp. 103-104.

138 L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., pp. 206-207.

vivir? ¿Cómo puedo decir que es también la respuesta a los desafíos sociales que tenemos que afrontar para no sucumbir de nuevo a la utopía?

c) La experiencia

Tercer factor de un camino humano: la experiencia. Amigos, el corazón y el hecho no son suficientes. Hace falta su mutua «correlación»[139] (diría Benedicto XVI): debo darme cuenta de la correspondencia entre el hecho y el corazón, es decir, debo percibir que el hecho responde a mis exigencias, a mis necesidades. Y, ¿dónde puedo captar si este hecho responde a mis exigencias? En la experiencia, porque en ella me doy cuenta si el encuentro sirve para responder a la pregunta: «¿Cómo se puede vivir?». La realidad de ese hecho se hace evidente en la experiencia, en ella se hace evidente por lo que es, se da a conocer por lo que es.

«Lo más importante que he dicho en toda mi vida», dice Giussani, «es que Dios, el Misterio, se ha revelado, se ha manifestado a los hombres hasta el punto de hacerse objeto de su experiencia. El Misterio se vuelve incluso objeto de nuestra experiencia […] identificándose con un signo hecho de tiempo y de espacio»[140]. Por eso, «en la medida en que Jesús, como Dios, no se convierte en una realidad humana, no entra en nuestra experiencia, no podemos reconocerlo de modo adecuado; con la solidez, aunque también con la dificultad, con la fascinación, aunque también con el carácter enigmático con el que se presenta la realidad ante nuestros ojos»[141].

La experiencia no es sólo toparse, no es sólo el impacto mecánico del "yo" con el hecho, porque esto no nos hace crecer, no deja huella en nosotros. La experiencia implica la comparación entre el hecho y el corazón. Es en esta comparación donde emerge el juicio, e implica darme cuenta de la presencia de otro factor que hace posible la realidad que me asombra. La experiencia consiste en probar el hecho y juzgarlo según ese conjunto de evidencias y exigencias originales que tenemos dentro. ¿Por qué muchos de los hechos excepcionales que vemos no contribuyen a hacer crecer la relación con Él? Por esta falta de juicio. Es como si uno no aprendiese nada de lo que ve, de lo que vive.

Por ello, para hacer un camino humano se necesita ese factor que se llama «experiencia». Sin juicio no existe experiencia (aunque muchas veces llamemos así al simple "probar"), y que no exista experiencia no es algo secundario: lo que no se convierte en experiencia no deja

139 Cf. Benedicto XVI, *Discurso al Bundestag de Berlín*, 22 septiembre 2011.

140 L. Giussani, *La autoconciencia del cosmos*, Encuentro, Madrid 2002, p. 165.

141 L. Giussani, «Vivir la razón», *Huellas-Litterae communionis*, enero 2006, p. 4.

huella, no deja sino un impacto sentimental. La consecuencia es que, ante cada nuevo desafío, nos encontramos siempre en el mismo punto, tan desarmados como la primera vez. Entonces, en un momento dado, uno dice: ¿qué hago aquí, perdiendo el tiempo, si lo que vivo no me sirve para la vida? La gente acaba desilusionada.

Sin experiencia no se incrementa nuestra persona, no crece nuestra persona. «La experiencia debe ser verdaderamente tal, es decir, tiene que ser algo juzgado por la inteligencia». Sólo así podrá dejar huella y ser «custodiada por la memoria»[142].

«La semana pasada fui a cenar a casa de un amigo, cuya familia es del movimiento desde hace muchos años. Nada más empezar a cenar, el padre empezó a contar cómo una anciana había tenido que ir de pie todo el trayecto en el tranvía, mientras que un chaval, aunque la había visto, no le había dejado su sitio para que se sentara. Comentando lo que había sucedido, dijo que "lo que falta en la sociedad de hoy son los valores". La conversación siguió su curso y en un momento dado pregunté: "Pero, en tu opinión, ¿de dónde nacen los valores?". "Buena pregunta", respondió.

En un momento fui consciente de que en mi experiencia es evidente que el deseo y la capacidad de abrazar al mundo nacen y se mantienen en el encuentro (misterioso pero real) con Cristo, que una y otra vez me aferra y dilata la medida de mi corazón, haciendo digna de atención y compasión incluso una extraña en el tranvía. Al hacer el recorrido con ellos, los padres cayeron en la cuenta de que los valores nacen de un encuentro que se produce antes, que es justamente la fuente de los valores. Me di cuenta enseguida de que habían comprendido. Habían hecho experiencia de ello, ¡pero era una experiencia confusa! Había que sacarla a la luz. No le habían puesto una etiqueta, podía entenderse por el clima que se produjo en la mesa. Un clima verdadero, sincero, vivo. La madre contó cómo había conocido el movimiento siendo una chavala, y concluyó diciendo: "¡Verdaderamente se necesita un encuentro humano para despertar el corazón!". Al final de la conversación nos dimos cuenta de que la primera responsabilidad que tenemos para cambiar la sociedad es la de vivir nosotros en primer lugar este encuentro que despierta lo humano (se encendió en mí el deseo de vivir cada vez más lleno de Él), con la esperanza de que luego, a través de nosotros, se dilate al resto de "viajeros del tranvía". Es misterioso, porque es una medida y un tiempo que no son los míos, pero evidentemente es la única hipótesis razonable».

142 L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 123.

Con respecto a esto, don Giussani contó en un Equipe del CLU un episodio que le había sucedido al poco de ordenarse (lo podéis leer también en su biografía): «Descubrí esto cuando empecé a confesar siendo un cura joven. Me decía: "Pero mira a estas personas que vienen a decirme cosas del otro mundo; vienen a verme a mí que tengo veintitrés años. ¿Por qué no van a los que han visto de todo, a sus sesenta o setenta años? Porque esos no tienen experiencia, mientras que yo, frente al material que me dan, uso un instrumento ideal, juzgo" [comparo entre lo que me dicen y mis exigencias originales; y las personas volvían porque habían encontrado a alguien que les ayudaba a hacer un camino, mientras que los demás se limitaban a hacer comentarios, a expresar opiniones, pero no les ayudaban. Le buscaban a él, ¡un cura de veintitrés años! Otros, de sesenta o setenta años, como no habían hecho esta comparación, no tenían nada que decir]. Así pues, hacer experiencia quiere decir "probar juzgando". Este es el punto fundamental, porque el ideal te permite entender también lo que experimenta otro, aunque no necesariamente lo experimentes tú, te identifica con el otro precisamente desde el punto de vista ideal: te permite juzgar y por tanto te da la capacidad de cambiar. Esto es la experiencia [y añade algo crucial para nosotros – ¡atención!]. O nuestra compañía se convierte en experiencia [un lugar en donde somos constantemente invitados a hacer experiencia, en donde hacemos experiencia de verdad] o se vuelve realmente peligrosa [¡sí, peligrosa!]: porque el que está, lo hace como quien está en un rebaño»[143]. Esta es la cuestión fundamental. O nuestra compañía se convierte en experiencia o se vuelve realmente peligrosa, porque el que está, lo hace como quien está en un rebaño. En cambio, cuando uno empieza a juzgar, todo se convierte en parte del camino.

¿Cómo se ve que hemos encontrado respuesta a la pregunta de cómo se puede vivir? Sorprendámoslo en acción en otro testimonio: «Durante dieciocho años mi vida ha sido inconsistente, no tenía conciencia de quién era yo. ¡He desperdiciado el tiempo que se me daba! El año pasado conocí el CLU al llegar a la universidad. Me quedé alucinada al ver cómo chicos exactamente iguales que yo disfrutaban del estudio, de la comida, del canto, de estar juntos. Acciones normalísimas, pero traspasadas por algo que me fascinó. Algunos en especial me conquistaron por la forma con que afrontaban las circunstancias de su vida y por cómo me miraban, a pesar de mis límites. Yo les seguía porque quería vivir como ellos, y por eso me fie de los rostros que tenía delante, y empecé a cogerles cariño. Pero de tanto en tanto me invadía una gran tristeza. Advertía una carencia. Estaba

143 L. Giussani, *Certi di alcune grandi cose (1979-1981)*, BUR, Milano 2007, pp. 248-249.

triste porque no había podido acceder a la facultad que deseaba. Finalmente lo conseguí. Pero nada me bastaba, ni siquiera esto. Creo que he crecido, porque empiezo a plantearme preguntas y a reflexionar: ¿soy tan frágil que no soy capaz de afrontar las circunstancias y los cambios? ¿Por qué percibo constantemente que me falta algo? ¿Quién puede cumplir mi persona? Cada día descubro que Le necesito. ¡Lo que me faltaba no era la facultad que deseaba! Él me pide que le diga "sí" a Él, no a los rostros que han sido para mí testimonio de Él. No quiero engañarme ni desperdiciar un solo instante de mi vida, deseo alcanzar la certeza de que Cristo es el eje de mi vida».

¿En qué se ve que esta chica ha reconocido haber encontrado la respuesta a la pregunta de cómo se puede vivir? «Durante dieciocho años mi vida ha sido inconsistente, no tenía conciencia de quién era yo. ¡He desperdiciado el tiempo que se me daba!». ¿Qué le ha pasado en un momento dado? Ha tenido un encuentro, se ha topado con un hecho: «Acciones normalísimas, pero traspasadas por algo que me fascinó». Y, ¿por qué le fascinó? Porque correspondía a su espera, a lo que deseaba. Por eso, la cuestión decisiva es «la *conciencia de la correspondencia* que hay entre el significado del Hecho con el que nos topamos y el significado de nuestra existencia»[144]. Por tanto, uno se da cuenta de que ha encontrado la respuesta a la pregunta "¿Cómo se puede vivir?" porque el encuentro que ha tenido corresponde a las exigencias del corazón, hasta el punto de que suscita la conciencia de sí: «Creo que he crecido, porque empiezo a plantearme preguntas y a reflexionar».

Luego nuestra amiga se desconcierta porque experimenta que le falta algo. Pero esta falta es justamente lo que demuestra qué le ha sucedido: el encuentro ha despertado su exigencia humana. Es exactamente el signo de que este encuentro responde a nuestra espera: nos hace salir de la reducción, de la tumba. ¿A través de qué ha sucedido esto? A través de cosas, de acciones normalísimas. ¿Y qué son estas «acciones normalísimas, pero atravesadas por algo distinto que me fascinó»? Lo hemos visto de forma preciosa en la Escuela de comunidad: «Esta revelación de la divinidad se produce en la existencia humana de Jesús, pero no por estallidos desmesurados o manifestaciones grandiosas, sino mediante un continuo y silencioso trascender los límites de las posibilidades humanas […], [lo que parecía solamente] una naturalidad benéfica […] termina por mostrarse simplemente como un milagro […], un paso silencioso que trasciende los límites marcados a las posibilidades humanas, pero que es bastante más portentoso que la inmovilidad del sol o el temblor de la tierra»[145].

144 L. Giussani, *Educar es un riesgo*, op. cit., p. 121.
145 R. Guardini en L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 76.

De este modo podemos percibir adecuadamente el significado de ese encuentro. «El valor del hecho con el que nos topamos trasciende la fuerza de penetración de la conciencia humana, y requiere por consiguiente un gesto de Dios para su comprensión adecuada. De hecho, el mismo gesto con el que Dios se hace presente al hombre en el acontecimiento cristiano exalta también la capacidad cognoscitiva de la conciencia, adecuando la agudeza de la mirada humana a la realidad excepcional que la provoca. Es lo que se llama la *gracia de la fe*»[146]. Así puedo entender el alcance que tiene para mi vida.

¿Cómo se incrementa la certeza?

d) La verificación

El último factor de este camino humano es la verificación. Todo lo que nos sucede, las circunstancias que debemos afrontar, los gestos que proponemos, son la ocasión para conocer (reconocer) más lo que responde a la exigencia de nuestra vida, y por tanto, para «verificarlo». Este es nuestro supremo interés: el crecimiento de nuestra persona, la generación de un sujeto consistente, libre, creativo. Pero, ¿cuál es el problema? «¿Por qué CL se convierte para muchos» – se pregunta don Giussani – «en un motivo de desilusión? Porque una vez que han entrado es como hubiesen cerrado [la partida], como si ya hubiesen llegado». No comprenden que, en cambio, el encuentro marca «el comienzo de la aventura. La aventura empieza cuando la persona se ve despertada por el encuentro»[147]. Toda la aventura comienza aquí. Lo bonito empieza ahora. Así fue para don Giussani: «"Era un joven seminarista, un chaval obediente, ejemplar, hasta que un día sucedió algo que cambió radicalmente mi vida". El episodio es aquel en el que el profesor [Gaetano Corti] lee el Evangelio de Juan. "Mi vida se vio literalmente inundada por este hecho: ya sea como memoria que de forma persistente golpeaba mi pensamiento, ya sea como estímulo para una valoración nueva de la banalidad cotidiana. El instante, desde entonces, dejó de ser banal para mí. Todo lo que existía, por tanto todo lo que era bello, verdadero, atrayente, fascinante, aunque fuera como posibilidad, encontraba en aquel mensaje su razón de ser, como certeza de una presencia que encerraba la esperanza de abrazarlo todo. Lo que me diferenciaba de los que me rodeaban eran las ganas y el deseo de comprender. Este es el terreno sobre el que nace nuestra devoción a la razón". Este descubrimiento no abandonará nunca a Giussani: "La grandeza de la fe cristiana, sin comparación alguna con cualquier otra posición, es

146 L. Giussani, *Educar es un riesgo*, op. cit., pp. 120-121.

147 L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., p. 207.

esta: Cristo ha respondido a la pregunta humana. Por ello, tienen un destino común quienes aceptan la fe y la viven y quienes, no teniendo fe, se ahogan en la pregunta, se desesperan en la pregunta, sufren en la pregunta»[148].

Por ello «no debemos archivar la realidad [porque ya nos hayamos encontrado con Él. Por el hecho de habernos encontrado con Él] […] lo tenemos todo, pero el significado de este todo [cuál es el valor de lo que hemos encontrado] lo comprendemos […] en el encuentro con las circunstancias, con las personas, con los acontecimientos. No hay que archivar nada […], ni censurar, olvidar o renegar de nada. […] [Porque] el significado de este "todo" lo comprendemos en el juicio, afrontando las cosas»[149]. Es lo mismo que te ha sucedido a ti: el significado que tiene tu madre no lo has descubierto haciendo meditaciones sobre la maternidad, sino afrontando el miedo, el hambre, las necesidades, la soledad; de este modo has comprendido qué significaba tu madre. Sin esta verificación constante de lo que significaba tu madre para tu vida no te habrías apegado tan fuertemente a ella, no habrías comprendido lo que significa su presencia para ti. Por eso, si una vez que nos hemos encontrado con Cristo nos detenemos ahí en vez de verificar constantemente este encuentro ante cualquier desafío, ante cualquier urgencia de la vida, no podremos comprender el bien que nos ha sucedido, la gracia que hemos recibido.

¿A quién se le revela esto? ¿Quién descubre su valor? Sólo aquel que lo pone en juego en lo concreto y verifica ante cualquier desafío quién es Aquel con el que nos hemos encontrado. Sólo podré comprender que Cristo responde a la pregunta "¿Cómo se puede vivir?" si hago este recorrido. Cuanto más lo hagamos, más ciertos estaremos de lo que vivimos, y todo contribuirá a hacer más sólida la relación con Él, hará crecer la conciencia de haber encontrado aquello con lo que puedo mirar cualquier cosa, entrar en cualquier circunstancia, en cualquier oscuridad.

3. El método: el seguimiento

Después de haber visto todos los factores, los pasos de este camino, aludo brevemente al último punto.

¿Cuál es el método con el que todo esto llega a ser cada vez más nuestro? El seguimiento. Siguiendo lo que hemos encontrado podremos verificar constantemente cómo responder a las exigencias de la vida. El seguimiento

148 A. Savorana, *Vita di don Giussani*, op. cit., p. 47.

149 L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., p. 55.

es el camino que hizo Pedro: al implicarse en la convivencia con Jesús, poco a poco, cojeando, equivocándose, pudo ver cómo crecía su persona.

«Andrés llevó a su hermano Simón a casa de Jesús, subiendo una pequeña cuesta que había delante de aquella casa. Simón se acercaba con los ojos fijos en aquel individuo que le esperaba un poco lejos todavía, lleno de esa curiosidad que caracteriza al hombro cuanto menos "educado" está y más lleno y rico de vitalidad. Cuando se vio allí, a tres o cuatro metros de Él, ¡jamás iba a olvidar cómo le miraba! […] "¡Nadie me ha mirado así jamás!". Le dominaba un fenómeno que en el diccionario se llama *asombro*. Tanto que enseguida se sintió ligado a Él [apegado a aquel hombre]. Si hubiese estallado una revuelta popular contra aquel hombre se habría puesto a su lado, aunque lo matasen (tú harías lo mismo: ¡no podrías abandonarlo!). […] Al día siguiente, en vez de ir a cumplir con su deber, es decir, a pescar, corrió al pueblo de al lado porque se había enterado de que Jesús había ido allí. Y de hecho, allí estaba con una treintena de personas; se plantó en medio y se puso a escucharle hablar [a mirarle hablar]. […] era como el día anterior, cuando le dijo: "Simón, hijo de Juan, te llamarás Pedro", desvelándole el carácter profundo que le constituía. […] Algún tiempo después, ese hombre que ya se había vuelto amigo suyo […] les había invitado a una boda. Y transformó el agua en vino. […] ¿Cómo no sentirse totalmente atado a aquel hombre? [¿Quién era?] ¿Quién había que fuera como ese hombre?»[150]. Y cada día volvía a casa distinto. No había necesidad de confirmación. No hay necesidad de confirmación cuando todo contribuye a confirmarlo, cuando existe una evidencia que lo confirma todo. La confirmación procede de la misma experiencia: volvía a casa cambiado, distinto. Y este asombro lo vivió al día siguiente y una semana más tarde. Y día a día se acentuaba la evidencia de una simpatía, de una adhesión, de una confianza, de una certeza, hasta que, cuando aquella tarde, en la sinagoga de Cafarnaúm, Jesús dice aquella cosa incomprensible para el hombre: «Os daré de comer mi carne», todos empiezan a decir: «Está loco». Y ellos escuchan que les dice: «¿También vosotros queréis marcharos?». Entonces san Pedro responde de golpe: «Tampoco nosotros comprendemos lo que dices, pero si nos alejamos de ti, ¿a dónde iremos? No hay nadie como tú, sólo tú tienes palabras que explican la vida, que dan sentido a la vida»[151].

El "sí" de Simón en el lago de Tiberíades es la continuación de este apego, de esta maravilla, de esta admiración que duró dos años, tres años. Y eso que no siempre atinaba Simón con la respuesta adecuada. Cuando

150 L. Giussani, «El "sí" de Pedro», en *El atractivo de Jesucristo*, op. cit., pp. 9-10.
151 Cf. *Jn* 6, 53-69.

Jesús dice por primera vez que el Hijo del hombre tendría que sufrir, ser reprobado por los ancianos, por los sumos sacerdotes, por los escribas, y ser matado, san Pedro no se había equivocado todavía demasiado, y por ello se sentía seguro, tranquilo de su sentimiento, y dijo que antes se dejaría cortar la cabeza. Pero Jesús respondió: «¡Quítate de mi vista, Satanás! Porque tú no quieres que haga lo que quiere mi Padre, sino lo que tú piensas". ¡Qué humillación! Pero el resultado fue que [paradójicamente] se pegaba a Él todavía más»[152]. Su relación con Jesús estaba «llena de estima […], [nacida] como un juicio, como un gesto de la inteligencia que arrastraba tras de sí al corazón, […] movido por la ternura, tanto que él y los demás se habrían dejado romper la cabeza antes que traicionarle (¡y le habían traicionado! Se habrían dejado romper la cabeza antes que traicionarle, ¡pero a pesar de eso le habían traicionado!)[153]. Y «en aquel momento el gallo cantó por tercera vez. Jesús salió de la sala arrastrado por los soldados, […] mirando hacia Simón Pedro. Él, que estaba allí, en un rincón, esperando, al oír el ruido, lo vio. Y "lloró amargamente"». Pedro se volvió «hacia Cristo con el corazón roto, con la conciencia de la propia mezquindad y bellaquería: un cobarde, podríamos decir, un "pecador"». Y «Pedro, en el tribunal de Pilato, era un hombre aplastado por la […] conciencia de ser pecador, desgarrado por su falta, porque era exactamente lo contrario de lo que hubiese querido jamás, lo contrario de los sentimientos que había alimentado siempre hacia Jesús: "¿Qué me ha pasado? ¿Cómo he podido hacer esto? ¿Quién soy yo? ¿Qué es el hombre?"»[154]. O «aquella otra vez, cuando la barca había atracado llena de pescado [y Jesús estaba ahí] y […] había encendido una fogata y había puesto a asar algo de pescado en ella; y todos los apóstoles se habían tendido alrededor a comer […] y también Él había comenzado a comer con ellos, se encontró junto a Simón […] y le hizo aquella pregunta: "Simón, ¿me amas?"; el "sí" de Pedro no fue el resultado de una decisión del joven hombre Simón: fue el emerger, el salir a flote de todo un tenue hilo de ternura y adhesión que se explicaba por la estima que tenía por Él – por tanto fue un acto de la razón –, por lo que no podía dejar de decir "sí". Y todo el cúmulo de pecados que había cometido, todo el montón de posibles pecados que cometería, no tenía nada que ver, no perdió ni un segundo en pensarlo [en sus pecados], ni siquiera se acordó de ello»[155], pues lo que prevalecía era Su presencia. «Simón, ¿me amas?», y dijo: «Sí».

152 L. Giussani, «El "sí" de Pedro», en *El atractivo de Jesucristo*, op. cit., pp. 11-12.

153 *Ibídem*, p. 13.

154 L. Giussani, «La virtud de la amistad o: de la amistad de Cristo», *Huellas-Litterae communionis*, abril 1996.

155 L. Giussani, «El "sí" de Pedro», en *El atractivo de Jesucristo*, op. cit., p. 12.

«El "sí" le salió como consecuencia del asombro con el que Le miraba, con el que volvía a mirarle todas las mañanas, con el que Le miraba alejarse por la noche»[156], cuando se dormía cada noche. Jesús ha entrado en la historia para que cada uno de nosotros pueda hacer la misma experiencia que Pedro, cojeando como él, traicionando como él, equivocándonos, pero apegándonos cada vez más, viendo cómo crece ese hilo de ternura, ese hilo de adhesión, de estima, hasta el punto de poder decir: «No sé cómo, Cristo, no lo sé, pero toda mi simpatía humana es para ti»[157].

Cristo ha entrado en la historia, está presente, sale a nuestro encuentro hoy, sucede ahora para despertar nuestro "yo", nuestro corazón, nuestra capacidad de adhesión, de estima, de simpatía humana hacia Él, para que, de este modo, podamos vivir, vivir la vida llenos de Su presencia y la alegría de Su presencia empiece a invadir nuestra vida. Nuestra razón y nuestra libertad están ahora delante de esta presencia, como Pedro hace dos mil años.

«No se trataba de una adhesión sentimental, no era un fenómeno emocional, era un fenómeno de la razón, exactamente igual que esa manifestación de la razón que te hace pegarte a una persona que tienes delante, en cuanto la juzgas digna de estima; al mirarla, nace en ti una estima maravillosa que te pega a ella»[158]. Es una estima que brota de la convivencia con Él.

Sólo de un amor así puede nacer la misión. «Nos apremia el amor de Cristo, porque, si Uno murió por todos, lo hizo para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos»[159]. La misión no sucede sin todo lo que hemos dicho, y para llegar a ella es necesario comenzar desde el inicio. Si no sucede nada en mí, es inútil que luego me disfrace de activista. Debo volver al origen y preguntarme: ¿cómo estoy viviendo? Porque si yo no estoy transformado desde dentro, si en todo lo que vivo soy como los demás, porque la memoria de Cristo no es inmanente a mi persona y no origina ninguna diferencia en mí, si todo es puro voluntarismo, puedo llevar a cabo muchas iniciativas, pero ninguna será portadora de una diferencia. Por eso sólo debemos tener una preocupación: vivir la memoria de Cristo, como hemos dicho, porque sólo si me cambia a mí, sólo si acepto dejarme cambiar por Él, sólo si Él me arrastra, me aferra, me abraza, sólo entonces podré llevar algo a los demás, porque lo único que nosotros llevamos es nuestra experiencia.

---

156 L. Giussani, «La virtud de la amistad o: de la amistad de Cristo», op. cit.
157 Cf. *Jn* 21, 17.
158 L. Giussani, «El "sí" de Pedro», en *El atractivo de Jesucristo*, op. cit., p. 11.
159 Cf. *2 Cor* 5, 14-15.

«Nuestra tarea no es preguntarnos qué hemos hecho para cambiar las estructuras del mundo, sino en qué punto se halla nuestra conversión», dice don Giussani en 1968. «Y, respondiendo a una objeción – según la cual la comunidad cristiana "no puede ser una sociedad nueva en su interior si está condicionada por ciertas estructuras que, por un motivo u otro, le impiden ser una sociedad nueva" –, replica: "La vida cristiana es un método para cambiar incluso las estructuras", pero "es una ilusión pretender cambiar las estructuras sin que haya sucedido algo gratuito en nosotros", es decir, una "conversión"»[160].

Por eso, el corazón de la misión es el amor de Cristo, que nos apremia. El corazón de la misión es el corazón mismo de nuestra vida; esto es lo que debe transparentarse a través de todo lo que hacemos, de todo lo que tocamos, de todo aquello con lo que entramos en relación. Por tanto, la condición de la misión es el cambio de mi persona.

¿En qué se ve este cambio? ¿En nuestros discursos? No. ¿En nuestras iniciativas? Las iniciativas las hacen todos. ¿Cuál es, entonces, el signo inconfundible que permite a todos ver si somos misioneros? ¿Que nos movemos mucho? No. ¡El signo es la alegría! «La gran regla de la misión es que sólo comunicamos a través de la alegría de nuestro corazón, del cambio que se ha producido en nosotros [es una gracia tener a alguien que nos dice estas cosas, porque no podemos hacer trampas. Si lo que llevamos a los demás es el lamento, ya podéis hacer todas las iniciativas que queráis, que no existe misión: ¿a quién le interesa una persona que se lamenta constantemente?]. La palabra "alegría" indica el rostro, en definitiva, el aspecto fascinante y persuasivo de la conversión que el poder de Dios ha obrado en nosotros. […] Su fuerza persuasiva, convincente, procede, como pasa siempre con el hombre, de la fascinación que ella ejerce. La fascinación de la conversión procede del rostro alegre que ella produce; no de los discursos, sino del rostro alegre que ella produce. Esta frase es fantástica: *Notam faciet gloriam nomini Sui in laetitia cordis vestri*: dará a conocer la gloria de Su nombre (es decir, de su dominio, de su poder) a través de la alegría de vuestro corazón»[161]. En esto consiste la superación última del dualismo, y esto significa ser laicos, es decir, criaturas nuevas. Nada de lo demás es nuevo, nada de todo lo demás, porque lo demás ya lo tienen todos. Laicos, es decir, nuevos.

160 A. Savorana, *Vita di don Giussani*, op. cit., p. 398.

161 Archivo Histórico de la Asociación Eclesial Memores Domini (ASAEMD). Documentación audiovisual. Ejercicios estivales del Grupo adulto, Le Pianazze (PC), 29 julio-3 agosto 1973, segunda lección, 2 de agosto.

Insiste don Giussani: «La finalidad de la Iglesia no es poner en orden los problemas de la historia de forma mundana, sino dar testimonio de que ya ha sido ordenada. […] ¿Cómo testimonia esto la Iglesia? Siendo una realidad humana que es distinta de las demás. La Iglesia lo testimonia mediante la forma de su convivencia, de sus gestos, porque es una realidad distinta de las demás. […] Es un trozo de humanidad extraño; extraño, distinto. La Iglesia es un testimonio no por las obras magnas que pueda levantar, la Iglesia es un testimonio no porque […] cree una gran red de escuelas, no porque tenga un canal de televisión que se vea en todo el mundo y se lo haya encargado a CL, la Iglesia no es [testimonio] porque tenga ciento cincuenta y cuatro periódicos en todo el mundo; no es un testimonio por lo que hace, sino por su estado [por lo que es; pero nosotros hemos pensado durante años que tener más espacio, más poder, era lo que nos hacía distintos: nos lo hemos creído, como todos]. La palabra "estado" implica también la expresión de las actividades, pero implica las actividades como expresión de algo que se es; esto es lo que indica la palabra "estado". A la gente le llama la atención nuestro estado de vida, no nuestras actividades», es decir, le llama la atención lo que se transparenta en ella, lo que desborda en ella, la victoria del ser sobre la nada; esa nada que acecha como tentación nuestra cultura. Lo único que vence esa nada es la Presencia que nos une, que nos liga tan profundamente, que no deja que nos hundamos en ella. «Para la gente, el testimonio procede de nuestro estado, es decir, de nuestra posición real y consciente frente a todo. Por eso, el culmen del testimonio es la virginidad como tal»[162].

Mirad lo que escribe don Giussani en 1965 desde San Antonio, Texas, donde estaba solo: «Mido los pensamientos y las acciones, los estados de ánimo y las reacciones, los días y las noches. Pero la compañía profunda y el Testigo completo es Otra Presencia. Este es el largo viaje que debemos realizar juntos, esta es la aventura real: el descubrimiento de esa Presencia en nuestra carne y en nuestros huesos, el sumergirse de nuestro ser en esa Presencia, – es decir, la santidad –. Que también es la verdadera empresa social. Por eso […] es necesario seguir con valor y con fidelidad esos síntomas que proceden del conjunto de condiciones en que nos encontramos: no necesitamos nada más»[163]. Se trata de un amor, del amor a esta Presencia y del agradecimiento por su existencia.

---

162 ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Ejercicios estivales del Grupo adulto, Falcade (BL), 31 julio-5 agosto 1983, segunda lección, 4 de agosto.

163 A. Savorana, *Vita di don Giussani*, op. cit., pp. 366-367.

SANTA MISA

Liturgia de la Santa Misa: Jr 11, 18-20; Sal 7; Jn 7, 40-53

HOMILÍA DE SU EMINENCIA EL CARDENAL PIETRO PAROLIN
SECRETARIO DE ESTADO VATICANO

Queridos hermanos y hermanas,

Estoy contento de celebrar junto a vosotros la Eucaristía durante los Ejercicios Espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación de 2014. Y os saludo a todos con afecto fraterno y con esa alegría que «llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús»[164].

Deseo que estos sean días de intimidad con el Señor, de estar de tú a tú con Jesús, que es lo "esencial", de forma más intensa y prolongada, de profundizar en la relación de comunión con Él. Deseo también que sean la ocasión para volver a poner a punto nuestra identidad cristiana, nunca como ahora tan probada por la agotadora interacción con el espíritu insidioso de la mundanidad, capaz de insinuarse y de contaminar cualquier ambiente y realidad, sin respetar nada.

Pido para vosotros la abundancia del Espíritu Santo, que es el protagonista por excelencia de la experiencia de los Ejercicios Espirituales, como lo es de toda la vida cristiana. Os confío a la intercesión de María, madre de Dios y madre nuestra, y a la de todos los Santos.

Y os traigo una especial bendición del Santo Padre Francisco, extensiva a toda la Fraternidad, con el fin de que, como ha escrito Julián Carrón, presidente de vuestra Fraternidad – al cual dirijo un saludo especial –, «el Espíritu Santo nos disponga a todos al cambio del corazón y al compromiso de dar nuestra vida por la obra de Cristo en todos los ambientes y lugares en los que vivimos».

«Prosigo mi carrera para alcanzarlo» es el título de estos Ejercicios. Me imagino que se inspira en el versículo 12 del capítulo 3 de la Carta de san Pablo a los Filipenses. Cito: «No es que ya lo haya conseguido o que ya sea perfecto: yo lo persigo, a ver si lo alcanzo como yo he sido alcanzado por Cristo».

De nuevo nos encontramos aquí ante la iniciativa divina. Es como un juego: Pablo escapaba de Jesús y Jesús le perseguía. Pero Jesús le alcanzó, le tocó, le aferró, y ahora es él quien corre tras Jesús para aferrarle. Dios nos precede siempre, nos ha creado, nos ha redimido, nos habla en su Hijo, nos renueva con Su gracia.

164 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, 1.

La oración inicial de la liturgia de hoy se expresa de modo muy similar: «Señor omnipotente y misericordioso, atrae hacia Ti nuestros corazones, ya que sin Tu ayuda no podemos complacerte». En esta oración, en esta breve invocación, se señala la dinámica inconfundible de la existencia cristiana.

Al comienzo de la vida de fe no existe una intención, un voluntarismo, un cálculo, un razonamiento correcto. La fe no es seguir verdades construidas o alcanzadas por nosotros con nuestras fuerzas. Al comienzo hay siempre un movimiento de atracción, algo que atrae nuestros corazones. «Atrae Señor hacia Ti nuestros corazones».

Y esta palabra describe también la dinámica propia de la vida de la Iglesia. Lo dijo con fuerza el papa emérito Benedicto XVI: «La Iglesia no hace proselitismo. Crece mucho más por atracción, como Cristo atrae a todos hacia sí»[165]. Y lo repite continuamente el actual sucesor de Pedro, el papa Francisco. Cito sólo algunas líneas de la homilía del 1 de octubre de 2013 en Santa Marta; allí, repitiendo precisamente la frase que acabo de citar de su predecesor, el Papa decía: «Cuando la gente, los pueblos ven este testimonio de humildad, de mansedumbre, de apacibilidad, sienten la necesidad de la que habla el profeta Zacarías: "¡Queremos ir con vosotros!". La gente siente esa necesidad ante el testimonio de la caridad. Es esta caridad pública sin prepotencia, sin suficiencia, humilde, que adora y sirve. Y este testimonio», continuaba el Papa, «hace crecer a la Iglesia. Precisamente por esto santa Teresa del Niño Jesús, tan humilde pero tan confiada en Dios, fue nombrada patrona de las misiones, porque su ejemplo hace que la gente diga: "Queremos ir con vosotros"».

Para don Giussani, del que vosotros os consideráis hijos en la fe, si el Señor puede atraer hoy los corazones de los suyos es porque está vivo y actúa ahora, aquí y ahora. Este es «El atractivo de Jesucristo»[166], del que os hablaba tantas veces con sus palabras tan sugerentes cuando narraba los episodios del Evangelio. Porque uno se puede apegar con sentimientos nobles de devoción a las ideas justas o incluso a recuerdos bonitos de las personas queridas que nos han dejado, pero en ese caso se trata de un apego, no de un atractivo. Sólo podemos sentirnos humanamente atraídos, sólo podemos vivir la experiencia de la atracción por una persona que está viva, que se mueve, que respira. No somos nosotros los que lo ponemos en el primer lugar con nuestro esfuerzo o con nuestra autosugestión. ¡Es Él quien actúa!

---

165 Benedicto XVI, *Homilía de la misa de inauguración de la V Conferencia del Episcopado latinoamericano en Aparecida*, 13 mayo 2007.

166 L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, op. cit.

Y si el Señor atrae hacia Él nuestros corazones quiere decir que está vivo. Y si atrae nuestros corazones quiere decir que nos quiere, que quiere darnos la salvación. Está tan vivo y nos quiere de tal manera que con el tiempo, a medida que crecemos y nos hacemos adultos, a medida que luego empezamos a envejecer, nos damos cuenta, podemos reconocer con sencillez que el atractivo en realidad es un abrazo, es ser aferrados y llevados en brazos. A medida que crecemos y envejecemos esto puede llegar a ser cada vez más evidente para nosotros, como llegó a ser evidente para los primeros apóstoles. La cuestión no soy yo, que corro hacia Jesús, sino Él, que corre a mi encuentro, que me mira, que me abraza como el padre en la parábola del Hijo Pródigo. Y cuando uno está a punto de caer, es Él quien le puede sostener. Y cuando uno ha caído, sólo Él le puede levantar. De este modo, Jesús llega a ser cada vez más para nosotros lo que decía san Pablo: «Por tanto, no depende de la voluntad ni de los esfuerzos del hombre, sino de Dios, que es misericordioso»[167]. El Señor puede concedernos la gracia de volver a ser como niños y de ir al Paraíso, porque la única condición que Él ha indicado para ir la Paraíso es volver a ser como niños: «Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos»[168].

Existen signos que nos dicen que somos llevados en brazos y que avanzamos por el camino justo. Uno de estos signos es la humildad. Cuando el encuentro es real, lo que hemos encontrado nos hace humildes. No nos orgullecemos de ello. Ser atraídos y aferrados por el Señor, ser llevados en brazos por Él, por su propia naturaleza, no puede degenerar nunca en una pretensión de posesión y de predominio. Nunca somos señores de la palabra, de la promesa y de la ternura de Dios, es más, nos volvemos humildes cuando experimentamos la misericordia por nuestros pecados. Como decía Giussani: «Cristo no vino para los justos, esa gente que no sufre por estar deshecha y herida, sino para la gente que sí sufre por ello»[169]. Justamente en ese momento podemos llegar a ser buenos, con el corazón en paz, lleno de gratitud, «mansos», como dice la primera lectura de hoy, con un corazón manso que puede, por gracia, permanecer sereno incluso en las circunstancias angustiosas o en el dolor, porque se ha confiado completamente al Señor. «Soy como un cordero manso llevado al matadero, porque a Ti he encomendado mi causa».

---

167 Cf. *Rm* 9, 16.

168 *Mt* 18, 3.

169 L. Giussani, «Es siempre una gracia», en *Está, porque actúa*, op. cit., p. 58.

Sólo por la misericordia del Señor, que abraza y olvida nuestros pecados, puede el camino de la vida cristiana, que empezó quizá hace mucho tiempo, estar poco a poco marcado por nuevos inicios, por nuevas reanudaciones. Como repetía don Giussani: «La continuidad con lo que sucedió al principio sólo se produce, por tanto, mediante la gracia de un impacto siempre nuevo, que produce la misma clase de asombro de la primera vez», pues, en caso contrario, continuaba Giussani, «se pasa enseguida a teorizar el acontecimiento ocurrido. En lugar de dicho asombro prevalecen los pensamientos que nuestra evolución cultural nos hace capaces de articular, las críticas que nuestra sensibilidad formula a lo que hemos vivido y a lo que vemos vivir, la alternativa que pretenderíamos imponer». Domina en última instancia el pecado, el propio error, que el hombre no sabe cómo perdonarse. En cambio, explica de nuevo Giussani, la paradoja suprema del anuncio cristiano es que «*el pecado es perdonado*. […] Esta es la sorpresa, la experiencia de la misericordia que cualquiera puede vivir en la relación con Cristo»[170].

Es en la misericordia donde Dios manifiesta Su omnipotencia. El milagro de la caridad, que la Iglesia reconoce desde siempre y exalta en las obras de misericordia espiritual y corporal, es el milagro que hace más evidente para todos la gloria de Dios: el milagro de vidas descarriadas que son redimidas, de hijos e hijas que parecían perdidos, condenados, y que son curados por el abrazo del amor gratuito.

Si no se da esto, si los corazones no son renovados y sanados en la experiencia de la misericordia del Señor, vuelve a suceder lo que les pasaba a muchos fariseos, y que se menciona en el Evangelio de hoy: nos convertimos en militantes tristes, quizá un poco rencorosos, de ideas correctas, nos convertimos en personas que pretendemos estar en regla, con todo en regla. En los peores casos, por motivos de interés y de poder, se sigue recitando un papel, se sigue llevando una cierta máscara, la máscara de nuestras presuntas seguridades. Y se pretende dictar leyes para los demás. Los fariseos rechazan a Cristo venido en la carne porque, según sus conocimientos, según lo que les parece, el Salvador no puede venir de Galilea. Ellos ya lo saben, lo saben todo con antelación. Por ello se ríen y maltratan el asombro de los demás. Si los pobres se conmueven, si el pueblo de Dios expresa su gratitud ante el milagro de la gracia que se comunica cuando quiere, como quiere, a quien quiere, ellos se ponen nerviosos y dicen: «¿Acaso os hemos autorizado a entusiasmaros, a alegraros, a estar agradecidos? ¿Tal

170 *Ibídem*, pp. 63, 66.

vez ha creído en él – se preguntan en el Evangelio que hemos leído –, algún jefe o fariseo? Esas gentes que no entienden de la ley son unos malditos». Y a Nicodemo, que da testimonio del Señor con la fuerza de su conciencia individual, le responden con desprecio: «¿También tú eres galileo? Estudia y verás que de Galilea no salen profetas». «¡Estudia!»: para ellos todo se resuelve en la adquisición de una cierta competencia, de un conocimiento, de un método correcto, de una terminología; basan su pretensión de dominar a los demás en que dominan bien, sin errores, el discurso religioso. Son los que, como ha dicho el papa Francisco, se ponen a la puerta de la Iglesia y no dejan entrar a los demás y, sobre todo, no dejan salir a Jesús[171].

En nuestros días, como en los días del Evangelio, los corazones se ponen siempre al descubierto ante las obras de Jesús. Podemos desbordar de gratitud por los milagros y los signos nuevos que el Señor realiza en su Iglesia, o podemos seguir cultivando nuestras propias presunciones. Esos son los dos caminos posibles que se abren ante nosotros cada día. El Señor nos lo ha dicho en el Evangelio: en la historia de la Iglesia en el mundo, la palabra de Dios permanece viva en el corazón de los sencillos y de los humildes, en la multitud sencilla que, como ha repetido recientemente el Papa, «iba tras Jesús porque lo que Jesús decía hacía bien y caldeaba el corazón»[172], daba calor a su corazón.

Pidamos a María y a su Hijo que atraigan nuestro corazón, que nos hagan sentir que somos llevados en brazos incluso en lo más escondido de nuestra vida cotidiana, como reza uno de los himnos que cantáis también vosotros: «Acerca este corazón a Ti, oh Jesús».

Pidamos el don de caminar en la alegría del Señor en medio de todo el pueblo de Dios esparcido por el mundo.

Que así sea.

ANTES DE LA BENDICIÓN

Julián Carrón. Gracias, Eminencia. Sé lo atento que está Usted a la vida del movimiento, no sólo aquí en Italia, sino también en su dimensión internacional. Nuestros amigos se encuentran con Usted por todo el mundo. Le expresamos nuestro reconocimiento ante todo por Su ministerio, que le lleva a servir tan de cerca a la persona del papa

171 Cf. Francisco, *Meditación matutina: «Discípulos de Cristo, no de la ideología»*, Santa Marta, 17 octubre 2013.

172 Cf. Francisco, *Meditación matutina: «La palabra encarcelada»*, Santa Marta, 21 marzo 2014.

Francisco, al que deseamos seguir con toda nuestra persona, arrastrados y conquistados cada vez más por la pasión con la que vive la presencia de Cristo en la vida de la Iglesia y de cada hombre, lanzándonos una y otra vez hacia esas «periferias existenciales» en las que el carisma concedido a don Giussani nos ha hecho nacer.

Gracias, Eminencia.

Cardenal Parolin. Si tenéis todavía un poco de paciencia, me gustaría añadir algunas cosas antes de impartir la bendición final.

Lo primero que quiero expresar es mi sorpresa por lo numerosos que sois. ¡Es impresionante esta asamblea!

Carrón. ¡Aquí al lado hay otra sala como esta!

Cardenal Parolin. ¡Entonces la sorpresa es doble!

Lo segundo que quiero deciros es: «Gracias», gracias de verdad por esta invitación. Me ha costado un poco aceptarla porque debo limitar mis salidas, pero no me arrepiento de haber venido.

Lo tercero es deciros que – lo he mencionado un momento en la homilía, lo ha citado ahora don Julián – el Papa me ha encargado que os traiga su saludo, su saludo afectuoso y su ánimo, y me ha pedido que os diga que sabe que puede contar con vosotros de verdad para esa conversión pastoral en sentido misionero a la que ha llamado a toda la Iglesia en la *Evangelii Gaudium*, el documento que ha sido definido como "programático" de este pontificado. Un carácter misionero que encuentra su sentido en el atractivo. Creo que también usted, antes, en la última parte de su lección – la he escuchado en la sala que está detrás del escenario – decía justamente esto: debemos atraer hacia Cristo, del mismo modo en que hemos sido atraídos hacia Él por Su gracia y por Su misericordia.

Finalmente, quisiera invitaros a rezar. Dice san Pablo: «Cuantos más seamos, más subirá hacia el Señor nuestro agradecimiento, nuestra oración». ¡Imaginad qué potencia tendrá la oración que suba esta tarde de esta sala! Os pido que recéis por todas las intenciones con las que hemos celebrado esta Eucaristía, pero especialmente por dos de ellas. En primer lugar por Venezuela. Usted recordaba mi experiencia como nuncio en Venezuela. Allí conocí Comunión y Liberación, trabajamos juntos, hicimos algunas iniciativas juntos. Me gustaría, incluso a través de los medios de comunicación y de la conexión por vídeo, enviar un

gran saludo a nuestros amigos venezolanos y decirles que estamos cerca de ellos en este momento difícil para su patria, pidamos para que pevalezca el sentido del bien común, para que prevalezcan la paz y la reconciliación. Además, os pido que recéis por dos sacerdotes de mi diócesis que acaban de ser secuestrados en Camerún, en la frontera con Nigeria. Esperemos que todo se resuelva bien, pero estamos muy preocupados. He hablado esta tarde con mi obispo, el obispo de Vicenza: me decía que hay mucha preocupación e intranquilidad por este asunto. Pero ha sido muy bonito, porque uno de ellos, cuando sucedió algo similar hace algunos meses con el sacerdote francés Vandenbeusch, ante las invitaciones a la prudencia e incluso a dejar esas tierras que podían suponer un peligro, escribió: «Si hemos venido aquí para compartir la vida de estos hermanos y hermanas, no podemos abandonarles en el momento del peligro». Esta es la belleza de nuestra fe, esta es la belleza del que cree en Jesús, que está dispuesto a dar su vida totalmente, sin arrepentirse. Entonces, recemos por ellos, para que esta situación pueda resolverse del mejor modo posible.

Finalmente, rezad por el Papa y, si todavía os queda algo de tiempo, rezad también por mí, que lo necesito.

Carrón. Le prometemos que rezaremos. ¿Podemos hacerle también nosotros una petición? Queremos que le lleve un saludo afectuoso al papa Francisco de parte de todos nosotros.

Cardenal Parolin. Lo haré con mucho gusto. Bien, ahora recojamos todo en la bendición que recibimos en el nombre del Señor. Si me lo permitís, terminaremos la bendición cantándola. Sabéis responder, ¿no?

Domingo 6 abril, por la mañana

A la entrada y a la salida:
Wolfgang Amadeus Mozart, Gran Misa en do menor, K 427
Herbert von Karajan – Berliner Philharmoniker
"Spirto Gentil" n. 24, Deutsche Grammophon

Don Pino. Tengamos presente la mirada entre Pedro y Cristo y las palabras del papa Francisco citadas en el Cartel de Pascua: «"Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte". Cuando a este primer anuncio se le llama "primero", eso no significa que está al comienzo y después se olvida o se reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio *principal*, ese que siempre hay que volver a escuchar. Es el anuncio que responde al anhelo de infinito que hay en todo corazón humano».

Ángelus

Laudes

ASAMBLEA

Davide Prosperi. Como cada año, concluimos este gesto con una asamblea. He de decir que, año tras año, me doy cuenta de que este momento es realmente una parte importante, fundamental del gesto, porque se entiende que el contenido de la propuesta que se nos hace y que nos alcanza a cada uno crece y aumenta su posibilidad de incidencia en nuestra vida cuanto más participamos en él, cuanto más presentes estamos, cuanto más nos dejamos tocar, interrogar por lo que se nos dice, por lo que sucede, por el gesto. Y las preguntas son justamente el reflejo, el espejo que refleja si nos hemos dejado tocar o no, reflejan lo que ha sucedido en nosotros. Por eso todos podemos contribuir con nuestras preguntas.

De las numerosas preguntas que nos han llegado y que hemos leído, hemos seleccionado algunas, como ya es habitual. Me permito hacer un breve comentario introductorio. En síntesis, puedo decir que se nos ha hecho una propuesta que requiere un trabajo. Y esto es un bien, porque estamos aquí para hacer un camino, no para quedarnos estancados en lo que ya hemos comprendido. Es justo que requiera un trabajo. Y el

trabajo más útil que puede hacer cada uno de nosotros es identificarse con quien nos hace esta propuesta ahora, pues en caso contrario no comprenderemos.

En las preguntas se pone de manifiesto, en particular, que nos ha impresionado la relectura de nuestra historia, que hemos percibido como un acto de amor por nuestra vida, de pasión por nuestro camino. De aquí surge la primera pregunta, que se ha planteado de muchas formas y que sintetizo así: «¿Por qué en este preciso momento sientes la urgencia de dar un paso más de conciencia?».

Julián Carrón: La urgencia de este paso de conciencia la advierto sobre todo en mí mismo: las preguntas que habéis hecho son las mismas que tengo yo. En la situación en la que vivimos, como recordamos el año pasado, yo era el primero que estaba tocado por el planteamiento de don Giussani, según el cual el problema no es «quién tiene razón», sino «cómo se puede vivir», es decir, cómo estar ante los desafíos de la vida. Yo soy el primero que se hace esta pregunta. A partir de aquí nació otra pregunta, a la que hemos tratado de responder este año: ¿cuál es nuestra tarea en el mundo? Es decir, ¿qué tipo de presencia es la presencia cristiana?

No sé vosotros pero yo todavía tengo abiertas estas preguntas, y cuanto más me aprietan los desafíos, tanto más vivas y urgentes se vuelven. Entonces, como yo tenía esa pregunta («¿Cuál es nuestra tarea en el mundo?»), la persona que estaba trabajando en la preparación del nuevo libro de los Equipe, impresionado por lo que leía, me ha hecho llegar el texto de 1993 que os leí ayer, en el que Giussani afronta la cuestión que algunos entre nosotros plantean también hoy: ¿acaso no era mejor CL antes? Ahora se reduce a formas de piedad, está encerrada en las sacristías, es presa del espiritualismo. ¡Lo decían en 1993! ¡Yo no tenía nada que ver con ello! Os digo esto para no perder el tiempo, ¡porque esas afirmaciones las hacían estando presente don Giussani! Por eso, amigos, la verdadera decisión que debemos tomar es si queremos seguir a don Giussani, si cada uno de nosotros quiere seguirle.

¿Qué es lo que me impresiona de ese texto? Me impresiona la forma que tiene de responder a esta pregunta releyendo la historia. Lo escuchasteis ayer. Todo lo que dije ayer era suyo. Yo no tengo otra cosa que proponeros mas que lo que nos propuso don Giussani, ni nada más interesante que deciros que lo que me sirve a mí para vivir y para responder a las preguntas que me apremian en el presente.

Ante aquella provocación, don Giussani se pregunta: ¿cuál es nuestra tarea en el mundo? Y afirma: nosotros no estamos en el mundo para

responder a las urgencias de los hombres, estamos en el mundo para decir... Y empieza a hablar de Juan y de Andrés, como visteis ayer[173].

Yo he sido el primero en quedarme "descolocado" por esta lectura, y os he dicho hasta qué punto ha sido así. Por eso he pensado que debía comunicároslo a todos. ¿Qué otra forma tengo de responder a las preguntas abiertas si no es deciros lo que yo mismo descubro en don Giussani, como ayuda para comprender por qué nos dice ciertas cosas? Este será el trabajo que tendremos que hacer durante todo el año. ¿Por qué nos dice Giussani lo que escuchamos ayer? Espero que ya en estos días hayamos empezado a comprender.

El texto subrayaba que quien vive el mismo reconocimiento que se dio en Juan y Andrés manifiesta ante el mundo una presencia que muestra cómo, siguiendo a Cristo, se vive mejor, se responde mejor a la urgencia de la vida al testimoniar cómo se puede vivir. Cuando uno sigue a Cristo, cuando uno se toma en serio a Cristo, vive mejor, empieza a experimentar el ciento por uno aquí.

Un segundo paso que ha resultado decisivo para mí a la hora de preparar estos Ejercicios ha sido releer el texto *La larga marcha de la madurez*, de 1972, en el que don Giussani juzga lo que sucedió en el 68. Desafío a cualquiera a encontrar un juicio más pertinente – y más capaz de iluminar el presente – que el que daba entonces don Giussani. No he vuelto sobre él porque quiera hacer una revisión histórica. Para nosotros resulta decisivo lo que dijo en aquel preciso momento sobre por qué se había producido el desconcierto de entonces, que es normal que suceda, porque la realidad nos provoca y nos sorprende muchas veces sin estar preparados. No es que el Misterio nos prepare primero para la enfermedad y luego nos la dé. No. La permite y nos da todo el tiempo necesario para comprenderla, para entender qué sentido tiene: Cristo nos ha dado todo, nos ha dado Su presencia, y con Su presencia nos acompañará para que podamos comprender el sentido de la enfermedad, de perder el trabajo o de cualquier derrota. Al desconcierto de entonces, decía don Giussani, habíamos tratado de responder con nuestro quehacer, sin comprender lo que estaba en juego. Debemos comprender entonces por qué Giussani decía lo que dijo, cuando pensábamos en cambio que todo lo que hacíamos era expresión de lo que habíamos encontrado. ¡Nos corregía radicalmente!

En el 76 se corrigió claramente la ruta. Por eso, cuando en el 93 algunos intelectuales sostienen que hay que volver a hacer el movimiento como era antes de 1976, con toda la actividad que llevaba a cabo para responder a las

173 Ver aquí, pp. 34-35.

urgencias, Giussani, como hemos visto, replica recordando lo que inquietaba su ánimo en 1976: «CL no es esto, el cristianismo no es una organización para solucionar las necesidades de los hombres, nosotros no estamos en el mundo para esto». En 1972 había dicho que el intento de hacer frente al desconcierto provocado por el 68 lanzándose «de cabeza detrás del mundo» era el signo de una respuesta moralista, carente por completo de una cultura propia y sin nexo alguno con la autoridad[174]. ¿Por qué había sucedido todo esto? Porque no éramos conscientes del alcance, del espesor histórico del hecho cristiano y, con nuestra habitual impaciencia, queríamos llegar enseguida, con nuestras fuerzas, a cambiar las cosas (según la mentalidad típica de cualquier intento revolucionario). En cambio, como dice don Giussani, el acontecimiento cristiano cambia la vida, pero se necesita «toda la trayectoria de la historia»[175] para que pueda desarrollarse.

Por ello, si no comprendemos también ahora que lo más decisivo para afrontar los nuevos desafíos es captar el espesor del hecho cristiano, volveremos a hacer cosas que, en el fondo, no responden – y esto es trágico, porque la historia ha demostrado ya que no responden, como diré más adelante –. ¡Amigos, es necesario volver al origen! Cada uno de nosotros se ha hecho una imagen del movimiento. Es inevitable. Todos vosotros, o muchos de vosotros, habéis vivido muchos años en el movimiento, tal vez muchos más que yo. Es inevitable que cada uno tenga recuerdos y se haya hecho una imagen determinada, y no por maldad; sencillamente, cada uno recuerda la situación a partir de ciertos hechos, de ciertos eventos. Y no es que don Giussani, cuando sucedían las cosas a las que hemos aludido, no dijese nada, o que cuando participábamos en ciertos gestos no estuviésemos presentes ahí llenos de deseo por comprender. Muchas veces me dicen: «¡Pero, ¿dónde estaba yo?!». Algunos de los más viejos repiten: «Pero, ¿dónde estaba yo cuando don Giussani decía estas cosas? ¡No me enteraba de nada!». Y yo les digo: no hay que lamentarse de ello, porque entendíamos lo que podíamos entender; el problema no es que estuviéramos distraídos – puede darse también, pero no es esta la cuestión –; aunque hubiésemos estado completamente atentos, en tensión por comprender, habríamos entendido lo que podíamos entender, porque el punto de nuestra evolución personal, de nuestro camino personal, de nuestra historia, nos permitía comprender lo que conseguíamos comprender. Por eso resulta tan decisivo el libro de Savorana. Como decía ayer citando a don Giussani,

174 Ver aquí, p. 30.
175 Ver aquí, p. 33.

hace falta «una gran purificación»[176] para no reducir a don Giussani a nuestra imagen, porque él es mucho más que lo que cada uno piensa de él. Es necesario estar dispuestos a la conversión, a «someter la razón a la experiencia»[177], porque hay muchas cosas que no hemos comprendido todavía. Hay quien tiene miedo de esto, porque lo percibe como un juicio mío sobre nuestra historia, como si mi intención fuera subrayar los errores. No, no y no. Yo no he dicho nada de mi cosecha. ¡Yo quiero aprender! Pero no tengo miedo de reconocer cuándo ha habido algo que don Giussani nos ha invitado a corregir, porque mi consistencia no está en lo que hago, aunque sea justo: ¡mi consistencia se halla en un amor! Y por eso no tengo problema alguno en pedir perdón incluso en los periódicos si nos hemos equivocado en algo, como no tengo tampoco problema en pediros perdón a vosotros. Si no estamos dispuestos a hacer esto, el carisma está ya muerto y sepultado, porque significa que nos hemos quedado parados, bloqueados, encerrados cada uno en su propia idea. El nuestro es siempre un intento irónico, y por ello mejorable. No debemos tener miedo, cada vez que tomamos una iniciativa, de intentar comprender mejor, seguir mejor, identificar mejor el camino que debemos hacer. Os ruego que pidáis esto para todo el movimiento y para cada uno de nosotros. Porque si no estamos dispuestos a la conversión, como concluíamos ayer por la tarde, será imposible la misión. La misión está ligada exclusivamente a nuestra conversión: «La condición para la misión es el cambio de mi persona». Pero pensamos que decir esto no es hacer una propuesta; sin embargo, también esta es una frase de don Giussani. Lo que yo os digo no es sino lo que descubro en don Giussani, que me hace vivir a mí en primer lugar.

Prosperi. «Ante los desafíos de los que has hablado, ¿qué es lo primero, cuál es el primer movimiento?»

Carrón. Os digo algunas de las preguntas que me plantean o que la gente me escribe en las cartas: ¿cómo hacer para no perder todo lo bonito que sucede en la vida? ¿Cómo evitar la sensación de perderlo todo? ¿Cómo estar ante el dolor, cuando todos me dicen que es mejor dejarlo pasar? ¿Cómo afrontar la vida cotidiana que nos paraliza? Uno de nosotros escucha a un amigo al que va a visitar: «Nunca traeré hijos al mundo. ¿Con qué valor puedo condenar a otro pobrecillo a la infelicidad? Tengo miedo de mi libertad, en el mejor de los casos no sirve para nada, y en el peor de los casos, puedo causar dolor a

176 Ver aquí, p. 36.

177 Cf. Jean Guitton, *Nuevo arte de pensar*, Encuentro, Madrid 2000, p. 85.

alguien. Lo que espero de la vida es hacer el menor daño posible». Ayer cité la frase que contaba una amiga nuestra que le había dicho un compañero de trabajo: «La vida de un recién nacido con discapacidades graves, ¿es vida realmente?». ¡Cuántos miedos, cuántas incertidumbres!

Cada uno de nosotros puede hacer como si nada o puede permanecer en pie ante estas preguntas. La cuestión es si estamos de verdad con toda nuestra persona ante las preguntas que se nos plantean. Lo primero que hay que hacer es comprender la naturaleza de la provocación que ellas conllevan, juzgando luego si nuestro intento por responder es adecuado o no. En resumen, el primer desafío es para nosotros. ¿Cuál es la naturaleza última de la provocación contenida en estas preguntas? ¿Qué hay en el trasfondo de muchas cuestiones? El nihilismo, amigos, es decir, el miedo a que, en el fondo, detrás de la apariencia no haya nada. Este es el rasgo distintivo más característico de nuestra cultura, que a veces los que presentan la biografía de don Giussani perciben mejor que nosotros. Atención, si no captamos la naturaleza de la provocación, no es que dejemos de movernos: nos movemos, y de qué modo, pero lo hacemos de forma inadecuada. Respondemos, pero de un modo que no está a la altura del problema. Tratamos el tumor con paracetamol. Estamos ajetreados y nada más. ¡Puede que esto os consuele, pensando que por lo menos habéis hecho algo…!

Por tanto, la primera cuestión es el juicio, el juicio sobre lo que está sucediendo, sobre el verdadero desafío. Muchas veces no caemos en la cuenta de la naturaleza del desafío, participamos de las mismas reducciones de todos, estamos metidos en ellas hasta el cuello. Y tenemos la tentación no sólo de pensar que detrás de las apariencias no hay nada, sino de que, en el fondo, también Cristo se reduce a cero. La tentación más aguda de todas es pensar que Cristo es abstracto; ni siquiera Cristo se salva del nihilismo que nos invade, y de esta forma queda reducido a abstracción.

Entonces, la cuestión crucial, agudizada por los desafíos actuales, es juzgar si Cristo es verdad o no, si es real o no. Porque si Cristo, que es el rostro del Ser que nos ha fascinado, es abstracto, entonces vence la nada, y nosotros somos como una mina flotante. Por ello, cuando don Giussani dice que el problema de la vida es un amor, no está fuera del mundo. Al contrario, reconoce que sólo si existe algo que tenga la suficiente densidad de realidad, el suficiente atractivo, la suficiente potencia como para aferrarnos, entonces podremos esperar no ser arrollados por la nada, como todos.

Lo que está en juego en este amor es la fe, es el reconocimiento de una Presencia que nos hace distintos; distintos no porque seamos más capaces, sino porque hemos sido elegidos, porque estamos más ligados y pegados a esa Presencia que nos impide sucumbir a la nada. ¿Qué efecto tiene esta

Presencia sobre nosotros? ¿Cómo sé que Cristo está realmente presente? Porque despierta mi persona, porque salva todas las dimensiones de lo humano. Como me despierta, me libera de cualquier reducción, y entonces puedo comprender la provocación que contiene la realidad.

¿Por qué don Giussani no era arrastrado, como nosotros, por las reducciones? ¿Por alguna extraña genialidad, o justamente por su vínculo con Cristo, por su pasión por Cristo? Incluso cuando los demás nos desplazábamos a otro sitio, él no se desplazaba con respecto a Cristo. Esto le daba una inteligencia de las cosas, una capacidad de juicio, una capacidad de intervención sobre la realidad que nosotros no podemos ni imaginar. O el movimiento es capaz de generar personas como él o nos convertiremos en parte del problema, no de la solución, como digo siempre.

Por eso, amigos, la cuestión es si estamos dispuestos a hacer ese recorrido que puede despertar de verdad nuestra persona, para poder estar en la realidad con una inteligencia nueva y con una capacidad de respuesta adecuada a la provocación de las cosas. De no ser así, nuestra contribución será igual a cero.

Prosperi. «"El sentido de impotencia acompaña a toda experiencia seria de humanidad. Es este sentido de impotencia el que engendra la *soledad*" (don Giussani). El sentido de impotencia que caracteriza toda experiencia humana seria genera soledad. Tú hablas de esto como algo positivo, que nos abre. A mí, en cambio, me produce rabia, cinismo o distracción con respecto a la realidad».

Carrón. Lo primero que debemos mirar con sencillez y con realismo, amigos, es nuestra experiencia humana. Ayer veíamos que el primer efecto que tiene sobre nosotros la mentalidad común es una extrañeza con respecto a nosotros mismos, una separación de nosotros mismos. No nos comprendemos hasta el fondo, porque la relación con nosotros mismos es abstracta. Ahora bien, Giussani dice que el compromiso serio con la vida, el compromiso no con un aspecto de la vida, con una "fijación" que termina convirtiéndose en histeria, no, el compromiso con la totalidad de la vida hace nacer en nosotros la conciencia de nuestra impotencia. El primer signo del compromiso con la propia humanidad es la conciencia de lo que soy verdaderamente, es el sentido de impotencia. Cuanto más se compromete uno con su propia humanidad, más advierte el sentido de impotencia, más ve la desproporción estructural entre lo que hace y lo que desea. Nos cuesta mucho darnos cuenta de esto. ¿En qué se ve que nos cuesta comprender, que no es algo familiar para nosotros? En que tratamos

de resolver la impotencia con nuestro esfuerzo, con una actividad mayor. Pero si este es el problema, si lo que sale a la luz cuanto más te comprometes es tu impotencia, ¿cómo puedes pensar que vas a responder a ella con el compromiso, aumentando el quehacer? No harás más que amplificarla. Yo entiendo que esta situación – que cuanto más nos comprometemos más impotentes nos sentimos, cuanto más nos lanzamos a la acción más sentimos la impotencia – genere rabia, cinismo o distracción (al no querer mirar cara a cara la impotencia, nos giramos hacia otro lado).

La pregunta formulada dice que yo, en cambio, hablo de la impotencia como algo positivo. ¿Qué tiene que suceder para que miremos esta impotencia de forma distinta, sin cinismo, rabia o distracción? Se necesita una presencia, igual que la que necesita el niño en el parque de atracciones. Se necesita una presencia que nos permita abrazarla, porque la impotencia sólo es salvada por una presencia. Sin una presencia que me haga capaz de mirar la realidad por aquello para lo que la ha hecho el Misterio, no soy capaz de mirar bien esta impotencia. Ahora bien, el Misterio no nos ha hecho con esta impotencia por distracción, por capricho o para mortificar lo humano. No. Dios nos ha hecho con esta impotencia y con esta desproporción estructural porque nos ha amado tanto que ha puesto en nuestros huesos, en cada fibra de nuestro ser una desproporción tan ilimitada, una apertura tan grande, infinita, que pueda ser colmada sólo por Su presencia, de modo que podamos gozar de la vida como nunca habríamos soñado. Si falta la mirada de esta Presencia, nos enfadamos con la impotencia; no comprendemos que, en cambio, ella se nos da para poder reconocerle a Él. Este vacío, esta tristeza, esta desproporción, esta falta son signos de la urgencia, de la nostalgia que tenemos de Él, de Su presencia, a la que Él quiere responder. Sólo si encontramos la respuesta puede cada cosa convertirse en un recurso para el camino. Y entonces uno está agradecido por la nostalgia, está agradecido por tener necesidad de Él, está agradecido por poder volver a Él: «Estoy agradecido de sentir toda mi impotencia, porque de este modo me doy cuenta de la caridad que tienes conmigo, Señor. Y estoy contento porque Tú vives, oh Cristo».

Estas cosas no las podemos decir con toda nuestra persona, con toda nuestra conciencia si no sentimos la urgencia de la vida. Las experiencias humanas más significativas se nos cierran si no percibimos esta urgencia. Me asombra ver que muchas veces nuestra dificultad se da en este nivel después de haber conocido a don Giussani. Porque si hay alguien que se ha tomado en serio su humanidad, su vibración humana, que nos ha hecho conscientes del drama humana, ha sido precisamente él.

¡Qué agradecimiento poder empezar de nuevo cada mañana necesitando a Cristo y sintiendo la nostalgia de Su presencia! ¡Imaginad lo que habría

sucedido si alguien le hubiese dicho a María Magdalena que su sentimiento de soledad era inútil! ¡Cómo se puede decir a una mujer, que ha estado toda la noche despierta «buscando al amor de su alma», que la nostalgia del amado es un obstáculo para su camino! En el caso de dos personas que se aman de verdad nunca diremos que el echar de menos y la nostalgia que uno experimenta en relación al otro es un obstáculo para el camino, es fuente de rabia. La nostalgia, la necesidad que sentimos es el signo más grande de lo que hemos encontrado: «¡Menos mal que existes, Cristo!». Pero no podremos decir «Cristo» dejando vibrar todo nuestro ser si censuramos nuestra naturaleza. ¡Es cierto, a veces podemos estar distraídos!

Prosperi. Entonces, Julián, esta soledad, ¿es el deseo de esta Presencia totalizante que abraza nuestra nada?

Carrón. La tristeza, dice don Giussani citando a santo Tomás, es «el deseo de un bien ausente»[178]. Esta es la estructura con la que nos ha hecho el Misterio. El designio de Dios es hacer partícipe al hombre de Su felicidad. Por eso el primer pensamiento de Dios es Cristo encarnado, para hacer partícipe a la humanidad de toda la riqueza que vive en el misterio de la Trinidad. El comienzo no es una ausencia, una carencia. El comienzo es el deseo de Dios de compartir con nosotros, que no existíamos, la plenitud de riqueza que Él vive. Dios habría podido crear otras estrellas, otros pájaros u otros peces, pero no habría podido compartir con ellos todo lo que comparte con nosotros, haciéndonos partícipes de una experiencia y de una intensidad de vida que no habríamos podido imaginar. Pero, como dice un principio de la teología, lo primero en la intención es lo último en la realización: cuando vamos a construir una casa, lo primero que nos viene a la cabeza es la intención – la casa –, pero la casa es lo último que se construye. Para llegar a la casa es necesario encontrar un terreno, llamar al arquitecto, hacer el proyecto, y sólo al final se construye la casa. En el designio de Dios ocurre lo mismo: la intención es la voluntad de Dios de compartir Su felicidad. Pero para realizar ese deseo hacía falta crear el mundo, y dentro de este mundo crear un ser con un deseo ilimitado que fuese capaz de reconocerle cuando decidiera encarnarse. Cuando llegó Cristo se aclaró todo. Cristo es la clave de bóveda para comprender el designio de Dios. Si miramos la impotencia sin este "lugar", sin esta Presencia, que la hace inteligible, comprensible, si la miramos solos, entonces pensamos en ella con rabia, porque no sabemos quién podrá

178 Cf. Santo Tomás, *In Dionysii de divinis nominibus*, 4, 9; *Summa Theologiae*, I, q. 20, art. 1.

salir a su encuentro. Cuando uno se enamora, dice: «¡Por fin! Ahora sé por qué merecía la pena nacer: ¡para conocerte!». Pero antes, durante la adolescencia, no comprendía por qué tenía unos deseos tan enormes. En un momento dado se desvela el porqué. O nos damos cuenta de que el Misterio responde a nuestra espera, al deseo infinito que hay en nosotros, y que la vida la resuelve este amor, este encuentro con Cristo que llena la existencia de Su presencia, o seguiremos enfadándonos con el deseo, que está hecho para poder reconocerle, para poder ser llenado por Él.

Prosperi. «La experiencia de esos ojos y de esa mirada sobre mi vida, como en estos días, hace que el cielo entre en mis ojos. ¿Qué es lo que hace estable un camino de la mirada que permita alcanzar una verdadera convicción?».

Carrón. Lo que hace estable el camino de la mirada es seguir, amigos. Por eso no dejo de proponéroslo, porque está al alcance de cualquiera. Yo no soy la respuesta, nadie entre nosotros es la respuesta. La respuesta a la soledad y a la impotencia de la que hemos hablado es toparse con una Presencia. Si yo acepto dejar entrar estos ojos nuevos, empiezo a presentir en mí toda su novedad. ¿Cómo crece esto? ¿Cómo llega a ser estable? Poniéndolo en juego una y otra vez en la realidad. Si delante de cada desafío, provocación, dolor, imprevisto, desconcierto, yo no parto de lo que me ha sucedido, de la Presencia con la que me he topado, no podré verificar si es suficientemente consistente para responder a todo, y por tanto nunca será estable en mí esa mirada. Como les sucedió a los apóstoles. Habían visto milagros clamorosos, pero ante el siguiente desafío estaban como al principio, como muchas veces nos sucede a nosotros. Alguien nos podría preguntar: «Pero, ¿no has visto lo que ha sucedido?», y nosotros podríamos responder que sí. Pero esto no quiere decir que ya lo poseamos de forma estable y que para afrontar los nuevos desafíos partamos de ahí, de algo que ya nos constituye hasta la médula. Todo el esfuerzo de don Giussani tiene como objetivo que lo que nos constituye, que lo que nos ha sucedido, que lo que es nuestro y a lo que nosotros pertenecemos por el hecho del Bautismo, que lo que es ya nuestra nueva naturaleza de una vez para siempre, llegue a ser verdaderamente nuestro como conciencia y como experiencia. Porque en caso contrario, aunque exista el Bautismo, no contará nada ante los desafíos de la vida; y aunque la Escuela de comunidad exista, no contará nada ante los desafíos de las circunstancias.

Entonces, la verdadera cuestión es la personalización de la fe. Decidme si hay algo más crucial que esto: que el reconocimiento de Su presencia llegue a ser estable en mí, que me constituya, que genere en mí una

autoconciencia que me permita afrontar todos los nuevos desafíos, haciendo crecer mi persona. En cambio, si Cristo no determina mi persona, si no es posible la criatura nueva, si la inteligencia de la fe no se vuelve cada vez más una inteligencia mayor de la realidad, una capacidad más intensa de adhesión, Cristo es igual a cero. Pero esto es protestantismo: seguimos siendo lo mismo. ¡En cambio no es así! Si uno sigue, si decide participar en la vida cristiana según un designio y un tiempo que no conocemos, que no decidimos nosotros, pero que requiere todo nuestro compromiso, toda nuestra libertad y nuestra inteligencia (porque no somos un mecanismo), la mirada de Cristo se volverá cada vez más estable en su autoconciencia, hasta el punto de asombrarse por ello: «¡¿Cómo es posible?!», me decía un novicio de los *Memores Domini*, «descubro en mí dinamismos que no son míos, es decir, descubro formas de reaccionar que antes no tenía».

Lo dice también la carta que leí ayer. Es una descripción del recorrido que todos estamos invitados a hacer. Ante el compañero de trabajo que le desafía diciendo: «Es justa la eutanasia en recién nacidos con minusvalías graves», ella, que hasta ese momento había dicho solamente cosas banales, sin implicarse en un juicio verdadero, interviene en la discusión y cuenta que tiene una hija minusválida, que se encuentra en las condiciones descritas por él, y que es feliz. Luego, como ya sabéis, después de una semana este compañero va a verla porque no consigue quitarse de la cabeza lo que le ha escuchado decir. Pero ahora me interesa la conclusión de la carta: «Las otras veces que había participado en conversaciones similares me había marchado siempre enfadada, sin haber tenido el valor de decir nada, y pensando sólo con rabia en cómo era posible que cierta gente pensase de aquel modo». La alternativa parece ser: o callo o me enfado, como si no hubiese otra vía. En cambio, «esta vez ha sido posible para mí estar ante la circunstancia con toda la verdad de mi persona, por el camino que estoy haciendo siguiéndote a través del trabajo de la Escuela de comunidad». Este es el sujeto nuevo que emerge en un momento dado, y ella ha sido la primera en sorprenderse al descubrir su forma nueva de responder. Entonces, el camino de la mirada se hace estable de este modo: siguiendo. En un momento dado, uno se descubre reaccionando a las circunstancias de forma totalmente nueva, no reactiva (en una dirección u otra) sino original.

Prosperi. «Aunque estoy en esta historia desde hace tiempo, aunque he tenido un encuentro, me doy cuenta de que en el impacto con las circunstancias Cristo no es lo esencial. ¿Qué puede ayudarme a reconocer que Cristo es lo esencial? ¿En qué sentido ayuda el seguimiento a reconocerlo?

Otra pregunta: «¿Juzgar significa reconocer a Cristo?»

Carrón. «Me doy cuenta de que en el impacto con las circunstancias Cristo no es lo esencial». Pero, ¿te gustaría que fuera lo esencial? Porque esta es la cuestión: cuánto deseamos que Cristo llegue a ser lo esencial. Es un problema de deseo. Porque si uno comienza a entrever la promesa que encierra el hecho de que Cristo se convierta en lo esencial, en lo más querido, entonces todo lo demás ya no es una objeción, y uno se pone manos a la obra. Empieza a estar atento a todas las indicaciones que nos damos, a todas las sugerencias que se ofrecen, porque es imposible estar aquí y no recibir motivaciones por todos lados. Basta con que uno esté ahí con el deseo de que Cristo llegue a ser lo más querido. Y esto no puede ser impuesto por nadie, no hay regla que pueda despertarlo. Sencillamente, cuando uno ve lo que sucede en otro, cuando ve a otro vivir así, no puede evitar que le entren unas ganas locas de ser como él: «¡También yo quiero vivir así! ¡También yo deseo vivir así!». El seguimiento nace de este deseo de vivir como vemos vivir a otro. Entonces es fácil reconocer cuándo es Cristo lo esencial: cuando Cristo se convierte en el centro de mi afecto. Sí, el centro de mi afecto, porque, como hemos dicho desde el principio, el criterio nos lo ofrece el Evangelio: «Donde está tu tesoro, ahí está tu corazón. Donde está tu corazón, ahí está tu tesoro». ¿Qué prevalece en nosotros como afecto? ¿Qué es lo más querido para nosotros? ¿Qué nos sorprendemos deseando más? Es fácil reconocer dónde está el corazón. Entonces, como decía, la cuestión es cuánto deseamos que Cristo llegue a ser lo esencial: ¡basta con desearlo!

Vayamos a la otra pregunta. Juzgar quiere decir comparar todo lo que sucede en la vida con esas exigencias y evidencias elementales que llamamos «corazón». Pero este juicio, esta comparación, ¿cuándo certifica una correspondencia que nos lleva a reconocer que lo que nos ha sucedido es justamente lo que estamos buscando? Cuando uno se encuentra con Cristo, porque nadie como Él corresponde a nuestro corazón. Y sé que me he encontrado con Cristo, sé que Cristo domina en mí porque soy libre, porque estoy contento; no porque no me equivoque más, no porque ya no vaya cojeando, sino porque su Presencia domina mi vida, y por ello puedo mirar incluso mis errores sin estar definido por ellos, por ninguno de ellos, porque mi consistencia radica en Otro, en una relación: mi consistencia es un amor.

Prosperi. Otras dos preguntas relacionadas entre ellas.

«Has dicho: o nuestra compañía llega a ser experiencia o se vuelve peligrosa. ¿Qué significa y por qué?»

«¿Cómo puede la vida en nuestros grupos de Fraternidad ayudarnos a vencer la banalidad y la inmadurez?»

Carrón. Lo que cuenta Giussani en el episodio que escuchamos ayer, cuando habla de la época en que era un cura joven y confesaba, ilustra muy bien lo que le preocupaba desde el principio, cuando no había empezado todavía el movimiento, con veintitrés años. En vez de buscar a alguien que tuviera más "experiencia" porque había visto de todo, la gente iba a él, que era un cura joven. ¿Cuál era la diferencia? Que él juzgaba. Por ello, desde el principio don Giussani trató de ofrecernos un método para juzgar, porque sin juicio no hay experiencia, como decíamos ayer. Pero nos cuesta mucho comprenderlo. Por eso él decía que nuestra compañía, si no se convierte en experiencia, si no llega a ser el lugar en el que constantemente somos invitados a hacer experiencia, es decir, a juzgar, se convierte en algo realmente «peligroso». Y nos ofrece la razón de ello: «porque el que está, lo hace como quien está en un rebaño»[179]. Si nosotros estamos aquí sin juzgar, nos movemos como borregos. Y esto es peligroso porque hoy el viento sopla de este lado y mañana del otro y nosotros acabamos como una mina flotante. Sea cual sea el viento que sopla (yo mismo o el que acaba de llegar), perdemos nuestra dignidad si no tenemos capacidad de juicio, si no asumimos la responsabilidad de juzgar. Giussani no entró en la escuela para que sus alumnos considerasen a priori como verdadero lo que él decía, sino para ofrecerles un método con el pudiesen juzgar todo lo que él decía. Por eso, una compañía como la nuestra, si no nos ofrece un método con el que juzgar, si no estimula nuestra capacidad de juicio, es peligrosa; si no educa en esto, perdemos por el camino lo más decisivo del carisma. Y entonces dará lo mismo el viento que sople hoy o mañana, porque estaremos, sea como sea, alienados. La compañía se convierte en un peligro y se vuelve inútil. El verdadero desafío que tiene el movimiento ante sí (y que tiene cada uno de nosotros en el grupo de Fraternidad, en la Escuela de comunidad, en la vida en común) es si es capaz de generar personas que estén en condiciones de juzgar. De no ser así, estaremos siempre a merced del último comentario, del último chiste, de la reacción de uno o de otro: ¡mirad cuántos somos! En cambio, el juicio es el comienzo de la liberación, lo dice el primer capítulo de *El sentido religioso*. Si queremos ser libres entre nosotros y en el mundo, en las circunstancias en las que estamos, debemos juzgar, o estaremos siempre a merced del último gurú, sea quien sea. Pensad lo que queráis, pero yo no quiero seguir a un gurú, ¡a ningún gurú! Yo quiero seguir aquello que emerge constantemente en la experiencia, porque es lo que me permitirá – si soy leal, si estoy dispuesto a «someter la razón a la experiencia», como decía siempre Giussani citando a Guitton –, no equivocarme nunca. Por eso,

179 Ver aquí, p. 64.

el gran desafío educativo para vosotros, para mí, para vuestros hijos, es si el movimiento se convierte en un lugar en donde uno aprende a juzgar, pues en caso contrario es inútil todo lo que hacemos.

Prosperi. Concluimos con una serie de preguntas que nos permiten volver sobre la cuestión que planteabas ayer con respecto a nuestra iniciativa en la realidad.

«Cuando conocí el movimiento en los años 70, participé en distintos eventos y llegué a adherirme cuando mi fe se hizo pública. Ahora, ante las provocaciones de los nuevos derechos y debido a que trabajo en una escuela, se ha vuelto urgente para mí tomar una posición. Yo trato de dar una respuesta: ¿es esta una presencia reactiva? ¿Cómo puedo saber si una presencia es original?»

Otra: «Hemos considerado siempre el "hacer" como una verificación de nuestro ser. Tú dices que a la gente le impresiona nuestro estado de vida, no nuestras actividades. Entonces, ¿qué son nuestras actividades? ¿Qué sentido tienen si el único criterio de juicio de lo que somos es nuestro estado de vida? Has insistido en el "hacer", que en mi vida juega un gran papel: trabajo, obras, CdO… El encuentro con Cristo enciende dentro de ti un fuego que te impulsa a obrar. El hecho de Cristo te empuja a actuar. En ciertos aspectos, el "hacer", las obras, coinciden con la misión. Por lo demás, es en la acción donde comprendes mejor el hecho que te ha sucedido. El "yo" se comprende en acción, esto es, haciendo. ¿Por qué, entonces, esta acepción del "hacer" que parece negativa?».

Finalmente: «Yo no veo que en el movimiento exista hoy un riesgo de activismo, si acaso creo que existe el riesgo de lo contrario».

Carrón. Aquí todos "hacemos", al igual que en el Evangelio todos hacen: hacen los fariseos, los discípulos, Jesús, todos hacen. Pero dice Jesús: «Si vuestra justicia no supera la de los escribas y fariseos [si vuestro "hacer" no es distinto del suyo] no entraréis en el reino de los cielos»[180]. Es decir, aquí el problema no está en contraponer el hacer con el no hacer, porque es imposible no hacer. El problema es comprender cuál es el "hacer" adecuado a las provocaciones, cuál es el "hacer" que responde adecuadamente a la urgencia de la realidad.

El Evangelio – por poner algunos ejemplos – es el "festival" de la contraposición entre el "hacer" de los discípulos y el "hacer" de Jesús. ¿Acaso Jesús no quería que actuasen? Ante la provocación en el huerto

180 *Mt* 5, 20.

de los olivos, a Pedro le entran enseguida las ganas de hacer: saca la espada y empieza cortando una oreja. Es un "hacer". Pero Jesús le dice: «¡¿Estás loco?! ¿No te das cuenta de cuántas legiones de ángeles tiene mi Padre?»[181]. ¿Está Jesús en contra de la acción? ¿O tal vez la reacción de Jesús, su forma de actuar, nace de una percepción del designio de Dios que se les escapaba completamente a los discípulos?

En otra ocasión, Jesús manda de misión a los discípulos, y estos vuelven emocionados por lo que han hecho: «Hemos visto cómo caía ante nuestros ojos el reino del diablo». Pero Jesús les dice: «¿Es esto lo que os alegra? Alegraos más bien no por lo que habéis hecho, sino porque vuestros nombres están escritos en el cielo»[182].

Y, otro ejemplo, la tentación que Jesús sufre en el desierto es un intento del diablo de hacerle "hacer" algo. ¿Por qué lo rechaza? «Haz que estas piedras se conviertan en panes»[183]. Habría podido hacer una grandísima ONG, habría resuelto el problema del hambre en el mundo. Ya no habría hecho falta el Banco de Alimentos. Y no es que Jesús no actúe, pensad en la multiplicación de los panes. ¿Acaso está Jesús en contra del "hacer"? Quizá debemos dar algún "pequeño paso" para comprender cuál es el "hacer" que nace de la conciencia de Jesús y cuál es el que nace de una conciencia distinta de la suya.

Dejad de utilizar mi nombre para contraponer el "hacer" al "no hacer": «Carrón dice que no hay que actuar». Dios es un gran trabajador. Y la acción forma parte del ADN del hombre. El problema es si nuestro "hacer" nace de la novedad cristiana o nace de otro sitio. Nunca había pensado – me lo han hecho comprender los pasajes de nuestra historia que leí ayer – que, como dice Giussani, el «ansia por hacer» de aquellos años nacía de una inseguridad existencial, de un miedo, que nos llevaba a lanzarnos a la acción, como muchas veces decimos también ahora: «Hay que hacer algo», porque, si no es así, el miedo nos atrapa a todos.

Entonces, ¿es mejor no hacer? No. El problema es que, si estoy cierto de que mi seguridad está en otro sitio, puedo actuar de forma distinta. Por ejemplo, ¿qué hay que hacer ante el desafío de los nuevos derechos? Uno puede moverse de forma reactiva o bien tratar de comprender cuál es la provocación última que encierran, porque las personas que buscan esas cosas lo hacen también por un deseo de cumplimiento, igual que los del 68 buscaban una liberación. Si no percibimos esto y no comprendemos que el

181 Cf. *Mt* 26, 52-53; *Gv* 18, 10.
182 Cf. *Lc* 10, 17-20.
183 Cf. *Mt* 4, 3.

cumplimiento que ellos buscan no lo pueden alcanzar a través de la imagen reducida que se hacen de sus propios deseos-derechos, es inútil cualquier discusión. Será una discusión que no moverá a nadie, ni siquiera un poco. ¿Qué podrá liberarles? ¿Qué hizo y hace Jesús? Despierta al hombre en su conciencia original, de modo que le pone en condiciones de reconocer que ciertas imágenes de derechos son absolutamente insuficientes, precisamente por la naturaleza del "yo", por la naturaleza infinita del "yo". Y sólo en ese momento, los que reivindican ciertos derechos no tendrán ya la urgencia de verlos reconocidos por ley, porque se darán cuenta de que, aunque consigan obtenerlos, resultan inútiles para responder al drama de su "yo".

¿Qué podemos hacer ante estas situaciones? Rose, cuando vio que las personas a las que cuidaba habían perdido la razón para vivir, comprendió que lo único interesante que podía hacer por aquellas mujeres era lo que nos ha dicho Giussani estos días: testimoniar que la vida no es un quehacer, sino un amor, sentirse amados, que la consistencia del "yo" está en ser amado. ¿Qué podemos hacer que sea más interesante que comunicar un cristianismo no reducido a espiritualismo, no reducido en su espesor histórico? ¿Qué ha resultado más incidente para esas mujeres? ¿Qué es lo que ha provocado a aquel hombre, que no comprendía por qué se puede tener un hijo minusválido, sino un testimonio? El testimonio es un "hacer" que abraza todo. ¡Nada que ver con retirarse a los cuarteles de invierno! Pero para actuar como Rose o para hacer como nuestra amiga es necesario vivir de otra cosa. Y esto, ¿es público o está encerrado en un cajón? Está delante de todos, en cualquier foro. Nuestras iniciativas, o son expresión de esto o no sirven como respuesta a las provocaciones.

Concluyo diciendo que lo más importante que debemos hacer, la razón por la que existe la Fraternidad, es el movimiento. Esta es «la obra», más que cualquier otra obra. Porque lo más decisivo para esas mujeres es que exista el movimiento en Uganda, que las personas puedan tocar el manto de Cristo a través de nuestra presencia. Entonces, la cuestión es generar la comunidad cristiana según todas las dimensiones que recordaba ayer: cultura, caridad y misión, con una modalidad nueva, con una inteligencia nueva de la realidad, con una inteligencia de la fe que se convierte en inteligencia de la realidad, con gestos de caridad, como dijimos en la Jornada de apertura de curso, viviendo gestos de humanidad nueva en el presente, en cualquier ambiente en que nos encontremos, con el deseo de compartir lo que se nos ha dado en todas las «periferias» – como nos invita a hacer el papa Francisco –, saliendo de nuestro cubículo.

¿Tenemos algo más interesante que hacer para responder a los desafíos que surgen ante nosotros?

Avisos

Fondo común

Recuerdo lo que dije en noviembre de 2012: «Desde el comienzo, el movimiento ha vivido exclusivamente gracias a los sacrificios económicos de las personas que se adhieren a él. El que pertenece al movimiento se compromete a donar mensualmente una cantidad de dinero libremente establecida, el llamado "fondo común", que don Giussani siempre indicó como un gesto que nos educa en una concepción comunional de lo que uno tiene, en la conciencia de la pobreza como virtud evangélica y como gesto de gratitud por lo que se vive en el movimiento. Precisamente por esta razón educativa mencionada no es relevante el importe de la cantidad que cada uno dona, sino la seriedad con la que permanece fiel al compromiso adquirido. Para sostener la vida de nuestras comunidades en Italia y en el mundo y las iniciativas caritativas, misioneras y culturales, el movimiento de Comunión y Liberación no necesita nada más [¡todos deben saber que no necesitamos nada más!]; y por eso somos libres de todo y de todos a la hora de llevar a cabo nuestra tarea como movimiento»[184].

En otra ocasión dije además que nosotros «obedecemos a la modalidad con la que el Misterio nos da los recursos. Si tenemos recursos suficientes para hacer cinco, no hacemos cuatro y medio, hacemos cinco. Pero si sólo podemos hacer tres, hacemos tres», porque nuestra consistencia no está en lo que hacemos. Todas nuestras tentativas son un ejemplo de ello. «Jesús no curó a todos los enfermos de su tiempo»[185].

El compromiso con el fondo común de la Fraternidad está antes que cualquier iniciativa particular – justamente por lo que hemos dicho, que la construcción del movimiento y de la Fraternidad es lo más decisivo que podemos ofrecer en la vida real – en favor de la propia comunidad, ya sea de tipo caritativo, misionero o de cualquier otro tipo. El fondo común de la Fraternidad es para la construcción de la obra común que es el movimiento, y esto – así se nos ha enseñado – contribuye más a la gloria de Dios que la ayuda a cualquier otra iniciativa. Ninguna obra nacida de personas del movimiento se puede comparar con la obra que es el movimiento. La confusión sobre el fondo común es una consecuencia directa de la falta de claridad con respecto a este punto: que la primera

184 J. Carrón, «Con la audacia del realismo. Apuntes del diálogo en la Asamblea general de la CdO, Milán 25 noviembre 2012», *Huellas-Litterae communionis*, diciembre 2012, p. VI.

185 J. Carrón, «La diferencia de una obra. Apuntes de la Asamblea de la "Escuela de Obras" para los asociados de la CdO Obras sociales, Milán 13 junio 2012», *Huellas-Litterae communionis*, julio 2012, p. VIII.

cosa que hay que "hacer" es la comunidad cristiana. Ninguna obra se puede comparar con esta: la comunidad cristiana en cuanto tal. Ninguna obra responde a la necesidad del hombre como la comunidad cristiana. Olvidar esto nos deja sin criterio, a merced del sentimentalismo. Que cada uno elija.

Algunas cartas recibidas nos testimonian que el compromiso personal con el fondo común es una ayuda para el propio camino. Me permito leeros algunas: «Ayer empecé a recibir la prestación por desempleo. Tenía que pagar el fondo común. Llevaba seis meses de retraso. He querido pagar». ¿Por qué? ¿Cuál es la razón? «El apoyo de mi familia y de la comunidad es extraordinario». La razón es la gratitud por la historia común.

Una joven amiga nos escribe: «Quería comunicaros que desde agosto he empezado a trabajar, y desde octubre cobro un sueldo, por eso, con alegría, aumento la cuota del fondo común. Estoy agradecida de poder afirmar con este pequeño gesto que pertenezco a esta compañía en la que habita ese Tú que me restituye continuamente a mí misma». De nuevo, la razón es únicamente la gratitud hacia ese Tú que me restituye a mí mismo. Por eso no hay nada más importante que podamos hacer que construir la comunidad cristiana. El fondo común sirve exclusivamente para construir esta comunidad.

Otra persona nos cuenta que contribuye al fondo común «por agradecimiento por lo que recibo de la pertenencia al movimiento». Y otra: «Como el compromiso con la historia del movimiento es una cuestión importante y fundamental para mi vida, me he propuesto mantenerlo [el fondo común] en la medida de mis posibilidades». La cuestión del fondo común es «algo que consideraba antes que cualquier otra cosa».

Algunas personas han realizado aportaciones extraordinarias, como la paga extra; otras deciden colaborar con el fondo común, como uno «agradecido por la sobreabundancia de gracia que produce la pertenencia al movimiento, por el que nuestra vida está cada vez más "perturbada" por la novedad extraordinaria de Su presencia». Otra persona habla de un «agradecimiento a Cristo y a la compañía que nos ha sostenido».

Son expresiones de las razones últimas que mueven a las personas a contribuir al fondo común. Como veis, la cuestión no es de tipo económico, sino que pone de manifiesto una vez más qué es lo esencial para nosotros, reconocido en el origen del movimiento personal.

Os comunico ahora los criterios con los que hemos utilizado el fondo común.

El criterio fundamental que nos guía es que "la obra" de la Fraternidad es el movimiento como posibilidad de «testimonio y narración» a todos

de la positividad y de la utilidad de la fe para la vida. No somos una ONG dedicada a reunir fondos para distribuirlos.

Desde el inicio de nuestra historia, el fondo común se ha empleado según estos criterios:

> Ante todo, para asegurar el funcionamiento de los instrumentos organizativos necesarios para la vida de la Fraternidad (que tiene más de 60.000 inscritos) y del movimiento (el personal de la sede, los gastos de funcionamiento, los viajes), intentando mantener una cierta contención.

> Además, para sostener las realidades que expresan las dimensiones del movimiento (cultura, caridad, misión), prestando atención a lo que Dios hace suceder ante nuestros ojos.

> Para sostener la presencia de las comunidades del movimiento fuera de Italia (está presente en cerca de 90 países), en un continuo diálogo con ellas para que, con el tiempo, puedan hacer frente directamente a sus necesidades.

> Una preocupación a la que siempre se ha mostrado mucha atención es la de ayudar a personas o familias del movimiento necesitadas en Italia y en el extranjero, que deben afrontar situaciones de repentina necesidad (la muerte del cónyuge o la pérdida temporal del trabajo, etc.), intentando que, si la necesidad se prolonga en el tiempo, se cree en torno a ellos una red de amistad que les ayude, ante todo, a juzgar la nueva situación que se ha creado, y luego a acompañarles eventualmente a reformular las necesidades de la propia familia. Algunas veces se ha puesto de manifiesto que la verdadera necesidad era esta compañía, más que la necesidad económica a la que la Fraternidad pudiese responder. Tomamos siempre en consideración todas las peticiones que nos llegan, examinándolas con mucho realismo, pero no todo deseo o necesidad, como podéis entender, puede ser de por sí respondido.

> Está además el sostén de las obras (caritativas o culturales) consideradas como significativas para un testimonio de la riqueza del carisma, que en un determinado momento histórico han tenido necesidad de ayuda.

Hago ahora dos precisiones:

> La primera: la ayuda que la Fraternidad puede dar no es nunca a tiempo indefinido. Los criterios que siempre se han usado, aprendidos todos de la modalidad con la que don Giussani nos ha enseñado a considerar el uso del dinero, están destinados a favorecer la responsabilidad de la persona a la que se ayuda. No quiere ser nunca un asistencialismo, sino que en cada decisión hay siempre, en primer lugar, una preocupación educativa: hacer que emerja el sujeto.

> La segunda precisión: la Fraternidad no es un banco. Por ello no puede ni quiere conceder préstamos o tapar agujeros de empresas o

de obras en dificultad. No podemos intervenir en empresas que tienen pérdidas, pero si este hecho conlleva una necesidad económica de las familias, podemos ayudar temporalmente a las familias.

Se dan otras ayudas para el sostenimiento de sacerdotes implicados en la vida del movimiento; para las necesidades de la Iglesia (óbolo de san Pedro, donativos a entidades religiosas, etc.); para hacer frente a situaciones de emergencia (por ejemplo, un terremoto).

Archivo

Custodiar la memoria de todo lo que Dios hace suceder entre nosotros nos parece un deber fundamental. Pensad que esto ha permitido la publicación, ante todo, de muchos textos de don Giussani (hoy disponibles en la web *scrittiluigigiussani.org*), de los tres volúmenes de don Massimo Camisasca sobre la historia del movimiento, y ahora, del libro de Alberto Savorana sobre la vida de don Giussani.

Además, desde la solicitud de apertura de la causa de beatificación, ha aumentado la necesidad de adquirir de todo el material inédito localizado, de su correcta conservación y de su rigurosa catalogación.

Os pido que os detengáis un momento a reflexionar sobre esto (sobre todo las personas que tienen una cierta edad e historia): pensad en vuestras relaciones con don Giussani, en eventuales cartas o notas que hayáis recibido o textos o grabaciones que conservéis en un altillo, olvidadas. Os aseguro que hay todavía mucho material por ahí. Además, poder recibir el original de las cartas o notas es importante para nosotros, por muchas razones, entre ellas la conservación, pero, en cualquier caso, basta con una copia bien hecha.

***

Concluyo leyendo el telegrama enviado al papa Francisco:

«Santidad, Su saludo y Su bendición, que nos ha traído el cardenal Parolin durante la celebración eucarística, han llenado de alegría y de gratitud los corazones de los 24.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación reunidos en Rímini con ocasión de los Ejercicios espirituales anuales, junto a otros miles que los seguirán en conexión por vídeo desde 17 países.

Estos días han estado marcados por su reclamo a lo "esencial, es decir, Jesucristo", que nos indica constantemente el método: "Convencidos, por experiencia propia, de que no es lo mismo haber conocido a Jesús

que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas".

La historia de don Giussani nos reclama al hecho de que la fe es reconocer una Presencia pertinente a las exigencias de la vida: crecer en la familiaridad con Cristo nos permite vivir hoy en todas las periferias de la existencia. Juan y Andrés, Pedro, Zaqueo y la Samaritana, nos indican el camino hacia la madurez: "Seguir a Jesús nos permite conocer a Jesús" y nos hace superar esa inseguridad existencial que nos hace poner la esperanza en nuestro quehacer.

Frente al desafío de las circunstancias cotidianas, hemos profundizado en la conciencia de que, para conocer verdaderamente a Cristo, como ha dicho Usted, "no es suficiente con lo que hemos estudiado en el catecismo", sino que "es necesario hacer el camino que hizo Pedro", en nuestra carrera por alcanzarlo.

Más conscientes de que el movimiento camina exclusivamente en virtud del afecto a Cristo y de que "la persona se halla a sí misma en un encuentro vivo", confiamos de nuevo en Sus manos, Santo Padre, nuestras personas y nuestras comunidades, con una oración que es "súplica cierta de la respuesta misericordiosa" (don Giussani).

En estos días de Ejercicios hemos vuelto a descubrir que "dar razón de la fe significa describir cada vez más, con mayor amplitud y densidad, los efectos de la presencia de Cristo en la vida de la Iglesia en su autenticidad, cuyo 'centinela' es el Papa de Roma" (don Giussani). Por eso pedimos a la Virgen que renueve en Usted al comienzo de cada día la experiencia de esa filiación respecto al Padre que se convierte en generadora de vida nueva en la alegría, como vemos suceder a través de Sus gestos y de Sus palabras».

SANTA MISA

Lecturas de la Santa Misa: Ez 37,12-14; Sal 129 (130); Rm 8,8-11; Jn 11,1-45

HOMILÍA DE DON FRANCESCO BRASCHI

Hemos escuchado al comienzo de los Ejercicios estas palabras: Cristo nos sorprende siempre con una presencia completamente original: muestra Su divinidad ampliando nuestra razón de forma sorprendente[186].

Es la experiencia que estamos viviendo en estos Ejercicios, que estamos aprendiendo a reconocer en nuestra vida y en la vida del movimiento. Y mientras reconocemos esta gracia, somos llamados a considerar sus condiciones y circunstancias, sin excluir por nuestra parte un trabajo en el que no faltan las dificultades y las preguntas.

Pero no estamos solos. También aquí experimentamos la gracia del Señor en la compañía de dos discípulos de Cristo: Marta y María, las hermanas de Lázaro. El Evangelio de hoy nos muestra que incluso en personas sinceramente apegadas a Cristo, es más, que formaban parte del círculo de Sus amigos más íntimos, está presente esta posibilidad de reducción de la fe. Una reducción que puede tal vez ser pura reactividad – «Tu amigo está enfermo: ¡Señor, ven enseguida!»; que puede manifestarse en la desilusión que se deriva de que Cristo no parece plegarse a nuestra voluntad, a lo que hemos decidido de antemano – porque ni siquiera la curación de una enfermedad, ni siquiera la misma resurrección de uno que ha muerto hace cuatro días es *la* respuesta: de hecho, Lázaro tuvo que morir de nuevo…

La reacción concorde de Marta y de María – «Señor, si hubieras estado aquí…» – es una reacción de lamento y de desilusión. Queda sólo un punto último de fe, parecido a las palabras de ese padre que le dice a Jesús: «Creo, pero ayuda mi falta de fe» (*Mc* 9, 24), cuando Marta dice: «Pero incluso ahora sé que cualquier cosa que pidas…». ¿Qué significa esta afirmación? Marta no cree todavía que Jesús pueda resucitar a su hermano, porque enseguida dice: «Resucitará, sí, pero en el último día». Y de nuevo, llegados al sepulcro, planteará una objeción: «¡Pero Señor, ya lleva muerto cuatro días!». Marta está convencida sobre todo de que Jesús puede encontrar tal vez un modo de consolarla, una especie de "plan B" que atenúe – pero sin eliminarla del todo – una posibilidad de lamento y de reivindicación.

Nosotros también conocemos bien esta actitud: es una forma de vivir la relación con Cristo en la que siempre queda algo que no le hemos

186 Cf. Introducción, p. 10.

entregado. Esta actitud no tiene que ver ante todo con la esfera moral, sino que afecta a la naturaleza misma del juicio y de la experiencia que hacemos, ya que nos conduce incluso a construir y a imaginar – ante las desilusiones y las amarguras de la vida – remedios con los cuales quisiéramos ofrecer a Jesús una "honrosa vía de salida" de las desilusión que Él mismo nos ha producido.

En esta actitud se describe la reducción más tremenda de la fe: la que de nuevo subordina todo a nuestro juicio todavía enfermo, que parte de una reducción del deseo que no sólo obra en nosotros el poder, sino que nosotros mismos secundamos, disponiéndonos enseguida a contentarnos con recibir de Cristo un "premio de consolación", cuya máxima ganancia – y esto es absolutamente dramático, cuando nos damos cuenta de ello – está en que seguimos obstinadamente sintiéndonos, de hecho, "acreedores" con relación a Cristo, por todo lo que Él no puede o no quiere darnos.

Pero Cristo no tolera, no acepta esta reducción. Lo percibimos en el modo con el que insta a Marta: «Tu hermano resucitará», es decir: no reduzcas tu deseo, no pierdas el contenido de la promesa de la que brota la fe. No olvides que a Dios le importa la vida de tu hermano mucho más que a ti: ¡no tienes la exclusiva del amor por él!

El amor de Dios no admite ser reducido a una promesa lejana en el tiempo, tan remota que puede convivir pacíficamente con la reducción de la fe a "vago consuelo", del que se nutren luego el cinismo y el lamento.

El amor de Dios, que dona la vida y la conserva, no es un concepto, sino una Presencia. Y Jesús dice: «*Yo* soy la resurrección y la vida»; es decir, María, con esta afirmación te digo que mi presencia no tiene que ver sólo con la resurrección, y por tanto con tu hermano, que está muerto, sino que tiene que ver con la vida, y por tanto te afecta también a ti, que necesitas de Mí para vivir tanto como tu hermano para resucitar.

La reducción de la fe a discurso o a vago consuelo, de hecho, se produce a la par que la imposibilidad de conocer qué es verdaderamente la vida, porque lleva consigo la reducción de la vida a lo que nosotros podemos imaginar, a lo que podemos concluir apresuradamente, sin un verdadero juicio, con respecto a nuestra existencia. Mientras que la vida verdadera es – sencilla e irreductiblemente – la de Cristo: una vida en la cual el hombre está unido y compenetrado con lo Divino, y por tanto alcanza su plena estatura gracias a la Presencia de Él (cf. *Ef* 3, 17-19).

«El que cree en Mí no morirá eternamente», le dice Jesús a Marta. «¿Crees esto?». Jesús hace brillar ante los ojos de Marta mucho más que el consuelo por la muerte del hermano. Lo que le ofrece es experimentar

el cumplimento pleno de su deseo de infinito. Pero esto está ligado necesariamente a la fe: fe no en una verdad abstracta, no en una doctrina impersonal, sino en una persona, Cristo mismo, que está delante de ella.

La respuesta de Marta es parecida a la que dio Pedro a la triple pregunta «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» (cf. *Jn* 21, 15-17), porque tampoco Marta responde directamente a la pregunta de Cristo, sino que confiesa honestamente todo lo que puede decir de Él: «Creo, Señor, que Tú eres el Cristo, el que tenía que venir».

Entonces, ¿cómo podemos afirmar – esto lo digo por nosotros – cómo podemos afirmar y aferrar a Cristo? ¿Cómo podemos hacer una experiencia real de la verdad, de esa verdad que Cristo dice cuando afirma: «Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá eternamente»? Porque esta es la única afirmación plenamente pertinente a nuestra vida, en cuanto que es la afirmación de Su presencia objetiva en la realidad.

Yo empiezo a hacer experiencia de esta presencia objetiva a través de un juicio nuevo, esto es, cuando reconozco esta objetividad de Su presencia como *más verdadera* incluso que mi pensamiento y que mi juicio. La reconozco y deseo estar cada vez más fascinado y atraído por ella, haciendo de ella la razón misma de la vida.

Y esta objetividad de la presencia de Cristo, que para Marta estaba ahí, delante de ella, se nos da a nosotros en la Presencia de un Sacrificio, el de Cristo en la Eucaristía. Y nuestra única respuesta posible a este Sacrificio es lo que san Carlos Borromeo llamaba «el sacrificio de la voluntad»[187]. Sólo este sacrificio de nuestra voluntad nos sitúa en la actitud más adecuada para reconocer verdaderamente nuestra historia, para fundarnos cada vez más en la iniciativa de Otro. Pero la palabra sacrificio tiene un significado que se explica tradicionalmente como *sacrum facere*, «hacer sagrado» algo. Entonces el sacrificio no es, ante todo, una pérdida, sino hacer algo plenamente conforme a como Dios lo

187 Cf. San Carlos Borromeo, *Preghiere*, Edizioni O.R., Milano 1984, pp. 20-21: «Nos arrepentimos, Señor, de nuestro modo de comportarnos y queremos repararlo. Pedimos perdón a todos cuantos hemos ofendido y nos postramos también a sus pies para obtener dicho perdón: y si alguno se ha enfadado injustamente con nosotros provocando nuestro desdén con palabras y con acciones, nosotros, por tu amor, oh Señor, ahora lo perdonamos sinceramente. Así reconciliados, volvemos a tu altar para presentarte nuestra ofrenda, *para inmolar ante ti nuestra voluntad, lo más querido para nosotros, para sacrificarte nuestro corazón, lo que más te agrada a ti*. Desde tu santo trono, Señor, dígnate aceptar nuestro sacrificio y mirar con ojos benévolos y misericordiosos nuestros dones que, tal como son, deben ser para siempre tuyos. Queremos entregarte de nuevo toda nuestra persona, nosotros, que somos obra de tus manos, ya que en ningún lugar, mas que en tus manos, podemos encontrar mayor seguridad».

quiere. El sacrificio de nuestra voluntad, por tanto, no es anular nuestra voluntad, sino hacerla tal como Dios la ha pensado. No es una pérdida, sino una ganancia; es más: es la condición necesaria para recobrarnos a nosotros mismos. No es casual que este sacrificio de la voluntad se renueve cada vez que estamos ante la Eucaristía, porque ella es la estabilidad de Cristo, es su ser Roca para nosotros.

Y la única actitud adecuada en nosotros que puede corresponder a esto es la entrega a Él, a Su presencia objetiva y real – una y otra vez – de nuestra libertad, siempre necesitada de ser no sólo curada, sino nutrida y robustecida para crecer y madurar hasta la estatura del hombre perfecto, del hombre en Cristo.

Corramos entonces para aferrar a Cristo: no como una presencia evanescente, sino como el fundamento de nuestra existencia. Corramos con todo nuestro ser para alcanzarlo, deseando que la maduración de la fe nos muestre cada vez más como necesario para nuestra existencia el poner nuestra total confianza en Su existencia, en Su juicio, en Su presencia en la realidad, antes que en nuestras ilusorias representaciones.

Sólo así tendremos una vida que testimoniar, una vida que hemos experimentado nosotros en primer lugar.

MENSAJES RECIBIDOS

Queridos amigos,

«*Prosigo mi carrera para alcanzarlo*» (*Flp* 3, 12) expresa plenamente el dinamismo de la vida cristiana.

La imagen habla del amor por Cristo, capaz de orientar con decisión nuestro deseo. Contrariamente a la mentalidad dominante, que separa el amor del deseo y los opone en una exclusión recíproca, Jesús, la Eternidad que ha entrado en el tiempo, reúne estos dos factores. Esto suscita en el cristiano la capacidad del "para siempre" que no teme el sacrificio, que no opone deseo y tarea. Es más, la carrera identifica esa capacidad de distancia que hace posible aferrar en lo cotidiano a Jesús, el Amado.

«Posesión en la distancia», nos ha enseñado el Siervo de Dios Mons. Luigi Giussani para hablarnos de la virginidad y de la indisolubilidad del matrimonio, para que el Reino de Dios se manifieste como una experiencia inicial pero real en nuestra vida y en la vida de la Iglesia.

Mientras pido a todos una oración, aseguro la mía personal para estos Ejercicios y Os bendigo de corazón.

S.E.R. cardenal Angelo Scola
Arzobispo de Milán

Querido Julián,

Al no poder participar en los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación me uno a todos vosotros en este momento de gracia en el que el Señor nos precede, para que podamos escuchar la voz del Espíritu y asimilar el carisma de don Giussani para contagiar con la «alegría del Evangelio» a cercanos y lejanos.

En este tiempo de gracia, marcado por el pontificado del papa Francisco y por la canonización de dos Sumos Pontífices que han sacudido la vida de la Iglesia y promovido su renovación profunda, los Ejercicios son la ocasión para retomar de nuevo la centralidad de la persona salvada por Cristo y sostenida por la comunión de la Iglesia para la liberación del mundo.

«Prosigo mi carrera para alcanzarlo»: es el movimiento del "yo", conquistado por Cristo, que se mueve para proclamar su nombre con el testimonio de la misión en nuestras periferias. Veo lo urgente que es esto

en mi diócesis de Taranto, en donde muchos esperan de la Iglesia una luz y una esperanza verdadera en la dura realidad marcada por distintos conflictos. La experiencia del movimiento me está proporcionando el corazón adecuado para estar cerca de la gente, igual que don Giussani lo estaba de nosotros con el afecto y con el juicio, y como nos indicas tú en la guía del movimiento.

Julián, aprovecho la ocasión para felicitarte por tu reelección como responsable de la Fraternidad de Comunión y Liberación y para asegurar mi oración por ti y por todo el movimiento. En mis 27 años de misión en Brasil y en América Latina, y en estos años de servicio a la Iglesia en Italia, he verificado la gran gracia que es el carisma para el mundo en el servicio a la Iglesia, y específicamente al Santo Padre.

S.E.R. monseñor Filippo Santoro
Arzobispo Metropolita de Taranto

Querido Julián,

A través de la presente participo de algún modo en el gran evento de los Ejercicios espirituales, para los que deseo el mayor éxito para la verdad de la vida de fe de los miles de personas que participarán en ellos.

Hace ya muchos años, cuando leí a don Giussani un pasaje de un gran discurso de Juan Pablo II de 1980 que decía: «… hay un verdadero desafío que la Iglesia debe afrontar, y es un compromiso gigantesco que debe realizar, y para el cual necesita de la colaboración de todos sus hijos: hacer de nuevo de la fe cultura en los distintos espacios culturales de nuestro tiempo, reencarnar los valores del humanismo cristiano».

Don Giussani me dijo: ayudemos a este gran hombre, pongamos todas nuestras energías, inteligencia, corazón, afecto para que este proyecto Suyo pueda realizarse.

Hoy, al igual que entonces, la verdad de nuestra experiencia de fe, el calor de nuestra caridad, y el ímpetu de nuestra misión son llamados a ofrecer una contribución significativa a la Iglesia, que vive hoy un momento trágico y a la vez apasionante.

Os llevo en el corazón, como desde hace más de 50 años, a cada uno de vosotros.

Os bendigo a todos de corazón

S.E.R. monseñor Luigi Negri
Arzobispo de Ferrara-Comacchio

TELEGRAMAS ENVIADOS

A Su Santidad Francisco

Santidad, Su saludo y Su bendición, que nos ha traído el cardenal Parolin durante la celebración eucarística, han llenado de alegría y de gratitud los corazones de los 24.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación reunidos en Rímini con ocasión de los Ejercicios espirituales anuales, junto a otros miles que los seguirán en conexión por video desde 17 países.

Estos días han estado marcados por su reclamo a lo "esencial, es decir, Jesucristo", que nos indica constantemente el método: "Convencidos, por experiencia propia, de que no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas".

La historia de don Giussani nos reclama al hecho de que la fe es reconocer una Presencia pertinente a las exigencias de la vida: crecer en la familiaridad con Cristo nos permite vivir hoy en todas las periferias de la existencia. Juan y Andrés, Pedro, Zaqueo y la Samaritana, nos indican el camino hacia la madurez: "Seguir a Jesús nos permite conocer a Jesús" y nos hace superar esa inseguridad existencial que nos hace poner la esperanza en nuestro quehacer.

Frente al desafío de las circunstancias cotidianas, hemos profundizado en la conciencia de que, para conocer verdaderamente a Cristo, como ha dicho Usted, "no es suficiente con lo que hemos estudiado en el catecismo", sino que "es necesario hacer el camino que hizo Pedro", en nuestra carrera por alcanzarlo.

Más conscientes de que el movimiento camina exclusivamente en virtud del afecto a Cristo y que "la persona se halla a sí misma en un encuentro vivo", confiamos de nuevo en Sus manos, Santo Padre, nuestras personas y nuestras comunidades, con una oración que es "súplica cierta de la respuesta misericordiosa" (don Giussani).

En estos días de Ejercicios hemos vuelto a descubrir que "dar razón de la fe significa describir cada vez más, con mayor amplitud y densidad, los efectos de la presencia de Cristo en la vida de la Iglesia en su autenticidad, cuyo 'centinela' es el Papa de Roma" (don Giussani). Por eso pedimos a la Virgen que renueve en Usted al comienzo de cada día la experiencia de esa filiación del Padre que se convierte en generadora de vida nueva en la alegría, como vemos suceder a través de Sus gestos y de Sus palabras.

Julián Carrón, sacerdote.

A Su Santidad papa emérito Benedicto XVI

Santo Padre,

Desde Rímini, en donde hemos celebrado los Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación, queremos decirle que hemos rezado por Su persona, agradecidos a Dios porque la sentimos como un testigo fiable de la frase de san Pablo que ha dado título a nuestro encuentro: «Prosigo mi carrera para alcanzarlo».

Que la Virgen haga cada día más alegre Su camino de hombre aferrado por Cristo. Recuérdenos en Su oración, y pida la santidad para cada uno de nosotros en la fidelidad al carisma de don Giussani y en el seguimiento al papa Francisco en el camino hacia el Destino.

Julián Carrón, sacerdote.

S.E.R. cardenal Angelo Bagnasco
Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana

Muy querida Eminencia,

24.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación reunidos en Rímini y otros miles en conexión por video desde 17 países con la voluntad de seguir al papa Francisco que nos guía para que conozcamos a Jesús, volvemos a nuestras casas con el deseo de hacer visible lo esencial, es decir, a Jesucristo, el único que «responde al anhelo de infinito que hay en todo corazón humano» (*Evangelii Gaudium*).

Julián Carrón, sacerdote.

S.E.R. cardenal Stanisław Ryłko
Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos

Muy querida Eminencia,

24.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación reunidos en Rímini y otros miles en conexión por video desde 17 países confirman el compromiso de seguir a Cristo viviendo «la propia experiencia, constantemente renovada, de gustar su amistad y su mensaje» (*Evangelii Gaudium*). La fidelidad al carisma de don Giussani y al papa Francisco nos sostienen en nuestro intento de hacer visible lo esencial, es decir, a Cristo, que sostiene la fatiga cotidiana de la vida.

Julián Carrón, sacerdote.

S.E.R. cardenal Angelo Scola
Arzobispo de Milán

Queridísimo Angelo,
Gracias por tu mensaje. En estos días de Ejercicios espirituales hemos hecho experiencia nuevamente de que «no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo» (*Evangelii Gaudium*). Aun en nuestra fragilidad, proseguimos nuestra carrera para alcanzarlo. Pide a la Virgen de Caravaggio que nos mantenga a cada uno en la fidelidad al carisma de don Giussani, en el seguimiento al papa Francisco, para que nuestra existencia sea cada vez más «testimonio y narración» a todos de lo que es esencial, es decir, de Cristo, vida de nuestra vida.
Julián Carrón, sacerdote.

S.E.R. monseñor Filippo Santoro
Arzobispo de Taranto

Queridísimo Filippo,
Te agradecemos cuanto has escrito. En el curso de los Ejercicios espirituales hemos hecho memoria del carisma en nuestra vida, en la fidelidad al cual buscamos esa personalización de la fe a la que nos invita el papa Francisco, para proseguir, como él, nuestra carrera para alcanzarlo, y de ese modo llegar a ser compañía en el camino hacia el destino para nuestros hermanos los hombres.
Julián Carrón, sacerdote.

S.E.R. monseñor Luigi Negri
Arzobispo de Ferarra-Comacchio

Queridísimo Luigi,
Te agradecemos tu mensaje, que ha encontrado acogida en estos Ejercicios en el deseo de hacer nuestra la invitación de don Giussani a personalizar la fe en ese nivel en que se vuelve juicio sistemático y crítico sobre la realidad, para responder al llamamiento misionero del papa Francisco, testimoniando «lo esencial», es decir, a Jesucristo.
Julián Carrón, sacerdote.

EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA

A cargo de Sandro Chierici

(Guía para la lectura de las imágenes tomadas de la Historia del arte que acompañaba la escucha de los pasajes de música clásica a la entrada y a la salida)

Las imágenes pertenecen al ciclo de frescos realizado por Giotto entre 1303 y 1305 en la Capilla de los Scrovegni (Santa María de la Caridad) de Padua. A través de una constante referencia a las miradas de los personajes, hilo conductor de toda su narración pictórica, Giotto nos invita a cada uno a cruzar nuestra propia mirada con la de Cristo para aprender a mirar la realidad como Él nos mira a nosotros.

1	La bóveda, detalle de las estrellas
2	Conjunto de la bóveda con los medallones con Cristo (sol), María (luna) y ocho profetas (planetas)
3	Medallón con Cristo bendiciendo
4	Medallón con María y el Niño
5	Arco sobre el altar: ángel anunciador
6	Arco sobre el altar: María recibe el anuncio
7-8	La visitación, conjunto y detalle
9-10	La natividad, conjunto y detalle
11-12	La adoración de los Reyes, conjunto y detalle
13-14	La presentación en el Templo, conjunto y detalle
15-16	La huida a Egipto, conjunto y detalle
17-19	La matanza de los inocentes, conjunto y detalles
20	Jesús entre los Doctores del Templo
21-22	El bautismo de Jesús en el Jordán, conjunto y detalle
23-24	Las bodas de Caná, conjunto y detalle
25-27	La resurrección de Lázaro, conjunto y detalles
28-29	La entrada en Jerusalén, conjunto y detalle
30	La expulsión de los mercaderes del Templo
31	La traición de Judas
32-33	La última Cena, conjunto y detalle
34-36	El lavatorio de los pies, conjunto y detalles
37-38	El beso de Judas, conjunto y detalle
39	Jesús ante Caifás
40	Jesús es escarnecido

41 La subida al Calvario
42 La crucifixión
43-44 El llanto sobre el cuerpo de Cristo, conjunto y detalle
45-46 Noli me tangere, conjunto y detalle
47-48 La Ascensión, conjunto y detalle
49-50 Pentecostés, conjunto y detalle
51 El Juicio Universal, conjunto
52 El Juicio Universal, detalle: Cristo Juez
53 El Juicio Universal, detalle: apóstoles sobre los tronos
54-55 El Juicio Universal, detalles: ángeles
56 El Juicio Universal, detalle: el ángel que enrolla el cielo
57 El Juicio Universal, detalle: el infierno
58-59 El Juicio Universal, detalles: los elegidos
60 Enrico Scrovegni ofrece la Capilla a María
61 El florecimiento de las varas, detalle
62 Arco triunfal sobre el ábside: Cristo en el trono entre los ángeles
63 Arco triunfal sobre el ábside, detalle: Cristo en el trono

Índice

Viernes 4 abril, por la noche

INTRODUCCIÓN 4
SANTA MISA – *HOMILÍA DE DON STEFANO ALBERTO* 14

Sábado 5 abril, por la mañana

PRIMERA MEDITACIÓN – ***Lo esencial para vivir*** 15

Sábado 5 abril, por la tarde

SEGUNDA MEDITACIÓN – ***El camino de la madurez*** 45

SANTA MISA – *HOMILÍA DE S.E.R. CARDENAL PIETRO PAROLIN SECRETARIO DE ESTADO VATICANO* 73

Domingo 6 abril, por la mañana

ASAMBLEA 80

SANTA MISA – *HOMILÍA DE DON FRANCESCO BRASCHI* 101

MENSAJES RECIBIDOS 105

TELEGRAMAS ENVIADOS 107

EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA 110

Suplemento de la revista *Huellas – Litterae Communionis*, n. 5, mayo de 2014

Maquetación: Imán Comunicación, S.L.
Impresión: IMPRESOS Y REVISTAS S.A. IMPRESA

© 2014 Fraternità di Comunione e Liberazione para los textos de Julián Carrón

Texto original en italiano
Traducción: Belén de la Vega